CATHERINE SHEPHERD



MI HERMANA MUERTA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

MI HERMANA MUERTA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

CATHERINE SHEPHERD

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

Créditos / Aviso legal

PRÓLOGO

Estoy en cuclillas sobre las baldosas frías y clavo la vista en las manos. Tiemblan tanto que no puedo sostener el ladrillo ni un segundo más. Se me escurre entre los dedos y cae al suelo con estrépito. La sangre que lo cubre brilla roja y húmeda. Unas gotas han caído en mi pantalón. Al verlas, se me revuelve el estómago. Un dolor sordo palpita en las sienes. Pero no es por un golpe con la piedra. Es un ataque de migraña que se avecina. Como siempre que hago algo que no está bien. Como estar aquí, en esta casa. No debería estar aquí y, sin embargo, aquí estoy, sobre las baldosas frías. Esta casa ejerce una mala influencia sobre mí. Todos me han advertido. ¿Por qué no quise hacer caso?

Aparto la mirada del ladrillo y miro tu rostro pálido. Tus labios han perdido todo color. Miras al vacío. En tu ropa también han caído gotas rojas. Sigues contra la pared, sin moverte, con el cuerpo hundido, sin decir una palabra. ¿Qué podrías decir? Ya sé que estamos perdidos. No es solo por la casa o por la sangre. Es todo mucho peor de lo que jamás habría podido imaginar. La cosa ha salido mal, sin duda. Y ahora se acabó. La policía vendrá, nos llevará y nos encerrará para siempre. O mejor dicho, a mí, porque tú no tienes la culpa. No tenías el ladrillo en la mano. Y ahora estás en silencio y quizá nunca vuelvas a hablar.

Me aparto de ti y me pongo en pie. La idea de pasar el resto de mi vida entre rejas me duele. No es que me aferre a la vida. Hay biografías más emocionantes que la mía. Pero el encierro es algo a lo que nunca podría acostumbrarme. Aun así, ya no hay salida. Doy unos pasos hacia el pasillo. Allí está la razón por la que mi vida tal como era ha terminado. Unos zapatos de ante marrón aparecen ante mí. Unos pantalones grises de tela suave. Una camisa que antes era blanca y en la que ahora se ven unas manchas rojas horribles. La cabeza está girada a un lado y la sangre está pegada por toda la cara. Casi se podría pensar que es Halloween y que el cuerpo muerto del pasillo es solo parte de una decoración lograda. Pero no es así. Por desgracia. Nunca debería haber entrado en esta casa. Aquí han sucedido cosas terribles y esta casa trae mala suerte. Quien ignora la advertencia muere o acaba en la cárcel. Debería haberlo sabido desde el principio. Pero ahora es demasiado tarde.

Desde fuera oigo las sirenas de la policía. Los neumáticos chirrían tan cerca como si yo estuviera delante de la casa y no detrás de la puerta principal. A través de las ventanas se cuela una intensa luz azul. Me pregunto cómo han llegado tan rápido. Corro de vuelta por el pasillo hasta la cocina, donde está el ladrillo. Tú sigues contra la pared, sin moverte, y solo ahora veo el teléfono en tu mano. ¿Acaso has conseguido llamar a la policía?

—¿Por qué? —grito, y la sensación de traición me recorre cada fibra del cuerpo. Creí que lo superaríamos juntos.

Lo que he hecho es horrible. Pero no tuve más remedio. Simplemente sucedió. No pude evitarlo. Ni siquiera consigo recordar exactamente qué pasó. Conoces esta casa. Sabes lo que le hace a una persona y que no tengo la culpa.

—¿Por qué? —pregunto una vez más, en voz más baja. Pero no respondes, sino que te envuelves en un silencio altanero.

No me esperaba esto de ti. Me lanzo hacia ti y quiero sacudirte para que por fin me contestes. Pero en ese momento derriban la puerta principal y una voz grave grita: «¡Policía!». Antes de que llegue hasta ti, unas manos fuertes me agarran por los hombros. Siento el metal frío de las esposas y oigo el clic. Una última mirada a

tus ojos, y entonces me arrastran de un tirón hacia un lado. Todo ha terminado.

1

Dos semanas antes

Mia estaba sentada ante su escritorio y miraba aburrida por la ventana. Ignoraba por completo el libro abierto frente a ella. Odiaba las matemáticas. Aquella asignatura no se le daba nada bien. Los números le resultaban extraños, como un idioma que no comprendía. Mientras la señora Lehmann no dejaba de predicar en clase lo importantes que eran las matemáticas para la vida cotidiana, Mia prefería observar lo que ocurría en el parque infantil colindante. El jardín de infancia lindaba directamente con el estrecho patio del colegio, y podía pasarse horas mirando a los pequeños. Algunos días deseaba regresar a aquella época despreocupada. Las preocupaciones que tenía entonces le parecían ridículas en comparación con las de ahora. Estaba en décimo curso y tenía la sensación de pasarse el día entero trabajando sin parar para sacar una buena nota final.

Su mirada se deslizó hacia la casa de al lado y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Le parecía que la observaba a través de sus ventanas oscuras, donde no se encendía ninguna luz desde hacía años. A veces se imaginaba que Jasmin estaba allí de pie y la vigilaba. Pero eso no podía ser. Jasmin estaba muerta. Su hermana había muerto en aquella casa y ese era el motivo por el que no

podía entrar en ella. Su madre se lo había prohibido y ella había prometido cumplirlo. ¿Y por qué no? Aquel viejo caserón llevaba años vacío. Nadie quería vivir allí.

Suspiró y volvió a centrar su atención en los deberes cuando de pronto percibió un movimiento en la casa de al lado. Fijó la vista en la ventana de la planta superior, que estaba exactamente a su altura. Seguramente se había equivocado, como tantas otras veces cuando pensaba en Jasmin. Su cerebro solo buscaba distracciones que la apartaran de las tareas escolares. Soltó otro suspiro profundo y se quedó paralizada al instante.

Allí enfrente había alguien. Una sombra estaba de pie tras la ventana y la miraba. Mia permaneció inmóvil en su silla, incapaz de moverse. *¿Jasmin?*, se le cruzó por la cabeza. Pero al momento siguiente la figura había desaparecido, como si se hubiera disuelto en el aire. El corazón le latía acelerado en el pecho. Parpadeó, como si pudiera hacer que la sombra reapareciera en la ventana. No se había equivocado. No. Estaba completamente segura de haber visto a alguien allí.

Poco a poco salió de su parálisis sin apartar la vista de la ventana. Se levantó despacio y corrió con las piernas temblorosas hasta el despacho de su padre. La habitación seguía siendo igual que hacía diez años, cuando él vivía allí. Los libros, las estanterías llenas de carpetas archivadoras y también el pisapapeles seguían en su sitio. Su padre había dejado allí todas sus cosas cuando la madre de Mia se separó de él. Mia deseaba que su padre volviera, y también su hermana, pero ambas cosas eran imposibles. Acarició la madera de la mesa, como si pudiera hacer que el pasado cobrase vida. Simplemente retroceder en el tiempo y arreglarlo todo. Aquel deseo nunca se cumpliría. A veces Mia se preguntaba por qué se hacían aquello a sí mismas. Por qué no habían hecho las maletas y se habían marchado hacía tiempo. Pero su madre se negaba. No solo por el dinero, pues desde la separación de sus padres miraban cada céntimo. Su casa, junto al lugar de la tragedia, prácticamente no valía nada. Pero esa era solo la mitad de la verdad. La verdadera razón era Jasmin. Su madre no era capaz de dejarla aquí sola, aunque sabía que su hermana nunca volvería.

Mia agarró los prismáticos junto al pisapapeles y se apresuró de vuelta a su habitación. Se colocó junto a la ventana y miró a través de ellos. Al principio lo veía todo borroso. Giró la ruedecilla hasta que la imagen se enfocó. El sol de la tarde entraba en un ángulo perfecto a través del cristal, de modo que podía ver el interior de la habitación. Distinguió una cortina amarillenta que colgaba a la derecha de la ventana. Detrás se abría una estancia vacía en la que solo había dos muebles: una estantería y una mecedora de madera.

Mia examinó la mecedora durante largo rato, hasta estar segura de que no se movía. Luego inspeccionó la estantería, en la que solo había un libro, iluminado por la luz del sol.

«Hipnoterapia avanzada», leyó en voz baja y contempló la gruesa capa de polvo que se había acumulado a lo largo de los años sobre el libro y la estantería. Todo parecía como siempre. Mia conocía el libro, la estantería y también la mecedora. No era la primera vez que espiaba la casa de al lado con los prismáticos de su padre. Los apuntó hacia el estante bajo el libro y descubrió algo nuevo. A la luz oblicua del sol se distinguía claramente una marca en el polvo espeso. Al instante, la adrenalina le recorrió el cuerpo. Tenía razón. Allí enfrente había alguien que había apoyado la mano en la estantería polvorienta. Mia distinguió cuatro dedos largos y finos y un pulgar, que sobresalían como ramas de una palma ovalada. De inmediato pasó a la siguiente ventana y buscó la sombra que había visto. Pero en el viejo dormitorio, donde solo quedaba un colchón en el suelo, no había nadie. Tampoco en la planta baja, ni en la cocina ni en la habitación contigua, que probablemente había sido la despensa. Su mirada se deslizó hacia la puerta principal, cuya madera descolorida tenía numerosas grietas profundas. Estaba cerrada. Nada se movía. Miró hacia arriba, hacia el tejado, y por fin volvió a ver la sombra.

Una mujer estaba de pie, de espaldas a la ventana. Mia tragó saliva, pues le recordó involuntariamente a Jasmin. ¿Podía ser que su hermana estuviera allí? ¿Que aún viviera? Apretó los prismáticos contra el cristal de la ventana e intentó ampliar la figura, pero no lo consiguió. Su hermana tenía dieciséis años cuando murió. Exactamente la misma edad que Mia ahora. No podía ser ella. Su

cuerpo descansaba en el cementerio, a menos de tres kilómetros. Apenas la semana pasada habían dejado flores en la tumba y encendido una vela. Sin embargo, la silueta de cintura esbelta y pelo largo le recordaba a su hermana. ¿Realmente veía a alguien en la vieja casa o estaba alucinando?

Antes de que pudiera estar segura, la mujer desapareció de la ventana. Un timbrazo estridente la sobresaltó violentamente. Tardó unos segundos en comprender que era su propio móvil el que sonaba. Con los dedos temblorosos, Mia pulsó el símbolo verde y contestó la llamada.

—Puedo verte —susurró una voz distorsionada, y a Mia se le heló la sangre en las venas.

2

Un aire fresco soplaba a través de la ventana entreabierta y traía consigo el delicado aroma de la primavera. A su paso, levantaba el fino polen del alféizar, que danzaba en la luz oblicua del sol. Nora sabía que estaba haciendo lo correcto. Tenía que ponerse a salvo junto a su hijo, lejos de las lenguas maliciosas que hablaban mal de ella y de las miradas hostiles que la perseguían cada vez que caminaba por la ciudad.

Clavó la vista en el escritorio del notario, donde ningún bolígrafo estaba torcido. Detrás, en la estantería de la pared, se amontonaban libros y carpetas archivadoras. Inquieta, repasó el contrato de compraventa una última vez, respiró hondo y estampó su firma con decisión.

—¡Enhorabuena! —dijo el hombre de pelo gris cortado al rape y unos ojillos astutos tras las gafas de concha—. Le va a encantar esta casa.

Nora sonrió y reprimió las dudas. Comprar la casa sin haberla visto era una locura, lo sabía. Pero Michelle, su mejor amiga, le había hecho llegar aquella oferta antes de que saliera oficialmente al mercado. Era una oportunidad única y el precio de la enorme villa resultaba casi ridículo. Su piso actual cubriría la mayor parte. El resto lo había pagado con el seguro de vida que le habían entregado tras la muerte de su marido. Cierto que su saldo bancario se hundía

peligrosamente, pero en caso de necesidad su padre acudiría al rescate. Nunca la dejaba tirada, aunque seguramente no le haría gracia que se mudara tan lejos. Pero tenía que salir de aquel piso estrecho y marcharse al campo. Una casa propia siempre había sido su sueño. Estaba haciendo lo correcto. A modo de confirmación, aquellas palabras se repetían en bucle dentro de su cabeza. Pero ya no la tranquilizaban.

—¿Y decía usted que los costes de la reforma se mantienen dentro de unos límites razonables? —preguntó al vendedor, aunque sabía lo innecesaria que era aquella pregunta después de haber firmado el contrato de compraventa.

El hombre astuto se pasó la mano por el pelo con un gesto nervioso. —Por supuesto, señora Hoppe. Una limpieza a fondo, una mano de pintura y listo, todo como nuevo.

El notario frente a ellos frunció el ceño. Por un instante pareció querer protestar. Abrió la boca y la cerró al instante. Sin decir palabra, estampó también su firma y sonrió después con aire profesional.

—¿Tiene alguna otra pregunta? —Sus ojos gris claro se posaron en ella un momento. Nora creyó percibir algo parecido a compasión. Pero él bajó la cabeza, cogió su pluma estilográfica y estampó su nombre con un gesto elegante bajo el documento.

—Pues hemos terminado —anunció y se levantó. Echó un vistazo a su reloj de pulsera dorado—. Las seis en punto. Disfrute de la tarde. —Estrechó primero la mano de Nora y luego la del vendedor.

Cuando Nora salió del despacho del notario, sintió un latido sordo en el pecho. ¡Cielos! Lo había hecho. De verdad lo había hecho y había comprado una casa preciosa en el campo. El lugar se encontraba a más de seiscientos kilómetros de Hamburgo. Pequeño pero encantador, y tan lejos que allí nadie conocía su nombre. Pero con cada paso que daba, un poco de su euforia se desvanecía. Le vino a la mente su saldo bancario mientras esquivaba a una anciana que se desplazaba lentamente por la acera con su andador. ¿Podría realmente afrontar la cantidad? ¿O se había excedido?

Rápidamente apartó las dudas. Sería suficiente. Podía buscar un trabajo y entonces no habría problema. Tenía una generosa línea de

descubierto en su banco con la que podía costear cómodamente las obras de reforma. Además, los operarios en el campo sin duda no eran tan caros como en una gran ciudad. Pero ¿y si no era así? ¿Y si se había equivocado en los cálculos?

¡No! Había calculado los gastos varias veces. Todo estaba en orden. Si llegaba el caso, su padre intervendría. Siempre le cubría las espaldas y seguro que lo haría también esta vez. Aunque probablemente no le entusiasmara su mudanza.

Seiscientos kilómetros, eso eran al menos seis horas de camino, sin contar un atasco importante. ¿Con qué frecuencia se verían? Nora luchó contra el pánico que empezaba a asomar. Su padre lo entendería. Seguro que sí. Sin embargo, de repente todo le parecía un error. ¿Estaba hecha para una vida lejos de la gran ciudad?

Aceleró el paso y, sin darse cuenta, tomó una dirección que conocía demasiado bien. Una dirección que había evitado deliberadamente durante las últimas semanas. Pero en ese momento le faltaban fuerzas para resistirse. Divisó la puerta principal abierta y entró sin pensárselo ni un segundo.

Dentro, el aire era sofocante, cálido y, pese a que la tarde apenas había comenzado, ya estaba impregnado de alcohol. Lo aspiró con avidez. El bar estaba casi vacío. En la esquina del fondo, dos hombres conversaban inclinados sobre sus bebidas. A juzgar por los trajes oscuros, eran hombres de negocios. Nadie con quien quisiera tener trato. Su mirada se deslizó hacia la barra, donde un barman alto pulía un vaso. Tenía los ojos clavados en Nora. Una sonrisa amplia le iluminó la cara y le hizo un breve gesto de asentimiento. Llevaba una camiseta negra ceñida que le marcaba los músculos.

—Nora, qué bien verte —la saludó Patrick dejando el vaso. Alargó la mano hacia una botella de Martini, pero ella levantó rápidamente la suya.

—Solo agua, por favor —dijo y se sentó en un taburete.

Patrick la observó frunciendo el ceño y se encogió de hombros.

—De acuerdo —murmuró, soltó la botella de Martini y llenó un vaso de agua.

—Aquí tienes. —Se inclinó sobre la barra hacia ella y bajó la voz —. ¿A qué debo el honor de tu presencia?

—Ni idea —respondió Nora con sinceridad—. Acabo de comprar una casa y después he estado deambulando un poco por las calles hasta que he acabado aquí.

Patrick enarcó una ceja. —¿Así, sin más? ¿Sin segundas intenciones?

Nora sonrió. —¿Qué tal estás?

Patrick hizo un gesto restándole importancia. —Lo de siempre. No paro de tratar con mujeres guapas. —Le guiñó un ojo y le tomó la mano—. Así que has comprado una casa. Espero que con un dormitorio grande.

El rostro de Nora se puso serio. —Está a unos seiscientos kilómetros de aquí. En algún lugar del rincón más meridional de Renania del Norte-Westfalia. Un pueblecito.

Patrick se soltó de ella y se irguió. —Yo tenía la esperanza de que… —Tragó saliva; la nuez le subió y bajó de forma visible—. ¿Es que no significó nada para ti?

Una punzada le atravesó el corazón cuando vio sus ojos azules mirándola con tristeza. Le gustaba Patrick. Pero con él no había futuro.

—Sí, sí que significó algo —tartamudeó, y se arrepintió de haber venido. No debería haberle contado a Patrick lo de la casa. Era evidente que sus planes lo herirían. Pero al parecer algo en su inconsciente la había conducido precisamente hasta aquí. Quería verlo. Una última vez. Porque después de la mudanza no habría vuelta atrás. De pronto fue dolorosamente consciente de ello.

—Debería habértelo dicho mucho antes —murmuró mientras él volvía a inclinarse sobre la barra hacia ella.

—Dijiste que necesitabas tiempo —susurró él y volvió a tomarle la mano—. Pensé que habías venido hoy para retomar las cosas donde las dejamos la última vez.

Una oleada de excitación le recorrió el cuerpo. Lo deseaba. Pero su cabeza la bloqueaba. Retiró la mano rápidamente y se puso de pie.

—¡No la toques! —gruñó de pronto alguien detrás de ella.

Los ojos de Patrick se abrieron de par en par. Nora siguió su mirada y se giró de golpe. Parpadeó varias veces, pues no podía

creer lo que veía.

—No —exclamó precipitadamente y se plantó delante del joven que fulminaba a Patrick con la mirada. Lo agarró del brazo.

—¡Lukas, no! Vámonos —gritó y tiró de él pese a su resistencia —. ¡Ahora mismo!

3

El corazón de Mia se aceleró tanto que se mareó. La voz del teléfono resonaba en sus oídos: «Puedo verte». Presa del pánico, clavó la mirada en la casa, tras cuyas ventanas oscuras acababa de ver a aquella mujer. Sus pensamientos se atropellaban, y cuando la esbelta figura volvió a aparecer tras el cristal rayado, cayó en la cuenta.

—¿Charlotte? —exclamó sorprendida, y notó cómo su pulso se calmaba un poco.

Al otro lado de la línea sonó una risita.

—Sí, ya pensaba que no lo pillabas. Perdona, no quería asustarte. Pero estoy tras una historia de lo más jugosa —dijo Charlotte. Ahora que no susurraba, Mia reconoció su voz al instante—. ¿Por qué estás mirando hacia aquí con tus prismáticos? —preguntó Charlotte con un tono burlón—. ¿Sabes lo espeluznante que resulta verte ahí sentada en tu escritorio? Pero puedes ayudarme. Necesitaría una lámpara adicional. Aquí dentro está oscuro a pesar de la luz del día, no hay corriente y las ventanas están mugrientas. Aun así, he encontrado un montón de cosas del doctor Schenkenberg. Imagínate, en el sótano hay un aparato de electrochoque antiquísimo. ¡Es alucinante! Parece sacado de una película de terror. Deberías venir.

A Mia se le erizó la piel.

—No puedo. Sabes de sobra que Jasmin murió en esa casa.

Se hizo un silencio. Mia oyó algo que crujía y luego volvió Charlotte.

—Siento lo de tu hermana. Pero eso fue hace siglos, y desde entonces no ha pasado nada malo. Todo lo contrario. Durante una temporada hubo un montón de fiestas aquí. Tu hermana seguro que no tendría nada en contra. Al fin y al cabo, tenía dieciséis años, la edad que tenemos nosotras ahora. Venga, haz un esfuerzo.

—No puedo. Se lo prometí a mi madre. Me castigaría sin salir de casa de por vida si no cumplo. —Mia podía oír la voz de su madre en algún rincón de su cabeza. Castigarla sin salir sería quedarse corto. Además, probablemente tendría que entregarle el móvil y el ordenador portátil. Sería como el aislamiento en una cárcel de máxima seguridad. Mia no podía correr ese riesgo.

—Pero no tiene por qué enterarse, ¿verdad? —refunfuñó Charlotte.

Mia apretó los labios. Luego dijo:

—No voy a ir.

—Vale, lo entiendo. En tu lugar probablemente tampoco me atrevería —cedió Charlotte.

—¿Por qué estás siquiera en esa casa? —insistió Mia—. Creía que te daba igual.

—Así era. Pero me he enterado de que la semana que viene se mudan nuevos vecinos. Entonces esa casa dejará de ser un *lost place*. No quiero ser la primera, sino la última en grabar un vídeo aquí. Esto va a arrasar.

Mia se quedó sin palabras por un momento. Normalmente Charlotte merodeaba por antiguas minas, búnkeres o fábricas abandonadas. Su número de *followers* en *TikTok* había crecido hasta casi diez mil en solo unos meses. Sin embargo, las historias de terror sobre el doctor Schenkenberg, el psiquiatra que más de cincuenta años atrás había ejercido en aquella casa, no le habían interesado en absoluto hasta entonces. Mia suponía que era por consideración hacia su hermana.

—¿Y cómo sabes lo de los nuevos vecinos? —preguntó Mia con curiosidad.

—La empresa de pintura donde trabaja mi padre ha recibido el encargo de la reforma. Van a repintar completamente las dos primeras plantas. Pasado mañana empiezan. Por eso esta es la última oportunidad de mostrar el caserón en su estado ruinoso.

—Nunca habría pensado que alguien volviera a mudarse allí —murmuró Mia—. Qué escalofriante. Yo no aguantaría ni una sola noche, probablemente ni un par de horas.

Charlotte soltó una risita.

—Eso pensé yo también. Pero no es para tanto. Ahora voy a echarle un vistazo a la cocina vieja. A ver qué más tiene escondido el buen doctor.

Mia gimió.

—Vaya nervios que tienes. ¿No sabes lo que llegó a hacer Schenkenberg aquí?

Charlotte volvió a soltar una risita.

—Vaya si lo sé. Pero nunca le demostraron los asesinatos y ya nadie puede preguntarle. Yo…

En ese momento se cortó la línea durante una fracción de segundo. Un fuerte estruendo resonó, como si una puerta se cerrara de golpe.

—¿Charlotte? —gritó Mia preocupada—. ¿Qué pasa?

En lugar de una respuesta, oyó el crujido de unos pasos. Alguien corría. Probablemente Charlotte.

—¿Charlotte? —volvió a gritar. La impotencia la invadió. Agarró los prismáticos y escudriñó la ventana donde su amiga acababa de estar. Pero no había nadie. La ventana opaca le devolvía la mirada desde unos ojos vacíos y tristes.

—¿Charlotte?

De repente se hizo un silencio. Era al menos tan aterrador como el estruendo y los pasos de Charlotte. El corazón de Mia golpeaba contra las costillas. Tenía que hacer algo. ¿Debería llamar a emergencias?

No. Tardarían demasiado. Iría ella misma a ver cómo estaba Charlotte.

Mia dejó los prismáticos y en ese momento sonó la voz de Charlotte en el teléfono.

—¿Me oyes? —susurró tan bajo que Mia apenas la entendió.

—¿Qué ha pasado?

—Hay alguien aquí —musitó Charlotte, y el miedo vibraba en sus palabras.

—Sal de ahí —siseó Mia, y estaba a punto de salir corriendo para ayudar a Charlotte.

—Espera un momento —dijo Charlotte, y el silencio que siguió llevó a Mia al borde de la locura. ¿Qué demonios hacía su amiga? Cualquier tipo de perturbado podía haberse colado en esa casa vacía. No solo adolescentes inofensivos buscando una fiesta. El doctor Schenkenberg aún tenía un montón de fans enfermizos que peregrinaban a su casa del horror, y era mejor no cruzarse con ellos.

—Creo que son Maurice y Anne —susurró Charlotte—. Oigo dos voces. Seguro que también se han enterado de que han vendido la casa. El padre de Anne es agente inmobiliario. ¡Mierda! Si me ven aquí, adiós al último vídeo exclusivo de la casa del horror del doctor Schenkenberg, y no me apetece que me graben.

Mia clavó la vista en las ventanas del tejado.

—¿Dónde estás exactamente?

—Estaba en el desván. He bajado las escaleras corriendo al primer piso y me he escondido detrás de una estantería en el pasillo.

La mirada de Mia se deslizó automáticamente hacia la fila de ventanas de la primera planta. De repente se le ocurrió una idea.

—Junto a la escalera puede que haya un montaplatos o un montacargas. Era bastante habitual en las villas antiguas para subir equipaje pesado a los pisos superiores. ¿Ves alguna trampilla? Debería ser lo bastante grande para ti.

Charlotte tardó un rato en responder.

—Sí, aquí hay una trampilla de madera, ¿y ahora qué?

—Podrías bajar con él al sótano y luego salir por la puerta trasera —sugirió Mia—. Nadie te verá.

Charlotte guardó silencio. En su lugar, Mia oyó una carcajada fuerte y una voz masculina. Probablemente Maurice. Lo conocía del colegio. Soltaba bromas constantemente y era de esos tipos guais que nunca se dignaban a mirarla. Jugaba en el equipo de balonmano

y supuestamente tenía un contrato profesional en el bolsillo. Luego oyó a Anne, cuya voz vibraba de entusiasmo.

—Maurice, esto va a ser la mejor grabación *ever*. Qué fuerte lo que pasó aquí.

Mia puso los ojos en blanco. Odiaba los prejuicios, pero Anne, por desgracia, encajaba de lleno en ellos. Rubia, una cintura que apenas superaba el perímetro de uno de sus muslos, y siempre vestida con la ropa de marca más en boga. Por supuesto que estaba con Maurice. Eran tal para cual.

—Vale, estoy dentro. Es estrecho, pero si encojo las piernas, quepo —interrumpió Charlotte sus pensamientos—. ¿Y ahora qué? Es un mecanismo muy raro. No hay botones. Ni quiero imaginarme lo que el loco del doctor Schenkenberg transportaba en este montacargas.

—Tiene que haber una manivela o una cuerda. Con eso puedes bajar.

—Tengo la manivela —jadeó Charlotte, mientras su voz llegaba como desde muy lejos al oído de Mia. Probablemente había dejado el móvil a un lado para poder girar la manivela.

Las voces de Maurice y Anne habían enmudecido. En su lugar, Mia oyó el suave traqueteo del montacargas. Al menos parecía que todavía funcionaba.

—¡Mierda! —maldijo Charlotte poco después—. Estoy atascada. La maldita manivela no se mueve ni un milímetro. —Su voz crepitaba y sonaba entrecortada porque la conexión era mala.

—¿Puedes abrir la trampilla? —preguntó Mia, e imaginó a Charlotte acurrucada en aquel estrecho montacargas, atrapada entre gruesos muros de hormigón. Probablemente no había sido buena idea meterla allí. ¿Y si no podía salir? El pecho de Mia se contrajo involuntariamente.

—¿Charlotte?

—¡Maldita sea, Mia! ¿Qué hago? La trampilla se abre, pero detrás solo hay una pared.

—Gira la manivela en la otra dirección. Puede que hayas bajado demasiado y la salida esté encima de ti. —Mia oyó cómo Charlotte tiraba de la manivela y resoplaba con esfuerzo.

—No se mueve —susurró Charlotte al fin, agotada—. Mia, tienes que sacarme de aquí.

4

Mia reaccionó sin pensar. Con el móvil en la oreja salió corriendo de su habitación, cruzó el pasillo, bajó la escalera y atravesó la puerta de casa. Se precipitó por el jardín delantero, saltó el seto bajo que delimitaba la propiedad y abrió de golpe la verja de hierro fundido de la villa de al lado. Justo cuando iba a atravesarla, un dolor agudo se le clavó en el hombro izquierdo. Sorprendida, se giró y retrocedió.

—¿Mamá? ¿Pero qué haces aquí? —preguntó, aunque la mirada de su madre ya lo decía todo.

—Eso te pregunto yo. ¿Qué pretendes? No vas a entrar en esa casa. ¿Has olvidado lo que pasó allí? —Su madre la miraba llena de preocupación. Sus dedos se clavaron en el hombro de Mia.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —siseó Mia y se retorció para escapar del agarre firme, con lo que el móvil se le resbaló de los dedos. Mientras lo recogía del suelo, su madre se plantó frente a la verja y le cerró resueltamente el paso.

—No vas a entrar ahí. ¿Nos hemos entendido?

—¡Pero Charlotte está atrapada en el montacargas! ¡Tengo que ayudarla! —Mia sentía cómo le temblaba todo el cuerpo de agitación. Pero su madre no hizo ademán de apartarse.

—¡A tu habitación, ahora mismo! —dijo con una voz que no admitía réplica.

—¿Ah sí? ¿Vas a dejar que Charlotte la palme ahí dentro? —gritó Mia fuera de sí—. ¿No basta con que Jasmin muriera en esa casa? ¿Necesitas otra víctima?

El rostro de su madre palideció de golpe. Mia supo que se había pasado. Tragó saliva y bajó la vista, abatida.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No quería decir eso. Ha sido injusto por mi parte. Solo estoy preocupada por Charlotte. Está atrapada en el montacargas y alguien tiene que sacarla de ahí.

Su madre exhaló lentamente y la atrajo hacia sus brazos.

—Disculpa aceptada. Yo iré a ver a Charlotte. Tú te vas a casa.

Mia quiso protestar de nuevo, pero enseguida le vinieron a la mente las palabras horribles que acababa de lanzarle a su madre.

—Vale —murmuró consternada y dio media vuelta.

Antes de dar tres pasos, oyó la voz de Charlotte. Aunque no procedía del móvil, que aún sostenía en la mano y que por suerte había salido ileso de la caída.

—¡Mia\! —Charlotte se precipitó hacia la verja de hierro fundido —. ¡Lo he conseguido\! —jadeó. Su larga melena rubia le caía revuelta y empapada de sudor—. La manivela se ha soltado de repente. He tenido que bajar más o menos un metro y entonces he llegado al sótano. La puerta trasera estaba abierta. Seguramente Anne y Maurice han entrado por ahí.

Como si fuera una señal, sonaron dos voces entre risas. Maurice y Anne emergieron de las sombras de la villa y apuntaron con sus móviles a Charlotte.

—Qué heroico —se burló Maurice—. La reina de los *lost places* en el montacargas polvoriento. ¿A eso lo llamas una buena historia?

Anne se apartó un mechón rubio detrás de la oreja.

—Qué mona, cómo has temblado. Creo que lo meto en *slow-mo*. Quedaría genial.

Charlotte se giró en redondo.

—Borrad eso ahora mismo. Bajad esos malditos móviles.

—Venga, te vamos a convertir en alguien importante —dijo Anne con voz melosa, apoyándose sonriente en Maurice—. Última mirada a la villa del horror. ¿Qué te parece?

—Se acabó —dijo la madre de Mia—. Salid del terreno ahora mismo o llamo a la policía. Esto no es ningún parque infantil.

Maurice por fin bajó el móvil y esbozó una sonrisa forzada.

—Vale, vale. Nos íbamos de todas formas. —Pasó el brazo alrededor de Anne—. Ven. Dejemos a los aficionados con lo suyo.

Sin decir una palabra más, los dos se marcharon. Mia aún oía sus risitas cuando ya habían desaparecido tras la siguiente esquina.

La madre de Mia miró a Charlotte con severidad.

—Tú también deberías mantenerte lejos de esta casa. —La voz le falló por un momento—. Trae mala suerte —añadió con un temblor en la voz.

—Lo siento —murmuró Charlotte—. Pero la reforma empieza en dos días y quería entrar una última vez. Para que mis *followers* vean cómo es el caserón por dentro. —Se encogió de hombros con impotencia—. Sé que para usted es difícil por lo de Jasmin. De verdad que no quería ser irrespetuosa.

La madre de Mia suspiró.

—Está bien, vámonos a casa.

Poco después estaban las dos sentadas en la cama de Mia bebiendo una Coca-Cola.

—No soporto a Maurice, de verdad —soltó Charlotte y dio un largo sorbo a su bebida—. Ese tío se cree superior. Y eso que sus notas son pésimas.

Mia no dijo nada. Sus notas eran malas, eso era cierto. Pero estaba realmente bueno. En lo más profundo de su ser deseaba que él se fijara en ella aunque fuese una sola vez. Pero ni siquiera hacía un momento, frente a la verja de la villa del horror, se había dignado a mirarla. Era invisible para él.

—Anne tampoco es mucho mejor. Casi peor, porque va por ahí todo el rato como si fuera una supermodelo.

Charlotte sonrió y frunció los labios en forma de beso.

—Oh sí, es tan guapaaa —dijo alargando las palabras y se echó el pelo detrás de las orejas. De repente se le puso la cara seria—. Oye, ¿cómo sabías tú en realidad lo del viejo montacargas?

Mia evitó su mirada.

—Muchas villas antiguas tienen algo así. ¿Por qué?

—Me has salvado el culo. Así por lo menos solo me han grabado de espaldas, porque han bajado corriendo al sótano detrás de mí. —Se le formó un surco profundo en la frente.

—¿Y cómo conocías la puerta trasera del sótano? —Su mirada se escapó hacia la ventana, hasta la villa abandonada—. Desde tu habitación, desde luego, no se ve esa puerta.

Una sensación extraña se apoderó de Mia mientras ella también miraba hacia allí. Charlotte tenía razón. La puerta estaba al otro lado de la villa. Pero nunca había estado allí. Ni siquiera hoy. ¿De dónde sacaba entonces esa certeza repentina?

5

Nora sacó a Lukas del bar bajo la mirada penetrante de Patrick. Su hijo la seguía de mala gana, pero al menos no la apartaba a empujones ni echaba a correr. Fuera, el viento había arreciado. Llovizaba y las finas gotas le golpeaban la cara. Se detuvo y miró a Lukas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, obligándose a mantener la calma. Lukas ya había sufrido bastante. Estaba de pie ante ella con la cabeza gacha, los puños cerrados, y hacía una mueca.

—He visto cómo ese tipo te cogía la mano —gruñó con hostilidad.

—Ese tipo se llama Patrick y nos conocemos desde hace años. No puedes entrar de repente en cualquier sitio y casi montar una bronca —dijo Nora.

Lukas seguía sin mirarla. El pie izquierdo dibujaba un círculo invisible en los adoquines mojados.

—Me preocupa que vuelvas a beber demasiado —dijo con voz ronca, y por fin levantó la vista.

—Apenas bebo nada, desde hace meses. No tienes que controlarme. —Nora le puso la mano en el hombro—. Lukas, puedes confiar en mí. Ya no será como antes. Te lo prometo.

La miraba con esos ojos insondables de un verde hierba. Abrió los labios, pero no le salió una sola palabra. Nora reconoció su

desconfianza. Todavía no había superado el pasado. ¿Y cómo iba a hacerlo? Ese era precisamente el motivo por el que tenían que marcharse. Necesitaban un nuevo comienzo. Los dos.

—¿Y por qué te encuentro entonces en un bar? Dudo que fueras allí a tomar un chocolate caliente. —Su voz sonaba acusadora.

Nora apretó los labios con firmeza. Lukas había sabido cómo sacarla de quicio desde que era pequeño. Pero no debía perder la calma. No ahora.

—Estaba allí por Patrick. No por el alcohol ni por un chocolate caliente. —Lo miró fijamente a los ojos—. ¿Cómo me has encontrado?

Lukas señaló su camiseta deportiva empapada de sudor.

—¿Ya se te ha olvidado? Querías recogerme después del entrenamiento. Como no has venido, he utilizado la app de localización.

La app de localización. Claro. Nora se la había activado después de la muerte de su padre. Lukas siempre debía saber dónde estaba ella. Eso le daría seguridad.

—Lo siento, Lukas. Tenía una cita importante y se me ha olvidado.

Lukas miró ostentosamente la hora.

—Debías estar allí a las cinco. He venido andando hasta aquí. ¿Y sabes por qué? —Para sorpresa de Nora, el labio inferior comenzó a temblarle.

—He intentado llamarte. Ni sé cuántas veces. Tienes el maldito teléfono en silencio o en no molestar. —Lukas respiraba agitadamente—. Me he preocupado.

Nora lo abrazó.

—Lo siento muchísimo. He estado con el notario y he comprado algo para nosotros, para que podamos empezar de nuevo. Y se me ha olvidado tu entrenamiento. —Nora se mordió la lengua. Maldita sea. Se había olvidado de su hijo en medio de toda la emoción. ¿Cómo demonios había podido pasar? Y eso que lo hacía todo por él.

—Lo siento —susurró de nuevo y lo estrechó aún más fuerte contra sí—. No volverá a pasar. Vamos al coche. Cuando lleguemos a casa, te enseñaré de qué se trata. Seguro que te va a gustar. —Se

enlazó del brazo con él y se pusieron en marcha. Las calles brillaban de tan mojadas. De una cafetería se escapaba un intenso aroma a café. De repente Nora sintió lo cansada que estaba. Una ráfaga de viento frío la hizo tiritar. A Lukas no parecía importarle el aire frío de abril. Caminaba en silencio a su lado. Avanzaban al unísono por la acera hasta que un autobús de línea pasó junto a ellos y Nora saltó rápidamente a un lado para esquivar las salpicaduras de un charco. Riendo, llegaron al pequeño aparcamiento detrás de la oficina del notario. Nora apretó el mando a distancia y los intermitentes de su pequeño coche parpadearon dos veces. Se dirigieron hacia el vehículo, pero a mitad de camino se detuvieron. Una palabra destacaba en el capó ante ellos. Nora contuvo la respiración, horrorizada.

—ASESINO —leyó Lukas sin expresión y se quedó de piedra junto a ella.

Nora se separó de él y se abalanzó sobre el coche.

—¡No! —exclamó y contempló desconcertada las letras torcidas. Estiró el índice y lo pasó sobre la primera letra. Menos mal que no era pintura, sino que alguien había escrito esa horrible palabra con el dedo sobre el capó mojado por la lluvia. Rápidamente pasó la manga del abrigo sobre la pintura del coche hasta que la palabra desapareció.

—Ya no está —exclamó y se giró hacia Lukas, que seguía petrificado, mirando el capó con los ojos muy abiertos.

—¿Quién ha hecho esto? —le brotó de los labios. Se le quebró la voz y dio un paso atrás de repente, como si ese coche no fuera suyo.

—Ni idea. Unos imbéciles —dijo Nora y abrió la puerta del copiloto—. Vamos, súbete y volvamos a casa. No le des más vueltas a esa pintada estúpida.

Lukas cerró los puños y miró alrededor. Pero estaban solos en el pequeño patio trasero. Quienquiera que lo hubiera hecho se había esfumado hacía rato.

—Súbete —repitió.

Por fin su hijo obedeció y se sentó en el coche. Salió lentamente del aparcamiento y notó que seguía con los puños cerrados.

—Relájate, Lukas. Eran unos idiotas cualesquiera. No tiene por qué tener nada que ver con nosotros.

Lukas negó energéticamente con la cabeza.

—Claro que sí. ¡Por supuesto que iba dirigido a mí! ¿A quién si no?

—Eso no puedes saberlo. El coche estaba a kilómetros del colegio. ¡Ahora tranquilízate de una vez!

Lukas golpeó el salpicadero con el puño.

—¡Maldita sea! Tú no tienes que soportar las miradas cada día. No tienes ni idea de cómo me siento.

Nora se estremeció un momento, pero no se dejó provocar por él. Intuía muy bien lo mal que estaba. Al fin y al cabo, era su madre.

—Por favor, haz lo que te aconsejó el doctor Janisch. ¡Respira! —respondió en voz baja y observó con satisfacción cómo cerraba los ojos. El pecho le subía lentamente y volvía a bajar. Poco a poco se fue calmando.

—Créeme, Lukas, todo lo que hago es solo por ti. Lo verás en cuanto lleguemos a casa. —Aceleró y condujo lo más rápido que pudo por las congestionadas calles de Hamburgo.

¡Asesino!

La palabra daba vueltas en su cabeza. Lukas tenía razón. Probablemente iba dirigida a él. Precisamente por eso había buscado una salida y había comprado la casa. Estaba impaciente por contárselo. Le echó una mirada furtiva. Tenía los ojos aún cerrados. Las manos descansaban relajadas sobre los muslos. Así sentado, tan tranquilo, como si no fuera capaz de hacerle daño a una mosca. Nora apretó los labios con firmeza. Su niño. ¿Cómo demonios había podido ocurrir todo aquello?

El enérgico bocinazo del coche de detrás la sacó de sus pensamientos. Pisó el acelerador y cruzó la intersección. Solo un par de calles más y habrían llegado.

Lukas abrió los ojos de golpe.

—¿Todo bien? —preguntó y se giró hacia el que les pisaba los talones.

Por un momento, Nora temió que la rabia volviera a arder en Lukas. Pero cuando volvió a mirar hacia delante, tenía una expresión

neutra.

—Parece que tiene prisa por llegar a casa —respondió Nora y giró hacia la pequeña calle lateral donde estaba su bloque de pisos. Tuvo suerte y encontró un aparcamiento casi justo enfrente del portal.

—Date prisa —dijo mientras apagaba el motor y salía del coche —. Quiero enseñarte unas fotos.

Lukas subió las escaleras arrastrándose tras ella. Evidentemente no tenía el menor interés en enterarse de las noticias que le tenía preparadas. Daba igual. Estaba en plena pubertad. Ese tipo de reacciones era normal. Nora subió corriendo hasta el tercer piso y esperó impaciente en el pasillo de su piso hasta que Lukas apareció por fin en el marco de la puerta.

—¿Estás listo? —preguntó y lo llevó al salón hasta el sofá sin esperar respuesta. Abrió la galería de fotos en su móvil y tocó la imagen de una villa de viejo ladrillo rojo.

—¿Qué te parece la casa? —quiso saber y lo miró con curiosidad.

Lukas se encogió de hombros indeciso.

—Vale, ¿por qué?

Nora deslizó el dedo hacia la siguiente fotografía, que mostraba el gran jardín detrás de la casa.

—¿No son preciosos esos árboles viejos?

Lukas volvió a lanzar una mirada desinteresada al móvil.

—¿Y? —insistió—. ¿Qué tiene eso de especial?

Nora respiró hondo.

—Es nuestra —soltó.

Apareció una profunda arruga en la frente de Lukas, justo encima de la raíz de la nariz.

—¿Nuestra? —preguntó incrédulo—. ¿Qué quieres decir?

—La casa está en Waldbrunn, a unos seiscientos kilómetros al sur de aquí. Es la razón por la que hoy he estado con el notario. La he comprado —explicó Nora.

Lukas tragó saliva.

—¿Nos mudamos? —Había un tono peligroso en su voz. Nora supo en ese mismo instante que su idea de mudarse de Hamburgo no le había gustado nada.

6

Mia estaba sentada en el sofocante salón de actos y apenas podía mantener los ojos abiertos. La señora Arendt hablaba con una voz tan monótona que era casi imposible seguirla durante mucho rato. Al menos eso le pasaba a Mia. Disimuladamente, echó una ojeada hacia la derecha. Charlotte había dejado el móvil a escondidas sobre los muslos y reproducía lo que parecía ser el centésimo vídeo. Mia bostezó. Era al menos tan aburrido como el discurso de la directora, porque el vídeo no tenía sonido. Volvió a mirar al frente, donde la señora Arendt se esforzaba por explicar un nuevo proyecto escolar. Se llamaba «Huellas en el barrio». Los alumnos debían investigar la historia del colegio y de la iglesia vecina. Las reacciones contenidas en la sala dejaban claro que a nadie le interesaba de verdad, excepto quizá a los empollones de la primera fila. Mia observó que algunos tomaban notas con entusiasmo. Cuando la señora Arendt llegó al tema de los patrocinadores y las subvenciones, se le desconectó el cerebro. Volvió a mirar el móvil de Charlotte y parpadeó, porque los azulejos de la cocina en el vídeo le resultaban vagamente familiares.

—¿Dónde es eso? —susurró.

Charlotte levantó una ceja.

—¿Dónde va a ser? Lo grabé ayer en la villa vacía. Es la cocina del doctor Schenkenberg. Flipante, ¿no? —Charlotte deslizó el móvil

hacia Mia para que pudiera ver mejor—. Debería haber grabado este vídeo hace mucho. Ha quedado genial.

Mia observó cómo la cámara recorría las habitaciones. Curiosamente, aquellas estancias le resultaban familiares. Sobre la mesa de la cocina había un hacha, y al verla se le erizó el vello de la nuca. Desde allí, la cámara recorría el pasillo y después bajaba al sótano. El acero inoxidable brillaba bajo la luz de la linterna de Charlotte.

—¿Eso es un aparato de electrochoque? —preguntó con voz ronca.

Charlotte levantó la cabeza.

—Sí, ¿estás bien?

—Conozco esto… —Mia se detuvo. Era imposible—. Quiero decir, he visto algo igual de espantoso antes. Seguramente en una película de terror.

Charlotte la miró con atención.

—También conocías la puerta trasera. ¿De verdad no has estado nunca dentro?

Un hormigueo le recorrió la nuca.

—No. Ya sabes que mi madre me lo prohibió. ¿No te fijaste ayer en cómo se plantó delante de la verja? Ni el portero más duro habría conseguido pasar junto a ella.

Charlotte sonrió de oreja a oreja.

—Al menos cuida de ti. —Bajó la mirada—. No como mi madre. Ni se entera de si estoy en casa o no.

La sombra oscura que se había posado en el rostro de Charlotte se desvaneció antes de que Mia pudiera responder.

—Mira. El señor Hagen sube al escenario. ¿No es monísimo? —Le lanzó a Mia una mirada radiante, como si nunca hubiera dicho aquella frase sobre su madre.

Mia también dirigió la vista al frente. Daniel Hagen llevaba vaqueros y una camisa clara de manga corta que le marcaba todos los músculos. Tenía la complexión de un jugador de fútbol americano y el rostro marcado de un actor de acción. Casi todas las chicas de su clase estaban coladas por él. Mia, en cambio, no podía dejar de

pensar en Maurice. Le gustaba su pelo rubio alborotado y esos ojos gris claro que le recordaban a un husky.

—Quien quiera apuntarse al nuevo taller de medios, que venga después del primer recreo al aula R.14 —explicó el señor Hagen, mientras Charlotte prácticamente se derretía.

—Me voy a apuntar —dijo, y suspiró teatralmente cuando Daniel Hagen abandonó el escenario y cedió la palabra al señor Vogt. El profesor de química era exactamente lo contrario de Daniel Hagen. Calvo, con gafas y brazos escuálidos. Con esa apariencia no impresionaba a nadie, pero el señor Vogt era amable y sabía explicar bien. A diferencia de otros profesores, intentaba ayudar a sus alumnos en lugar de dejarlos tirados.

Charlotte había perdido evidentemente las ganas de escuchar después de la salida de Daniel Hagen. Se recostó en la silla y volvió a mirar su móvil.

Mia se arriesgó a echar otro vistazo al vídeo. En el sótano, junto al aparato de electrochoque, había estanterías abarrotadas de objetos diversos. Unas escalofriantes máscaras de goma la observaban con las cuencas vacías. La cámara pasó por guantes, trapos manchados, libros, viejas fundas de CD. Luego la imagen se volvió inestable. La grabación mostraba de repente las zapatillas de Charlotte y un rincón oscuro del suelo. Siguió un corte brusco. Ahora Charlotte sostenía una cinta gris directamente ante el objetivo. Sucedió tan rápido que Mia no pudo leer la inscripción. Con gesto despreocupado, Charlotte lanzó la cinta junto a los demás objetos en la estantería.

En ese momento, la Charlotte de verdad, sentada a su lado, señaló la pantalla.

—Todo eso estaba tirado por ahí. Brutal, ¿verdad? —le susurró al oído, y soltó una risita.

Mientras tanto, en el vídeo, un bisturí y diversas herramientas brillaban bajo el haz de luz. Qué escalofriante. Mia observó cómo Charlotte volvía a subir por la escalera y se dirigía al desván. Luego se vio una imagen tomada desde la ventana hacia su casa. La cámara hizo un breve zoom.

—Ay, no —exclamó Mia al verse justo detrás del cristal, con unos prismáticos ante los ojos.

—Tranquila, lo he cortado para las redes —le susurró Charlotte—. Aunque queda genial cómo miras hacia aquí.

Mia torció los labios.

—Gracias.

De repente, sintió que alguien le tocaba el hombro. Se giró con disimulo.

—¿Ya os habéis enterado de lo del nuevo? —preguntó Lisa.

—No. ¿Un profesor nuevo? —Con Daniel Hagen ya tenía más que suficiente. No le apetecía en absoluto otro novato.

—No. Un alumno nuevo. Se supone que viene a nuestra clase.

—¿En serio? —soltó Charlotte—. ¿Tienes una foto de él?

Lisa negó con la cabeza.

—No. Pero Emma ha estado esta mañana por casualidad en secretaría y se ha enterado de unas cuantas cosas sobre el tío. —Hizo una pausa significativa y se inclinó hacia Mia y Charlotte.

—Se supone que ya ha matado a alguien. Por eso seguramente tuvo que cambiar de colegio. En realidad viene de Hamburgo.

Mia necesitó un momento para procesar las palabras de Lisa.

—¿Un asesino? —preguntó estupefacta.

Lisa asintió.

—Venga ya —dijo Charlotte—. El tío tiene como mínimo dieciséis años. Habría acabado en la cárcel si eso fuera verdad.

Lisa la miró fijamente.

—La señora Schlueter estaba completamente segura de que es culpable. Por lo visto, lo han encubierto por su edad. Por eso tuvo que irse de Hamburgo.

—¿Y lo mandan aquí, con nosotros? —Mia no daba crédito—. ¿A quién mató?

—Fue un feminicidio. Su novia lo pagó.

—¿En serio? —Ahora Charlotte le prestó toda su atención a Lisa —. ¿Y esa novia iba a su clase?

Lisa levantó las manos sin saber qué decir.

—De eso Emma no se enteró. La señora Lehmann la pilló. La mandaron a casa. Pero he hablado con ella hace un rato. —Se le

agrandaron los ojos—. ¡Imaginaos, se supone que el tío viene ya la semana que viene!

7

—Olvídalo —soltó Lukas furioso—. No me voy a mudar al fin del mundo. ¡Waldbrunn! ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Solo quiero lo mejor para ti —dijo Nora con paciencia. Le rugía el estómago. La acidez le quemaba y notaba el primer retortijón. Respiró hondo.

—¿Lo mejor? No tienes ni idea de qué es lo mejor para mí. —Lukas se cruzó de brazos y apretó los labios hasta formar una línea fina.

Nora suspiró.

—Tú mismo has dicho que estás constantemente expuesto a las miradas hostiles de la gente. La consecuencia lógica es irnos de aquí. A un lugar donde nadie te conozca.

Lukas no respondió. Miraba fijamente un punto en la pared detrás de ella. Sus ojos parecían vacíos.

—Lukas —dijo y le cogió la mano—. Empecemos de nuevo. ¿Qué nos ata a este lugar?

Le mostró una vez más las fotos de la villa en su móvil.

—Mira la casa con atención. Es preciosa. Alrededor todo es naturaleza. Hay un lago para bañarse muy cerca. Al colegio son solo unos minutos en autobús o en bicicleta. Créeme, Lukas, te encantará en cuanto te hayas adaptado.

Lukas la fulminó con la mirada.

—Solo tienen que escribir mi nombre en un buscador. Aunque no encuentren nada, de algún modo se acabará sabiendo. En cuanto lleguemos, alguien volverá a escribir *Asesino* en nuestro coche. No creerás en serio que la gente de allí vive en la luna.

—No eres un asesino —replicó Nora con severidad—. Y no quiero volver a oírte decir eso. Fue un accidente. Terrible, sí. Pero tú no tienes la culpa y por eso mereces una vida normal. Los dos la merecemos.

Nora veía la resistencia en los ojos de su hijo. No creía en su inocencia y, si era sincera consigo misma, en ella también se agitaba una leve duda. Pero la apartó. Nada de eso importaba. Oficialmente lo consideraban inocente. No había acusación, ni siquiera una investigación por asesinato. Había sido un accidente, se repetía. Defensa propia y nada más. Observó a su hijo y se estremeció imperceptiblemente ante aquella mirada. ¿Cuándo había empezado toda esa rabia que llevaba dentro? ¿No había sido ya de pequeño bastante impetuoso, capaz de destrozar sus juguetes en cuanto algo le contrariaba?

Nora recordó un peluche. Un adorable conejo al que le arrancó la cabeza en un arrebato de ira. Y luego estaba aquella niña de primaria a la que Lukas había tirado del pelo. La verdad es que no se quedó en tirones de pelo. Lukas la ató por la trenza a una estructura de escalada. Por poco lo expulsaban del colegio. Nora tuvo que acudir a un psicólogo que analizara su tendencia a los estallidos violentos. Un informe pericial confirmó finalmente al colegio que Lukas no era excepcionalmente violento.

Miró hacia la puerta de la habitación y mentalmente recorrió el pasillo, salió del piso hacia la escalera. Había sangre adherida a los escalones. Jamás podría olvidar aquella imagen. Apartó la visión con un gesto brusco.

—¡No me merezco nada! —gritó Lukas de repente y se puso en pie de un salto. Le arrancó el móvil de la mano de un golpe; en él seguía abierta la foto de su nuevo hogar—. No voy a ir. —Antes de que pudiera responder, Lukas salió corriendo del piso y bajó las escaleras a toda velocidad. Nora oyó sus pasos retumbando y después la puerta de la calle, que se cerró de un portazo.

—No puede ser verdad —maldijo y recogió el móvil. Se puso el abrigo a toda prisa para salir tras él.

¿Por qué reaccionaba así? ¿De verdad quería seguir con aquella vida? ¿Dejarse llamar asesino? No podía estar hablando en serio. Pubertad o no, tenía que entrar en razón. Había comprado esa casa y se mudarían. Le gustara o no. No les quedaba otro remedio. El piso estaba a la venta y ya había varios interesados. Bajó las escaleras corriendo y, una vez en la calle, se preguntó en qué dirección habría huido Lukas. Vio una sombra lejana escabullirse hacia la estación de metro. Se lanzó tras él rápidamente. Conocía a su hijo. Cuando la ira lo dominaba, perdía el juicio. Tenía que evitar que se metiera en problemas innecesarios.

Seguramente debería haberle contado antes sus planes. ¿A quién le gustaba que lo pusieran ante hechos consumados? Pero no había tenido fuerzas para meterse en discusiones interminables. Las últimas semanas y meses la habían dejado exhausta y estaba ya al límite. Necesitaba un cambio. Con urgencia. Quería huir de todos los problemas. Salir a la naturaleza, estar en armonía consigo misma. Y, lo creyera Lukas o no, él también necesitaba algo de calma. Sacó el teléfono del bolsillo y marcó su número. Sonó una vez, dos veces… cinco veces y saltó el buzón de voz. Lo intentó una vez más. Sin éxito. Lukas no quería hablar con ella. Pasó corriendo de largo la estación de metro. A unos cien metros vio a su hijo desaparecer tras la esquina de un edificio. Se apresuró a seguirlo, pero cuando dobló la esquina, no había ni rastro de Lukas. Aun así siguió corriendo junto a los bloques de pisos. Entretanto se habían encendido las farolas y el cielo sobre ella se había cubierto de nubes negras. No se veían las estrellas ni la luna. En su lugar, las luces de la ciudad brillaban en los charcos que había dejado la lluvia.

Nora llegó a un cruce y, al atravesar la calle, oyó a un hombre maldecir. Instintivamente giró en su dirección.

—¡Imbécil, como te pille no ves el sol de mañana! —Tenía el puño levantado en actitud amenazante. Nora siguió su mirada y distinguió una figura oscura que huía de los gritos. Aunque no podía identificar a Lukas, intuía que él había provocado la ira del hombre.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó amablemente.

El hombre dejó de maldecir y la miró perplejo.

—No, ya me las arreglo yo solo. El gamberro que acaba de desaparecer por la esquina se ha metido con mi coche. Mire esto. —Señaló el capó de su Mercedes negro.

Nora parpadeó al leer la palabra.

¡Asesino!

Otra vez. ¿Cómo era posible? ¿Se habría desfogado Lukas con el coche de un desconocido? ¿O era el mismo tipo que merodeaba por ahí y que ya había escrito esa palabra en su capó? ¿O…? A Nora la recorrió un escalofrío de arriba abajo. ¿Habría sido Lukas quien también escribió esa palabra en su propio coche? Sabía por la app de localización que había aparcado en el patio trasero de la notaría. Para él habría sido fácil pintarrajear su coche. Pero ¿por qué? No tenía ninguna respuesta a esa pregunta. Solo sabía que tenía que llevar a Lukas a casa de inmediato, antes de que ocurriera algo mucho peor.

—Lo siento muchísimo —respondió y le puso al hombre un billete de veinte euros en la mano—. Tome, para un lavado de coche. Mi hijo ha tenido un mal día. —Cuando el hombre la miró frunciendo el ceño, añadió—: Es autista y acaba de salir corriendo. Discúlpeme, pero tengo que ir tras él.

El hombre se tragó la mentira y se le suavizaron las facciones.

—Puedo llevarla, así lo alcanzamos.

Nora sonrió agradecida.

—Sería usted muy amable —musitó y se montó en el Mercedes.

8

Mia oyó voces. Otra vez. Pegó el oído a la puerta. Pero a través del metal frío y grueso no llegaba ningún sonido. No podía entender nada. Así que bajó la manilla y abrió la puerta apenas un resquicio. Aguzó el oído hacia las profundidades del sótano. Una risa resonó en algún lugar por encima de ella. Se deslizó hacia el sótano maloliente. Olía a tierra, a metal y a algo que no podía identificar. Sobre un sillón negro que recordaba al de un dentista se alzaba un aparato dorado. Pasó de largo a toda prisa y subió la escalera, que crujía a cada paso.

En la planta baja flotaba un aroma dulce, casi como a limonada. Estaba inspeccionando la cocina con sus relucientes baldosas blancas cuando arriba se produjo un estruendo violento. La lámpara del techo se balanceó ligeramente. Mia se dio la vuelta y subió corriendo al primer piso. Primero vio la abertura del montacargas y luego la figura oscura al lado, que la observaba fijamente con ojos de un rojo incandescente.

Mia gritó.

La figura también gritó.

—¡Mia!

Unos dedos largos y esqueléticos se estiraron hacia ella y le tocaron el cuello.

—Socorro —logró decir, pero tenía la lengua pesada como un nudo en la boca. Los dedos esqueléticos le rodearon la garganta. No podía respirar.

—Socorro —jadeó.

La presión aumentó. Un frío voraz le recorría el cuerpo. Durante un momento terrible tuvo la sensación de salir de su propio cuerpo.

—¡Mia! ¡Despierta! —La voz resonó estridente directamente en su oído. Abrió los ojos de golpe y se incorporó bruscamente.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Has tenido una pesadilla? Has despertado a toda la casa a gritos.

¿Qué decía aquella figura? En la cabeza se le arremolinaba la niebla. Luego los contornos se fueron definiendo. El rostro que se inclinaba sobre ella le resultaba familiar. Esos ojos ya los había visto antes. Ya no eran rojos.

—¡Mia, tienes que despertarte!

Por fin se disipó la niebla.

—¿Mamá? —La palabra le salió volando de la boca y sonaba terriblemente ronca.

—Sí, cariño. Tranquilízate. Solo has tenido una pesadilla. Todo está bien.

Mia resopló y se dejó caer en los brazos de su madre. Las lágrimas asomaron sin que supiera por qué.

—He soñado con la villa —susurró.

—Me lo temía. No fue buena idea de Charlotte meterte en eso. No es de extrañar que duermas mal.

Mia no respondió. Se apretó contra el cuerpo cálido de su madre e inhaló su aroma. Por un momento volvió a sentirse como una niña pequeña acurrucada en los brazos seguros de su madre. Le encantaba esa sensación de que no podía pasarle nada. Porque la querían y la protegían.

—Gracias por despertarme —murmuró—. Ha sido horrible de verdad. Alguien me perseguía.

—Mi pobre niña —dijo su madre con dulzura acariciándole la cabeza—. Prométeme que te mantendrás lejos de esa casa. Por favor. —Se apartó para mirarla a los ojos.

—Prometido —susurró Mia. Pero de inmediato la figura oscura volvió a aparecer ante ella, con los ojos de un rojo incandescente. Todo estaba de nuevo allí. Nítido. La escalera, las habitaciones, los muebles. Y de repente intuyó quién era la figura oscura.

—Creo que he visto al doctor Schenkenberg —dijo con voz quebrada, y sintió cómo se le encogía el estómago.

Su madre volvió a pasarle la mano por el pelo.

—Te lo has imaginado. El doctor Schenkenberg lleva mucho tiempo muerto. Lo que sucedió entonces fue hace décadas. Es historia. Y esa historia debería dejarse en paz. No despierta más que malos recuerdos.

Mia asintió.

—Sí, y provoca unas pesadillas horribles.

—Vuelve a acostarte e intenta dormir. Estamos en mitad de la noche y mañana hay colegio.

Recibió un beso en la frente.

—Duerme —dijo su madre una vez más y salió de la habitación.

Mia se quedó con el pulso desbocado. El sueño había sido tan real como si de verdad acabara de recorrer la villa de al lado. Cada detalle había encajado. ¿Cómo podía ser? ¿De dónde venían esas imágenes que tenía en la cabeza? ¿Serían acaso recuerdos?

No. Era el vídeo de Charlotte. Mia lo había visto varias veces la noche anterior porque Charlotte lo había subido a internet. Una música espeluznante acompañaba al espectador por la vieja casa. Charlotte incluso había grabado dentro de la cabina del montacargas. Mia la admiraba por la sangre fría de meterse allí. En el lugar de Charlotte, no habría conseguido más que un par de tomas temblorosas. Se hundió de nuevo en la almohada y cerró los ojos. Tenía que pensar urgentemente en otra cosa o la pesadilla volvería. Pensó en su padre y en cómo había sido todo cuando aún vivía con ellas. Cuando estaba sentado en el despacho y le sonreía al verla entrar. Pero allí no volvería a estar nunca más. Desde hacía dos años tenía una novia nueva. Era mucho más joven que la madre de Mia. A Mia no le gustaba. Él, sin embargo, la idolatraba.

—No —murmuró en voz baja y apartó los pensamientos sobre su padre. No servían para tener buenos sueños. En su lugar, se imaginó

cómo volaría a Nueva York con Charlotte después de graduarse. Otra cuestión era cómo iban a pagárselo. Pero la idea de caminar entre los enormes rascacielos e ir de compras le encantaba. Una sonrisa satisfecha se le posó en los labios y finalmente el sueño la venció.

Unas horas más tarde, Mia abrió los ojos. No sabía qué la había despertado. Fuera reinaba aún la oscuridad y la casa yacía en un silencio profundo. No había sido una pesadilla y, sin embargo, algo la había arrancado de sus sueños. Mia parpadeó somnolienta y miró a su alrededor. En la oscuridad apenas podía distinguir nada. Pero entonces brilló un haz de luz tenue. Solo un instante, pero lo bastante para estar segura de que no eran imaginaciones suyas.

Mia saltó de la cama y se acercó sigilosamente a la ventana. La luz venía de la villa de al lado. Alguien estaba allí. El estrecho cono de una linterna se deslizaba por la habitación del primer piso, justo enfrente de su propio dormitorio. ¿Qué demonios estaba haciendo Charlotte otra vez allí? Mia solo veía una sombra, pero ¿quién más podía ser?

El haz de luz desapareció durante unos segundos. Luego apareció de repente en la planta baja. Rozó las paredes, se deslizó sobre el cristal de la ventana, y de nuevo un resplandor tenue penetró en el dormitorio de Mia. Después la luz se movió hacia la entrada.

Mia no perdió un segundo. Bajó las escaleras corriendo de puntillas a toda velocidad, se echó un abrigo por encima, se calzó y salió disparada hacia la verja de hierro fundido. Quería saber qué hacía Charlotte otra vez en esa casa. Y a esas horas. Eran casi las seis. Charlotte no era precisamente madrugadora. Fuera lo que fuera, tenía que ser importante.

La puerta principal de la villa se abrió y una figura oscura salió. El haz redondo de la linterna tanteó los escalones, se deslizó por el pavimento y se acercó a la verja. Mia levantó la mano para llamar a Charlotte, pero se lo pensó mejor. Los vecinos aún dormían. No quedaría bien despertarlos con sus gritos. Así que se quedó quieta y esperó hasta que la persona llegó a la verja.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

De inmediato el haz de la linterna se dirigió a su cara y la deslumbró.

—¿Mia? —preguntó una voz grave—. Madre mía, me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces aquí? Es condenadamente temprano.

—¿Maurice? —soltó desconcertada.

Bajó la linterna.

—He perdido mis AirPods. La app de búsqueda me ha traído hasta aquí. —Extendió la mano, en la que había dos pequeños auriculares blancos.

De repente Mia fue consciente de que estaba en pijama delante de él. El pantalón de lunares asomaba por debajo del abrigo. El calor le subió a las mejillas.

—Lo siento. Pensaba que eras Charlotte —murmuró y retrocedió un paso.

—No pasa nada —dijo Maurice—. Nos vemos luego en el cole. —Movió la linterna, de modo que su cara se iluminó por un instante. Sonrió y se puso en marcha—. ¡Hasta luego!

Mia se quedó con las rodillas temblorosas viéndolo alejarse. Maldita sea, qué vergüenza. ¿Por qué había salido corriendo? Podría haber llamado a Charlotte sin más. Y precisamente delante de Maurice tenía que hacer el ridículo. Con los hombros caídos se escabulló de vuelta a casa y se metió de nuevo en la cama. Cuando el despertador sonó veinte minutos después, no se sentía ni un poquito mejor.

9

El timbre del colegio sonó y la señora Lehmann dejó la tiza.

—Los deberes tienen que estar hechos para pasado mañana. —Había levantado la voz para imponerse al ruido de las sillas que se arrastraban y al crujir de los papeles que comenzó en ese instante. Mia cogió la mochila y guardó el cuaderno de matemáticas. Salió al pasillo y esperó a Charlotte, que venía del aula con Lisa a la zaga.

—Vídeo brutal —declaró Lisa y asintió con aprobación.

—Se está haciendo viral. Ya tengo mil visualizaciones —dijo Charlotte orgullosa y le plantó la pantalla delante de las narices a Mia—. Y mira los comentarios. La gente se vuelve loca. Aquí uno escribe: *Haría cualquier cosa por verte una vez allí. Eres tan valiente.* ¿No es mono?

Mia frunció el ceño.

—No sé. Suena más bien como si quisiera averiguar tu dirección.

Charlotte se limitó a reírse y guardó el móvil.

—Ya has visto mi vídeo, ¿no?

—Claro, al menos tres veces. Pasé una noche de lo más movida por su culpa. —Mia sonrió—. Imaginaos a quién he pillado esta mañana sobre las seis en la villa.

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par.

—Pensaba que no podías entrar allí.

—Y no puedo. Pero me ha despertado una linterna.

—¿Qué? ¡Venga, cuenta! —Lisa se frotó las manos emocionada.

—Solo he llegado hasta la verja —susurró Mia—. He esperado allí porque creía que estabas en la casa. —Le dio un toque a Charlotte en el hombro—. Pero entonces ha aparecido Maurice ante mí. Se le habían olvidado los AirPods.

—No me digas —soltó Charlotte—. Lástima que no los haya pillado. Así habría podido impedir que subiera su vídeo. A él y a Anne no les va mal. Subieron el suyo un par de horas después, pero los clics son buenos. Espero que no me superen.

—Seguro que no. Solo tienen la mitad de *followers* que tú, y además Anne no cae nada bien —dijo Lisa.

—Tienes razón. Anne es demasiado borde, eso lo nota cualquiera —estuvo de acuerdo Mia.

—Pero tiene un aspecto estupendo. Siempre va impecable. Apuesto a que se consigue un contrato de modelo en algún momento y luego solo desfila con ropa de diseñador.

—Y qué más da, tú eres mucho más natural. También hay marcas de moda estupendas que no son tan extravagantes.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Yo no voy detrás de la moda. Al menos no de la que es para esqueletos anoréxicos. Solo me fastidia que esos dos no busquen otro tema. Ya sé que no soy la única que publica sobre *lost places*, pero aun así fue idea mía y fui yo quien empezó. —Torció los labios y descartó el asunto con un gesto—. Qué se le va a hacer. Los espectadores tendrán que decidir.

Mia miró el reloj.

—Mierda, química empieza enseguida. Tenemos que subir una planta.

Subieron las escaleras a toda prisa y llegaron a clase justo a tiempo. Mia intentó colarse hasta su sitio pasando junto al señor Vogt, pero él la detuvo. Le puso una hoja de papel en la mano.

—Esto es un proyecto nuevo. Échale un vistazo, por favor, y dime si te interesa. —Sonrió amablemente.

Mia le devolvió la sonrisa y fue a su sitio. En la clase de química, Maurice se sentaba una fila por delante de ella. Le lanzó una mirada

discreta, pero él no le hizo caso. Estaba algo pálido y cansado. No era de extrañar; ya de madrugada había andado merodeando por la villa.

Se sentó y leyó la descripción del proyecto. Trataba sobre la síntesis de plásticos biodegradables. Se debía extraer almidón de patatas y mezclarlo con glicerina. El objetivo era fabricar una lámina elástica. A Mia le pareció un tema apasionante. Se apuntaría sin falta. Sin embargo, la clase de química se le hizo eterna. Mia intentó seguir el ritmo, pero las fórmulas estructurales de las macromoléculas le parecían demasiado complicadas. El señor Vogt se esforzaba por explicarles la materia, pero en el aula se había levantado un ligero murmullo. Nadie parecía prestarle verdadera atención.

Lisa, que estaba sentada a su lado, le dio un toque y señaló hacia delante con un gesto de cabeza. Antes de que Mia comprendiera lo que quería decirle, un chico dos filas por delante de ellas soltó una carcajada. De inmediato los ojos de águila del señor Vogt se posaron en él y de ahí se deslizaron hasta Maurice.

—Eh —exclamó el señor Vogt—. ¿Tendrías la amabilidad de despertarte?

Mia se mordió el labio inferior. Pocas veces había visto al señor Vogt tan alterado. Normalmente era la paciencia personificada. Pero algo de Maurice parecía irritarle; se le había desplomado la cabeza sobre el pupitre. El señor Vogt se plantó delante de su mesa y le sacudió el brazo. Maurice se incorporó de golpe y miró a su alrededor confuso. Tenía el pelo rubio aún un poco más alborotado de lo normal, y cuando se giró hacia Mia, a ella le dio un vuelco el corazón. Sus miradas se cruzaron y una diminuta sonrisa asomó en los labios de él.

—Madre mía, ¿se habrá pasado toda la noche dando vueltas por la villa? —le susurró Lisa—. Parece como si no hubiera pegado ojo.

Mia no respondió de inmediato. Estaba demasiado atónita. ¿De verdad Maurice le había sonreído? Entonces quizá no se había fijado en su pijama esta mañana. Puede que al final no se hubiera puesto en ridículo delante de él. Una esperanza brotó en su interior.

Cuando terminó la clase de química, no se levantó de un salto como Lisa, sino que se tomó su tiempo metiendo los cuadernos y los libros en la mochila. Se demoró hasta que Maurice terminó y luego caminó como por casualidad a su lado al salir del aula.

—Quería decirte que me alegra que hayas encontrado tus AirPods —le dijo. Pero en ese instante Anne pasó corriendo por el pasillo y lo recibió con un chillido.

—¿Maurice? ¿Dónde estabas esta mañana? Creía que venías a buscarme.

—Estaba demasiado cansado para eso —dijo uno de los chicos que seguían delante del aula, y se rieron.

—Parece que ha tenido una noche corta —se burló otro.

La sonrisa de Anne se heló. Sin mediar palabra, dio media vuelta. Maurice no le dedicó ni una mirada a Mia, sino que se apresuró a correr tras su novia. Decepcionada, Mia se apartó. La vejiga le apretaba. De todos modos necesitaba ir al servicio.

Caminó por el pasillo en dirección opuesta. Pasó por delante del aula R.14, donde el señor Hagen, profesor de educación física y geografía, solía quedarse. No prestó atención al aula. Pero apenas había dejado atrás la puerta, esta se abrió de golpe y se estrelló contra la pared. Mia se detuvo y se giró. Charlotte se precipitó hacia ella. Le brillaban sospechosamente los ojos.

—Necesito ir al servicio urgentemente —anunció Charlotte, antes de que Mia pudiera preguntarle qué le pasaba. Pasó zumbando junto a ella y nada en su actitud daba la impresión de que estuviera a punto de echarse a llorar.

—Espera, yo también tengo que ir —exclamó Mia y se apresuró a seguir a su amiga.

Poco después, cuando estaban delante de los lavabos, Mia reparó en el pañuelo que Charlotte llevaba al cuello. Se le había desplazado un poco y dejaba ver el borde de un moratón.

—¿Te has hecho daño? —quiso saber Mia, señalando el cuello de Charlotte.

—¿Yo? No… bueno, sí. Creo que me lo hice en el montacargas estrecho. No tiene importancia. —Charlotte tiró la toalla de papel a la papelera—. Date prisa, la clase va a empezar otra vez. No quiero

llegar tarde. No me conviene meterme en más líos. —Con estas palabras Charlotte se marchó a toda prisa. Mia apenas podía seguirle el paso. Cuando volvieron a pasar por delante del aula R.14, en ese momento salió Daniel Hagen. Perplejo, miró primero a Charlotte y luego a Mia. Para gran asombro de Mia, dio media vuelta y desapareció de nuevo en el aula, aunque el timbre del colegio ya había empezado a sonar.

10

El móvil de Lukas pitó por enésima vez y Nora sintió un atisbo de dolor de cabeza. Apretó el volante con más fuerza de la necesaria. Tenía los nervios a flor de piel. Los acontecimientos de los últimos días aún los llevaba metidos en los huesos.

Sin cesar veía ante sí al desconocido en cuyo Mercedes se había montado. La lluvia azotaba los cristales mientras recorrían las calles en su busca. No tardaron mucho en alcanzar a Lukas. Estaba completamente empapado y parecía fuera de sí. Gracias a Dios el conductor del Mercedes había resultado ser un tipo decente. Los llevó de vuelta a casa. Desde entonces reinaba un silencio glacial entre ellos. Además, Lukas negaba rotundamente haber pintarrajeado los capós. Nora no le creía, pero tampoco podía demostrarle lo contrario. Había hablado con su terapeuta y cuando este le recomendó no exagerar innecesariamente el asunto, Nora finalmente había renunciado a querer descubrir la verdad. Al fin y al cabo, daba igual. Aquel incidente pertenecía a su antigua vida. A partir de ahora comenzaba la nueva.

El continuo pitido del móvil de Lukas sacó a Nora de sus pensamientos.

—¿Es Christine otra vez? —preguntó mientras mantenía la vista clavada en la autopista. Ya llevaban cinco horas y media de viaje.

Lukas masculló algo que podía significar cualquier cosa. Probablemente era un sí, pues ya estaba tecleando una respuesta en la pantalla. Nora no había tenido ni idea de que Christine existiera hasta hacía dos días. Es cierto que conocía el nombre de la chica. Sabía que Christine iba al mismo colegio que Lukas. Pero ¿cómo habría podido adivinar que había algo entre ellos? Lukas, por lo visto, no había creído necesario contarle nada sobre su novia. Él afirmaba que no era su novia. Pero al parecer esa Christine era la razón principal por la que no quería marcharse de Hamburgo. Finalmente, Nora solo había conseguido convencerlo prometiéndole que se mudarían a prueba. Si al cabo de dos meses no le gustaba en absoluto, volverían a Hamburgo. Cómo iba a funcionar eso económicamente, era otra cuestión. Nora no tenía ni idea. O mejor dicho: era sencillamente imposible.

También el padre de Nora se había opuesto al principio, pero luego comprendió la necesidad. Al fin y al cabo, no se podía permitir que a Lukas lo llamaran asesino en el colegio.

Salió de la autopista y llegó a un tramo boscoso por cuyas hojas verde claro centelleaba el sol. Poco después se alzaron las primeras casas. Eran edificios bajos de tres plantas como máximo. Pasaron junto a un pequeño supermercado, una farmacia y un campo de deportes. Luego giraron hacia una calle lateral que a Nora le pareció un sueño. A ambos lados se alzaban casas unifamiliares elegantes con jardines delanteros bien cuidados. Unos niños jugaban con el balón junto a la calle o montaban en bicicleta. Una mujer tendía la ropa. El vecino lavaba su coche. El sol brillaba en un cielo azul claro. Ni una sola nube enturbiaba aquella visión idílica, que sin embargo pasaba completamente desapercibida para Lukas. Su hijo solo tenía ojos para el móvil. Su nuevo hogar era el penúltimo edificio de la calle, a mano derecha. Cuanto más se acercaban a su destino, más deprisa le latía el corazón a Nora. Hasta entonces solo conocía fotos del edificio. ¿Tendría de verdad el mismo aspecto?

Al final de la calle comenzaba el bosque. Delante de la alta casa de ladrillos había una furgoneta blanca aparcada. *Gustavs Malerwerkstatt* lucía en colores vivos en el lateral.

—Hemos llegado —soltó Nora y pisó el freno un poco más fuerte de la cuenta.

Lukas levantó la vista del móvil.

—Es enorme —observó, y para sorpresa de Nora guardó el móvil en el bolsillo. Salió del coche y se dirigió lentamente hacia el camino de entrada. Nora sacó la llave de contacto y lo siguió. La casa, o más bien la villa, parecía mucho más grande que en las fotos. El rojo de los ladrillos brillaba cálido a la luz del sol. Las numerosas ventanas prometían mucha luz en el interior. Nora cruzó impresionada la verja abierta y subió por el camino de entrada. La puerta principal estaba abierta. Lukas se volvió hacia ella con expresión interrogante y ella le hizo un gesto para que entrara.

El vestíbulo tenía un techo alto. La lámpara de araña resultaba elegante. Los rayos de sol quedaban atrapados en ella y proyectaban un dibujo multicolor en el techo. El suelo estaba cubierto con fieltro protector gris. Los botes de pintura se apilaban a los lados. Un pintor vestido de blanco y con algo de barriga los observó con curiosidad y bajó de la escalera.

—¿Señora Hoppe? —preguntó y le tendió la mano, que ella estrechó sonriendo.

—Gustav Kunze, un placer. Bienvenida a su nuevo hogar. Aún nos queda bastante trabajo por delante. Pero como acordamos, los dormitorios de la planta superior ya están recién pintados. Déjelos ventilar unas horas más y esta noche podrá dormir allí sin ningún problema. —Sonrió y le estrechó la mano también a Lukas.

—Miren tranquilamente todo lo que quieran. O si lo prefieren, les enseño directamente lo que ya hemos conseguido.

—Eso sería muy amable —respondió Nora y entró en el salón—. Dios mío. Es mucho más grande de lo que imaginaba.

El salón se extendía unos seis metros de largo y era casi el doble de ancho. Las puertas correderas de cristal ofrecían una vista fantástica del jardín. Una gran terraza, un prado silvestre con flores de colores, enmarcado por árboles altos. Nora no daba crédito. Aquella casa era el paraíso, y había resultado muy asequible. Difícil de creer que precisamente ella la hubiera conseguido. También

Lukas parecía impresionado. Estaba de pie ante la puerta de la terraza y contemplaba el jardín.

Gustav Kunze abrió la puerta.

—El jardín es lo más bonito de la casa. Al menos en mi opinión. Está orientado al sur y la terraza rodea un poco la casa por cada lado. Así que siempre tendrá sol: por la mañana, a mediodía y por la tarde. Detrás del garaje, a la derecha, está el cobertizo para herramientas. Mis chicos lo han ocupado. Guardamos allí nuestras escaleras y las reservas de material, para no molestarles ni a ustedes ni a los mozos de la mudanza dentro de la casa. Espero que no les importe.

—No, en absoluto. Ocúpenlo sin problema. Es evidente que la casa es lo bastante grande. —Nora apenas podía apartar la vista del jardín. Respiró hondo y disfrutó del aire fresco, que olía a flores dulces y al pinar que lindaba con la finca.

—Venimos de la gran ciudad —explicó al notar que el maestro pintor la observaba—. Tendremos que acostumbrarnos a tanto verde.

—En un par de días no querrá volver a la ciudad. Se lo prometo. —Sonrió y le apareció un destello en los ojos. La mirada de Nora se deslizó hacia su mano izquierda. Llevaba un anillo de oro.

—Venga, les enseño la primera planta. Mis hombres están pintando el pasillo ahora mismo. El cuarto de baño ya está terminado. Aunque la mayoría de las paredes están alicatadas, así que no había mucho que hacer. —Volvió con paso pesado al interior de la casa y los condujo escaleras arriba por una escalera ancha. A derecha e izquierda se abrían habitaciones. El suelo y las ventanas estaban protegidos con fieltro y plástico. Dos pintores aplicaban con rodillos pintura blanca en las paredes. Gustav Kunze se abrió paso entre ellos y abrió una puerta.

—Aquí lo tienen. Este es el dormitorio principal. Y justo enfrente está la habitación juvenil.

Nora entró.

—Vaya, la habitación es enorme —dijo en voz baja y miró a su alrededor. Delante de una hilera de armarios empotrados había un colchón manchado; por lo demás, la habitación estaba vacía. Sin

embargo, en aquel momento podía imaginarse la habitación completamente amueblada. A la izquierda estaría la cama, con vistas al jardín. Cada mañana se despertaría así, rodeada de verde.

El pintor señaló una puerta a la derecha en la que ella no había reparado hasta entonces.

—Ahí detrás está el cuarto de baño. Como le decía, ya está pintado. Si quiere cambiar los lavabos u otras cosas, no dude en decírmelo. Mi hermano tiene un negocio de sanitarios.

Nora entró en el baño. Era amplio y estaba casi por completo alicatado con azulejos de color beige. No le gustaba el color. Aun así, de momento no renovaría el baño. Sencillamente le faltaba el dinero y no podía estar pidiendo ayuda a su padre constantemente.

—Gracias por la recomendación —dijo no obstante—. Me pondré en contacto con usted en cuanto necesite algo.

Gustav Kunze asintió satisfecho.

—El desván está lleno de muebles viejos y en el sótano se encontraba la antigua consulta de un psiquiatra. Debería vaciarlo cuando tenga ocasión. —Le sujetó la puerta para que volviera al dormitorio—. Otra cosa —continuó—. Debería hacer cambiar las cerraduras a corto plazo. Esta mañana la puerta principal estaba entreabierta. Al parecer, de vez en cuando rondan por aquí jóvenes u otros merodeadores. Sería por su propia seguridad.

—¿Y puede recomendarme a alguien para eso?

Kunze esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Por supuesto. He tenido la precaución de consultar a un buen amigo. Podría hacerlo hoy mismo. Serían necesarias dos cerraduras, una para la entrada principal y otra para la puerta trasera del sótano. Calcula un coste de cuatrocientos euros.

Nora tragó saliva. No era precisamente barato.

—De acuerdo. Como esta noche ya dormiremos aquí, sería estupendo que fuera rápido.

—Le llamo ahora mismo. Así se soluciona enseguida. —Gustav Kunze se alejó unos pasos para hacer la llamada.

Nora aprovechó la ocasión para seguir echando un vistazo. Junto a la escalera había un antiquísimo montacargas y dos habitaciones más. Asomó la cabeza brevemente y pasó a la habitación destinada

a Lukas. Cuando entró, él estaba de pie junto a la ventana mirando hacia fuera.

—Todo en esta casa es enorme —observó y se giró hacia ella—. No necesitamos tanto espacio.

Nora levantó las manos en un gesto apaciguador.

—Es más grande de lo que parecía en las fotos. Quería algo especial para nosotros. Algo bonito donde pudiéramos sentirnos a gusto. Además, la casa fue realmente asequible. Llevaba bastante tiempo vacía, pero ahora es nuestra y deberíamos disfrutarla.

Lukas sonrió y en ese momento a Nora se le quitó un peso de encima. Al parecer había hecho lo correcto. A su hijo le gustaba la casa, se le notaba a las claras.

—¿Quién vivía aquí antes? ¿Un médico? —Señaló la estantería con el libro—. «Hipnoterapia avanzada» —leyó frunciendo el ceño, y lo cogió.

—Un psiquiatra, pero eso fue hace muchos años —explicó Gustav Kunze, que había terminado la llamada y se había reunido de nuevo con ellos—. Si quiere, mis hombres se llevan la mecedora y el colchón. Abajo, en la cocina, también hay varias cosas; si quiere, podemos tirarlas.

—Eso sería muy amable —respondió Nora agradecida—. ¿Qué hay de las nuevas cerraduras?

Kunze levantó el pulgar. Nora sonrió. Estaba claro que habían conseguido llegar al paraíso.

11

—Bueno, yo también encuentro a Daniel Hagen buenísimo —parloteó Lisa mientras caminaba lentamente junto a Mia—. ¿Has visto cómo ha hecho flexiones en la clase de educación física?

Mia puso los ojos en blanco. Habían cogido el autobús para llegar más rápido a casa de Mia. El señor Vogt les había dado las primeras tareas para el proyecto de química, y aunque Lisa no paraba de hablar del señor Hagen, Mia estaba contenta de haberse apuntado al proyecto de química. Si no, probablemente estaría sola o con la aburrida Sophia de la clase paralela. Era amiga de Lisa desde primaria. Más o menos. En el colegio había habido una época en la que se habían evitado mutuamente. Había sido principalmente por la obsesión de Lisa con los chicos, que a Mia no le entusiasmaba lo más mínimo. No es que tuviera algo en contra de los chicos. Pero para ella la vida consistía en algo más que la caza de un hombre con estatus. Aunque Daniel Hagen, como profesor, seguramente no jugaba en la liga a la que Lisa aspiraba en realidad. Su sueldo probablemente estaba muy por debajo de lo que Lisa esperaba de un hombre. Pero ella no parecía verlo de forma tan estricta. Los ojos le brillaban mientras seguía hablando de él.

—¿Y por qué no te apuntaste tú a su proyecto, en realidad? —preguntó Mia cuando giraron hacia la calle Weidenstrasse, al final de la cual estaba su casa.

Una sombra cruzó el rostro de Lisa.

—No conseguí entrar. Charlotte se llevó la última plaza.

—Lo siento. Pero me alegro muchísimo de que hagamos química juntas. El señor Vogt es muy majo.

Lisa torció los labios en una sonrisa maliciosa.

—A ese tío no lo tocaría ni con un palo. Parece un viejo y no soporto la barba. Es demasiado larga.

—Los profesores son tabú de todas formas. Ni siquiera sabes si el señor Hagen está casado o comprometido. Igual ni le gustan las mujeres —objetó Mia, y en ese mismo instante se preguntó si en realidad estaba prohibido que te gustara alguien que ya tenía novia. En su caso no hacía daño a nadie. Maurice no le dedicaba ni una sola mirada.

—Sé que está soltero —declaró Lisa radiante—. Charlotte lo encontró en un portal de citas.

—¿En serio? —Por un momento Mia se quedó sin palabras. ¿Por qué Charlotte no le había contado nada?

Buscó la llave de la puerta en el bolsillo y abrió.

—Hablando de Charlotte —dijo cuando estaban en el portal—. ¿A qué hora iba a venir?

Lisa miró la hora.

—Sobre las dos, ha dicho. Justo después de que su padre acabe la pausa de comer. Aún tenemos media hora.

Mia colgó el abrigo en la percha y esperó a que Lisa se quitara las zapatillas.

—De todas formas, no puedo creerme lo que se cuenta de ese Lukas. No se encuentra nada sobre él en internet.

Lisa siguió a Mia escaleras arriba hasta su habitación. Mia dejó caer los materiales de química sobre el escritorio.

—No me puedo imaginar que Emma haya oído mal —se apresuró a decir Lisa y se colocó junto a la ventana de Mia—. Vaya, tienes una vista alucinante. Puedes mirar directamente dentro. No me había fijado nunca.

—Normal, no tenía ningún interés en mirar hacia una casa vacía. —Mia cogió los prismáticos y echó un vistazo hacia allí. La habitación a su altura tenía el mismo aspecto de siempre. Solo había dos

cambios. La mecedora había desaparecido y en el suelo había un colchón hinchable con ropa de cama.

—O duerme Lukas ahí o su madre —conjeturó y examinó la habitación de al lado. Allí todo seguía igual. A través de la puerta abierta vio a un hombre vestido de blanco.

—¿Es el padre de Charlotte? —preguntó—. No le distingo la cara.

—Déjame ver —dijo Lisa, le quitó los prismáticos y miró a través de ellos—. No, creo que es el jefe. Fíjate en la barriga. El padre de Charlotte es delgado.

—¿Ves a ese Lukas en algún sitio? —preguntó Mia. No sabía si la idea de Charlotte era tan buena. ¿Y si el tío en serio había matado a alguien? ¿Quería Charlotte encontrarse con alguien así de verdad? ¿Y solo por un vídeo que le diera clics?

—No —respondió Lisa—. Aparte de la furgoneta de la empresa de pintura, no hay nadie aparcado en la entrada. Seguramente no están en casa.

—Entonces Charlotte habría ido a visitar a su padre para nada —concluyó Mia.

Lisa bajó los prismáticos.

—Sinceramente, quizá sería mejor así. Algo de cierto tiene que haber en los rumores. Siempre es así. Algo de verdad hay en el fondo. O algo por el estilo. Hay algo raro en Lukas Hoppe. Aunque no se encuentre nada sobre él en la red. Es menor de edad. Probablemente por eso lo han borrado todo y los periódicos no informan. Emma dijo que la señora Schlueter habló con la secretaria de su antiguo colegio. Se lo contó en confianza para que estuvieran preparados. —Lisa se iba exaltando por momentos—. Está claro. Un asesino en nuestro colegio. Nadie quiere a alguien así. ¿En qué estaba pensando la directora? Tendría que haberlo investigado a fondo antes de admitirlo. Eso dice mi madre, en todo caso.

—¿Y si resulta que Emma se equivoca? Quizá deberíamos preguntarle a la señora Schlueter nosotras mismas.

—¿Estás loca? Emma ya se ha metido en bastantes líos. ¿Te acuerdas? La señora Lehmann la pilló junto a la secretaría. Emma dijo que no había entendido nada. Ni loca me meto yo en eso. —Se llevó los prismáticos a los ojos otra vez—. ¿A quién tenemos aquí? —

parloteó emocionada—. Esa debe de ser la señora Hoppe. Tiene buena pinta. —Se quedó callada durante varios segundos, hasta el punto de que a Mia le entraron ganas de arrancarle los prismáticos de las manos para enterarse de algo. Pero entonces volvió a hablar por los codos—. Ahí está Lukas. Dios mío, ¡está buenísimo!

Mia no aguantó más.

—Dame los prismáticos —dijo y miró a través de ellos. Un chico con el pelo corto y oscuro y unos grandes ojos verdes caminaba junto a su madre con una bolsa de la compra en cada mano.

—La verdad es que no está mal —concluyó Mia y le devolvió los prismáticos a Lisa.

—¿Que no está mal? —Lisa soltó una risita—. Está buenísimo.

—Quizá deberíamos empezar con la química —sugirió Mia. En el fondo le daba igual quién se mudara a la villa de al lado. Lo importante era tener tranquilidad.

—Vale. —Lisa dejó los prismáticos a un lado y abrió el libro de química.

—Tenemos que fabricar un plástico que sea flexible pero al mismo tiempo estable. Disponemos de los siguientes materiales: almidón de patata, agua, ácido acético y glicerina. En el experimento debemos combinar las sustancias y averiguar qué plástico cumple mejor los requisitos. —Pasó el largo índice por la lista y señaló el almidón de patata—. Deberíamos empezar por aquí.

Mia anotó la primera combinación en su cuaderno. Le sonó el móvil. Leyó el mensaje.

—Es Charlotte. Va a entrar ahora.

Lisa saltó hacia la ventana al instante.

—Increíble. Esa sí que tiene agallas.

—Al menos su padre está en la casa con dos compañeros. La vigilarán. —Mia cogió los prismáticos y se puso a buscar a Charlotte. En la planta baja solo alcanzaba a ver el trastero. No había nadie. En la planta alta tampoco pasaba nada. Echó un vistazo rápido al desván, que también estaba vacío.

—Espero que veamos algo —soltó frustrada mientras observaba el primer piso.

Lisa le dio un codazo.

—Mira al jardín, veo a Charlotte con su padre.

En efecto. Un hombre delgado vestido de blanco caminaba junto a Charlotte. Sin embargo, de Lukas o de su madre no había ni rastro.

—Le escribo un mensaje —anunció Lisa emocionada y tecleó algo en su móvil.

Charlotte respondió de inmediato. Se detuvo, sacó el móvil del bolsillo y se giró hacia ellas. A Mia le pareció que la miraba directamente a los ojos. Charlotte también tecleó algo y poco después sonó el móvil de Lisa.

—¡Oh, no! —chilló divertida y se tapó la boca con la mano—. ¡Charlotte escribe que está en el baño!

Mia torció el gesto.

—Eso no necesitaba saberlo.

—¿Y dónde están los baños? —Lisa pegó la nariz al cristal y examinó la villa—. Seguro que tienen uno en cada planta. —Suspiró y se apartó de la ventana—. Da igual. Seguramente tengas razón. Deberíamos trabajar en nuestro proyecto antes de que el señor Vogt nos ponga mala nota.

Lisa se sentó al escritorio y hojeó el libro. Mia se sentó también y continuó con los apuntes. Le gustaba la química porque tenía muchas aplicaciones prácticas. Quizá después del colegio fuera a la universidad y estudiara esa materia. Luego podría ganar mucho dinero en la investigación, quizá incluso en el sector de la belleza. A diferencia de Lisa, no iba detrás de un tío rico. Quería trabajar y ser su propia jefa. Al fin y al cabo vivían en la era de la igualdad. ¿Por qué iba a depender de ningún hombre?

Llevaban unos veinte minutos trabajando en el proyecto cuando le sonó el móvil a Mia. Leyó de inmediato el mensaje de Charlotte, que consistía en un único símbolo: una ventanita.

—Tenemos que mirar hacia allá —dijo y se levantó de un salto. Incluso sin prismáticos vio cómo se abría la puerta de la habitación del colchón hinchable en el primer piso. Charlotte entró seguida de Lukas. Hizo un gesto ampuloso con la mano. Al parecer le estaba enseñando la habitación.

—Parece majo —observó Lisa, que se había colocado junto a Mia en la ventana. Mia la apartó un poco a un lado para que Lukas no las viera al mirar hacia fuera. Pero al parecer no era necesario. Mientras Charlotte les hacía discretamente una señal con los dedos a la espalda, Lukas solo tenía ojos para su visitante. Cogió el libro de la estantería y lo hojeó. Cuando le hubo enseñado todo, abrió la puerta y salieron de nuevo.

—Al fin y al cabo, quizá Emma haya oído mal —dijo Lisa cuando la puerta volvió a cerrarse—. Quiero decir, parece totalmente normal. De verdad que no me puedo imaginar que haya matado a alguien. Y mucho menos a su novia.

Mia inclinó la cabeza de un lado a otro.

—Con Charlotte, desde luego, no tenía ninguna mala intención. Pero también hay un montón de gente en la casa.

Lisa la observó.

—Eres bastante desconfiada.

—Puede ser —respondió, y estaba a punto de apartarse de la ventana para volver al proyecto de química cuando un movimiento en la villa la sobresaltó. Cogió los prismáticos y miró a través de ellos. Al enfocar la ventana de la planta baja, se estremeció. Un par de ojos azul claro la observaban.

—Maldita sea —soltó Mia—. La madre de Lukas se ha dado cuenta de que la estábamos espiando.

12

Nora observó a las dos chicas de la casa vecina. Tenían aproximadamente la edad de Lukas. Probablemente eran amigas de la hija de uno de los pintores, que se movía por la casa como si fuera suya. Contuvo una sonrisa. Con dieciséis años había sido al menos igual de curiosa. Mientras a las adolescentes no se les ocurriera colarse en la casa, le daba igual que la observaran o no. En todo caso parecían simpáticas, y Nora decidió hacer una visita a sus nuevos vecinos en los próximos días. Al fin y al cabo, pasarían los próximos años viviendo pared con pared y su nuevo comienzo debía salir bien.

Se dio la vuelta y regresó al salón, donde los pintores se habían puesto manos a la obra con las paredes. Olía a pintura fresca. Gustav Kunze le hizo un breve gesto con la cabeza antes de sumergir el rodillo en un cubo de pintura. El padre de la chica pintaba la pared junto a su jefe. Le había presentado a su hija a Lukas y desde entonces los dos habían desaparecido en la habitación de él. Teniendo en cuenta que Lukas quería quedarse en Hamburgo por esa Christine, se lanzaba condenadamente rápido a una nueva amistad. Nora decidió ir a comprobarlo y subió las escaleras con paso decidido. Pero cuando llamó a la puerta de la habitación de Lukas, nadie respondió. Abrió la puerta con cuidado y comprobó que los dos ya no estaban. Confusa, miró a su alrededor y

se preguntó cómo podían haber bajado la escalera pasando por delante de ella. De repente oyó una risa clara y supo que los dos estaban en el desván.

—¿Lukas? —gritó—. ¿Puedes bajar un momento, por favor?

Poco después su hijo apareció en la escalera.

—¿Qué pasa? —protestó—. Estaba enseñándole el desván a Charlotte.

—Tienes que prepararte para el colegio de mañana. Además, el camión de la mudanza llega en cualquier momento.

Lukas entrecerró los ojos.

—Vale —gruñó—. Acompaño a Charlotte abajo.

Los dos parecían una pareja recién enamorada mientras bajaban la escalera. Nora reprimió un gesto de negación. Al menos así Christine quedaría olvidada antes y la vuelta a Hamburgo también. Aunque al principio no le había gustado, porque le parecía que todo iba demasiado rápido y Charlotte, con su pelo rubio y el vestido provocativamente corto, le resultaba un poco demasiado emperifollada, decidió cambiar de táctica.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café quizá o un té?

La arruga en la frente de Lukas se desvaneció al instante cuando Charlotte sonrió complacida.

—Un café, con mucho gusto. Gracias, es usted muy amable, señora Hoppe.

Nora sonrió sorprendida. Charlotte era de verdad educada para ser una adolescente. Fue a la cocina a preparar café. La cafetera de filtro la habían traído en el coche. Sin café Nora no podría sobrevivir un solo día. Al menos desde que había reducido considerablemente su consumo de alcohol.

—Disculpa el desorden —explicó—. Por desgracia aún no tenemos sillas y los trastos mejor los ignoras. Luego los tiraremos.

—No importa en absoluto —respondió Charlotte—. Para ser sincera, conozco bastante bien esta casa.

—Charlotte graba vídeos de *lost places* —añadió Lukas cuando captó la mirada de incomprensión de Nora. Sonreía de oreja a oreja. Nora les entregó el café a los dos cuando sonó el timbre de la

puerta. Una mujer de unos setenta años, quizá, con el pelo gris a la altura de la barbilla, le tendía un pastel.

—Bienvenida a la Weidenstrasse. Soy Regina Dornfelder, su vecina de la derecha. —Señaló brevemente con la cabeza en esa dirección—. Nos alegramos muchísimo de que esta casa por fin vuelva a estar habitada.

—Pase, por favor. Aunque no puedo ofrecerle un asiento. El camión de la mudanza llegará más tarde. Queríamos que primero los pintores terminaran su trabajo.

—Lo entiendo. Tomaré un café encantada —declaró Regina Dornfelder y pasó junto a Nora hacia la cocina.

—¿Y este es su hijo? —Observó a Lukas con curiosidad, mientras que Charlotte parecía interesarle menos.

—Soy su vecina Regina Dornfelder —repitió y le tendió la mano a Lukas.

—Encantado de conocerla. Me llamo Lukas Hoppe.

—Mucho gusto —respondió Dornfelder radiante—. Es tan bonito tener a un joven de vecino. Si quiere ganarse un dinerillo extra conmigo, me refiero a cortar el césped o cosas así, no dude en llamar a mi puerta. —Señaló con el dedo hacia la ventana a través de la cual se veía su cuidada casa unifamiliar.

Lukas asintió.

—Claro, lo haré.

Nora le puso una taza de café humeante en la mano a su nueva vecina.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —preguntó interesada.

Regina Dornfelder hizo un gesto con la mano.

—Décadas, querida. Una eternidad, si lo prefiere. Conozco todas las historias y todos los rumores que circulan por esta ciudad. —Se rio, dejando ver unos dientes de una blancura sobrenatural—. Pregúnteme lo que le interese. Muy probablemente tenga una respuesta.

Tomó un sorbo de café mientras su mirada rozaba a Charlotte y a Lukas. Algo le cambió en los ojos, algo que Nora no supo interpretar. Regina Dornfelder se quedó paralizada un instante. Luego se volvió de nuevo hacia ella.

—Si quiere, le cuento algo sobre esta casa. —Bajó la voz—. Pero para eso mejor vamos al jardín. —Se tocó la oreja—. Nunca se sabe quién está escuchando, y de todas formas esto no es para oídos de niños.

Nora condujo a Regina Dornfelder por el salón hasta la terraza. El sol brillaba en el cielo despejado. Salieron a la pradera silvestre, donde florecían innumerables margaritas blancas y dientes de león amarillos. Cuando llegaron a un viejo roble en el centro del jardín, Nora se detuvo.

—He oído que esta casa la construyó un psiquiatra —dijo—. En realidad me da igual quién vivió aquí antes. Pero como evidentemente estuvo vacía durante años, la historia previa me interesa, por supuesto.

Regina Dornfelder sonrió con complicidad.

—Así es, el doctor Schenkenberg era psiquiatra y tenía aquí su consulta. Era un hombre muy respetado, hasta que un día desapareció su hija. —Dornfelder hizo una pausa cargada de significado—. La encontraron años después muerta en el sótano de la casa. No solo a ella, sino también a otras mujeres jóvenes. Schenkenberg las mató a todas. Pero solo cuando desapareció también su esposa, la policía empezó a sospechar. Sin embargo, nunca lo detuvieron porque logró huir a tiempo. Algunos dicen que se fue a América. Otros creen que se estableció a solo tres pueblos de aquí, con nombre falso y rostro nuevo. —Frunció los labios pensativa—. No lo sé. Por entonces nosotros solo llevábamos unos pocos meses viviendo aquí. A mí me parecía muy amable y de verdad no podía imaginarme que hubiera experimentado con un aparato de electrochoque en mujeres jóvenes y sobre todo en su propia hija.

Nora miró a su vecina con estupor.

—¿Mató a su familia? Ahora entiendo por qué la casa fue imposible de vender durante tanto tiempo, a pesar de que en realidad es un sueño. Pero ¿por qué mató a su hija?

Dornfelder se encogió de hombros.

—De ningún modo quiero amargarle esta casa. Todos los de la Weidenstrasse estamos muy contentos de que haya vida aquí de

nuevo. Sabe, una casa vacía atrae a toda clase de gente turbia. Es mejor conocer a los vecinos. Lo que sea que haya hecho el doctor Schenkenberg, es cosa del pasado. Seguramente solo estaba trastornado. Aunque por fuera no se le notaba nada. Su hija sufría depresiones. Supuestamente quería ayudarla y un experimento salió mal.

Nora dejó que las palabras de Regina Dornfelder calaran en ella. Por supuesto, podría haberse informado antes por internet o en el ayuntamiento sobre la casa. Sabía que la casa tenía un pasado oscuro. Pero no quería saber más porque aquella casa asequible le había permitido huir de Hamburgo. Fueran adonde fueran, no habrían encontrado algo comparable en la vida. Y su nuevo refugio debía suponer una mejora y frenar la espiral descendente en la que se encontraban.

—¿Cuántos cadáveres descubrieron en el sótano? —preguntó consternada.

Regina Dornfelder levantó una mano.

—Cinco, contando a la esposa del doctor. Pero como le digo, eso fue hace casi cincuenta años y no debería darle más vueltas.

Nora logró esbozar una sonrisa forzada. Cinco mujeres muertas. ¿Cómo no iba a darle vueltas? Ahora que lo sabía, ya no podía apartarlo de su mente.

—No he estado todavía en el sótano —confesó—. Para ser sincera, ahora tampoco tengo ninguna gana de entrar.

Dornfelder rio.

—Lo entiendo perfectamente. Podemos ir juntas cuando esté preparada. O puede llevar a su marido. Él podrá protegerla.

—Gracias. Mi marido no ha venido —respondió Nora evasiva. No quería pensar ahora en Frank. Él no pertenecía a este lugar.

—Oh —soltó la vecina—. Entiendo. ¿Entonces están divorciándose?

Nora pensó qué podía responder. No quería contarle toda su vida a aquella vecina curiosa. Y menos aún después de todo lo que acababa de enterarse sobre la casa. Una sensación desagradable se había apoderado de ella. Por supuesto, su vecina no tenía la culpa. Todo lo contrario. Le agradecía la información. Y quería vivir en un

buen vecindario. Por eso probablemente era mejor no mentir. Tarde o temprano saldría a la luz de todos modos.

—Soy viuda —dijo en voz baja.

Los ojos de Regina Dornfelder se abrieron por un instante.

—Ay, criatura —dijo entonces y le dio unas palmaditas en el brazo—. Lo siento mucho. Pues entonces este es justo el lugar adecuado para usted. Aquí podrá olvidar y empezar de nuevo. Tenemos unos cuantos hombres muy atractivos por aquí. —Le guiñó un ojo—. Si tiene preguntas o necesita ayuda: mi marido y yo estamos jubilados. Tenemos tiempo para usted.

—Gracias por su ofrecimiento. —Nora miró hacia la casa tras cuya ventana había visto antes a las dos adolescentes. Los padres, a juzgar por la edad de las niñas, debían de rondar los cuarenta, cincuenta como mucho—. ¿Y esos vecinos? Seguro que no llevan tanto tiempo viviendo aquí, ¿no?

—¿Los Bennet? No. Solo se mudaron aquí hace veinte años. Pero con ellos debería tener mucho tacto al hablar. O quizá, de momento, mejor ni hablar.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nora extrañada.

—La hija mayor murió en esta casa —susurró la anciana.

Nora contuvo la respiración. ¿Dónde demonios se había metido?

13

Qué raro. Maurice se había vuelto a quedar dormido en el colegio. Para ser más exactos, otra vez en la clase de química. Mia se estiró con disimulo y le dio un toque.

—Pssst —le chistó en voz baja—. Despierta, que el señor Vogt te va a crujir.

Maurice abrió los ojos medio dormido y la miró sorprendido. Durante un momento pareció confuso, como si no supiera que estaba en el colegio. Luego se incorporó muy erguido y le guiñó un ojo.

—Gracias —articularon sus labios casi sin sonido. A Mia le dio un vuelco el corazón. Sonrió y se giró de nuevo. El señor Vogt, por suerte, estaba ocupado escribiendo toda una columna de fórmulas en la pizarra. No se había enterado de nada.

La mirada de Mia siguió recorriendo la clase y se detuvo en el nuevo. La espalda ancha de Lukas se alzaba tres filas por delante de ella. Tenía un cuerpo impresionante, eso tenía que reconocerlo. Lisa, a su lado, no le quitaba ojo. Hoy apenas había hablado de Daniel Hagen. Al parecer, le había salido competencia en forma de un chaval de dieciséis años.

—Deberes en la página ciento diez, números dos al seis —anunció el señor Vogt.

En ese mismo instante sonó el timbre. Todos se precipitaron fuera del aula. También Mia. Siguió a Lisa y a Charlotte al baño de chicas. Química había sido la primera hora y estaban deseando hablar con Charlotte.

—¿Por qué no volviste anoche? —preguntó Mia, después de que la puerta se cerrara de golpe y no hubiera nadie más en el aseo.

—¿Y por qué no cogiste el teléfono? Me muero de curiosidad —añadió Lisa.

Charlotte puso su típica sonrisilla.

—¿Queréis saber qué tal es el nuevo? —Levantó los brazos y se marcó un bailecito—. Pues a mí me parece genial. Es majo, me enseñó su casa y tomamos café juntos. Hasta la vieja arpía de Dornfelder se puso tonta con él. Tendríais que haberlo visto.

—¿Y? ¿Lo ha hecho? —soltó Lisa—. ¿Tiene a su novia sobre la conciencia?

Charlotte puso cara de diversión.

—Bueno, yo sigo viva. No es que sea su novia. Pero quién sabe. Lukas está *hot* de verdad. —Inspiró hondo y soltó el aire despacio—. No. No creo que sea un asesino. Físicamente podría matar a alguien, pero me parece demasiado majo y educado. Hasta me acompañó a la puerta. Todo un *gentleman*.

—¿Y qué te contó? —quiso saber Mia. Al fin y al cabo, Charlotte había pasado más de una hora con aquel tío.

—De todo un poco. Viene de Hamburgo y ahora agarraos: su novia sigue viva. Lo he comprobado yo misma. Una tal Christine. Le escribe cada dos por tres. —Charlotte puso los ojos en blanco—. No la culpo. Pero con esa distancia, no creo que dure mucho.

—¿Tiene novia? —Lisa sonó decepcionada.

—¿Qué te creías? ¿Que un tío así iba a estar soltero? —Charlotte se rio—. Pero como digo, aquí seguro que no va a dejar pasar ninguna oportunidad. Prueba suerte tú.

Lisa torció el gesto.

—No quiero nada con él. No mientras no sepa con certeza si es un asesino. A lo mejor mató a su ex. Puede que ella se interpusiera en su relación con esa Christine. Sería mucho más lógico, ¿no?

Mia reflexionó y asintió.

—Podría ser. Pero si Charlotte lo considera inofensivo, seguramente no habrá matado a nadie. Emma debió de oír mal. A lo mejor la señora Schlueter hablaba de otra persona. Ya lo buscamos en Google. No hay ningún asesinato relacionado con Lukas Hoppe.

Lisa se plantó con los brazos en jarras, enfadada.

—Sois unas inconscientes, solo porque es guapo. En Estados Unidos hay reclusos a los que celebran en internet como estrellas del pop, solo porque sus fotos policiales están buenísimas. Algunos incluso han acabado en agencias de modelos internacionales. Pero eso no significa que fueran inocentes. Lukas es menor de edad. Seguro que los servicios de protección de menores y la policía lo mantienen todo en secreto. Tienen que proteger su identidad y respetar la protección de datos. Da igual. Yo no me voy a lanzar a por él. Puedes quedártelo. —Le lanzó a Charlotte una mirada desafiante.

—Venga ya, no te enfades. No lo decía con mala intención. Solo pensé que te gustaba.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Mia—. Al fin y al cabo, desde tu cita con él no has dado señales de vida.

Una sombra cruzó el rostro de Charlotte.

—Tuve que irme a casa. Cuando mi madre no está, mi padre siempre espera que cocine yo.

—¿En serio? —Lisa frunció el ceño—. Siempre pensé que tu padre era majísimo. Pero eso suena muy diferente.

Charlotte se ajustó el pañuelo al cuello y Mia no pudo evitar pensar en los moratones.

—Así son los padres —quitó hierro Charlotte—. Siempre quieren algo que una no tiene ganas de hacer en ese momento.

De eso Mia sabía un rato. Su madre era sobreprotectora, daba igual lo que hiciera. No podía entrar en la villa de al lado ni sacarse el carné de conducir antes de tiempo. A partir de cierta hora se le acababa cualquier fiesta y, si quería ropa de marca, se montaba el drama. Todo porque su padre tenía una novia nueva y ya no quería hacerse cargo de la casa.

—No te lo tomes a mal —consoló a Charlotte—. En cualquier caso, ahora sabemos que, al parecer, la novia actual de Lukas sigue

viva. —Levantó las manos antes de que Lisa pudiera protestar—. Y sí, eso no descarta que pueda haber matado a su ex.

—La verdad es que yo tampoco creo que haya podido hacer algo así. Participó de maravilla en química, aunque era su primera clase con nosotros —musitó Lisa avergonzada.

—Venga, vamos. La siguiente clase empieza enseguida. —Mia abrió la puerta del baño y se escabulló al pasillo.

—Chicas, se me ha ocurrido una idea genial —dijo Charlotte de repente entusiasmada, cuando estaban otra vez delante del aula—. ¿Os acordáis de que os hablé del búnker de la Segunda Guerra Mundial que descubrieron hace unas semanas durante unos trabajos de tala? ¿Qué tal si lo visitamos todos juntos? Dicen que el búnker es enorme.

Antes de que Mia pudiera responder algo como *mi madre no me deja salir de noche y mucho menos meterme en un búnker*, Charlotte le preguntó: —¿Me sujetas el móvil? —Se lo puso en la mano y se agachó para hurgar en su mochila.

El móvil vibró otra vez y en la pantalla apareció un mensaje. Mia estaba a punto de avisar a Charlotte cuando captó el texto.

«¿Nos vemos ahora? Tengo una hora libre. H.»

«¿Quién es H.?», quiso preguntar, pero Charlotte le arrebató el móvil de la mano.

—Mierda, casi se me olvida el proyecto. Ya llevo cinco minutos de retraso. Seguimos luego. —Charlotte se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y se fue corriendo sin mediar palabra.

Mia se frotó las sienes pensativa y repasó mentalmente todos los nombres que empezaban por H. Henriette, Hannes, Hendrik. Pero ninguno de esos nombres encajaba. ¿Sería quizá el apellido? Pero ¿quién firmaba un mensaje con su apellido?

En la clase de alemán volvió a repasar mentalmente los nombres de cada compañero y de todos los profesores. Pero ninguno encajaba. ¿Y si H. ni siquiera era de ese colegio? Un escalofrío la recorrió. Tenía que descubrir qué le pasaba a Charlotte. Levantó la mano antes de que le diera tiempo a pensárselo mejor.

—Necesito ir al aseo —dijo, y cuando la profesora asintió, Mia salió rápidamente de clase. Sin perder un segundo bajó una planta

hasta el aula R.14, donde tenía lugar el proyecto del señor Hagen. Charlotte tenía que estar allí o de verdad había salido del colegio. Mia reunió todo su valor y llamó tímidamente a la puerta.

Nadie respondió.

Despacio, bajó la manilla y descubrió que el aula estaba vacía. Menudo proyecto. Aquí no pasaba nada de nada. Charlotte se estaba viendo con alguien fuera del colegio. Pero ¿con quién? ¿Y por qué? ¿Estaría enamorada?

Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Charlotte. Saltó directamente al buzón de voz. Al parecer, su amiga no quería que la molestaran. Dándole vueltas, Mia regresó a clase.

—Oye, ¿conoces a alguien en el colegio cuyo nombre empiece por H? —preguntó a Lisa, que contenía un bostezo.

—¿Qué?

—¿Se te ocurren nombres con H en este colegio? —repitió Mia.

Lisa la miró parpadeando con cara de sueño.

—Hannah y Hendrik. ¿Por qué?

—Por nada. Me he encontrado una nota en el aseo. «*¿Nos vemos luego? H.*» —mintió, porque no quería dejar en evidencia a Charlotte.

Lisa garabateaba sin ganas en su cuaderno.

—Ni idea, aquí no hay mucha gente con H. A lo mejor es alguien del personal. Las de la limpieza o algo así.

—Podría ser —respondió Mia, aunque su instinto le decía algo completamente distinto.

14

Regina Dornfelder había descolocado a Nora por completo. Un velo oscuro nubló de repente el sol sobre la terraza y el jardín ya no le pareció tan inundado de luz como antes. En su lugar, la atención de Nora se centró en las sombras de los árboles altos y añosos, que se arrastraban por el suelo como dedos largos y nudosos. Nora no se había percatado hasta entonces de la amenaza que emanaba de ellos. Pero ahora le parecían enormes. Estaba al borde de la terraza y miraba hacia abajo, a sus pies, sobre los que caía la sombra del viejo roble. Las rodillas, en cambio, seguían bañadas por la luz del sol. La imagen le resultaba extraña. Nora no había querido llamar a su padre al principio. Y menos aún para quejarse. Sabía del pasado oscuro de la casa y Regina Dornfelder ya le había contado bastante. Pero los detalles espeluznantes que había descubierto apenas unos minutos antes en internet sobre el doctor Schenkenberg eran demasiado atroces para guardárselos. Tenía que hablar con alguien. Con alguien en quien pudiera confiar al cien por cien, y aparte de su mejor amiga Michelle, solo había una persona: su padre.

—Todo tiene su precio —murmuró con voz profunda, que normalmente la tranquilizaba—. La casa era una ganga y ahora conoces la trampa. Pero ¿por qué mató ese psiquiatra?

A Nora le recorrió un escalofrío. Quería desterrar de la cabeza las atrocidades que había descubierto y no repetirlas una y otra vez como en un bucle interminable. Pero por otro lado tenía que compartir la monstruosidad de los actos del doctor Schenkenberg con alguien si no quería perder la cabeza.

—Creía que los ojos eran la ventana del alma. Estaba obsesionado con esa idea. Su hija sufría depresiones. Estaba convencido de que podía expulsar la oscuridad de ella… en fin, experimentando con los nervios ópticos. —Nora se estremeció al pronunciar las palabras—. Creía que si alteraba físicamente su percepción, sanaría su alma. Para ello sacrificó a otras tres mujeres jóvenes. Buscaba los ojos perfectos. Pero sus intervenciones quirúrgicas resultaron letales. Tampoco su hija sobrevivió al procedimiento. Cuando el delirio se apoderó definitivamente de él, también tuvo que morir su esposa. La ató a una camilla en el sótano y le envió descargas eléctricas por todo el cuerpo. Las encontraron a todas allí abajo. El propio doctor Schenkenberg desapareció. Se da por hecho que está muerto, porque hoy tendría más de noventa años.

—Increíble —dijo el padre de Nora—. Eso sí que es una historia de película de terror.

—Me da miedo entrar en el sótano —susurró Nora. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Aunque sabía que los muertos se habían retirado de allí hacía tiempo. Sin embargo, la camilla y el aparato de electrochoque seguían allí abajo. Era un milagro que no los hubieran robado a lo largo de los años.

—No tienes que entrar sola. Puedo acompañarte.

—Pero no puedes recorrerte los seiscientos kilómetros desde Hamburgo solo por eso. Tienes trabajo.

—Bah, el bufete puede esperar y la mayoría de las cosas se hacen de todas formas por internet o por teléfono. No voy a dejar tirada a mi niña. ¿Qué clase de padre sería?

—Vale. Gracias. La casa es lo bastante grande para todos.

—No te vuelvas loca. Al fin y al cabo son solo historias. Fue hace más de cuarenta años. Nadie conocerá nunca la verdad completa.

Olvídate del sótano por ahora y deja que los de la mudanza hagan su trabajo. Después verás las cosas de otra manera.

—Tienes razón. No debo volverme loca. Sobre todo por Lukas.

—¿Qué tal le va al chico? ¿Se va adaptando?

Nora asintió, aunque su padre no podía verla.

—Ya ha conocido a una chica que también va a su clase. Es la hija de uno de los pintores que están aquí. Creo que es muy maja. Por lo demás, hoy es su primer día de colegio. Ya veremos qué cuenta. —Inspiró hondo, pues no le había contado todo a su padre antes de irse—. Por cierto, mañana empiezo un trabajo nuevo. En la secretaría del colegio.

En contra de lo que temía, su padre la elogió.

—Es mejor que quedarte en casa dándole vueltas a todo. Estás ocupada. Me parece bien. Escucha, pequeña, tengo una reunión enseguida. Pero intentaré pasarme en los próximos días. Te llamo. —Colgó y dejó a Nora a solas con sus pensamientos dando vueltas.

¿De verdad quería esperar días enteros antes de bajar al sótano? Podría pedírselo a Gustav Kunze o al padre de Charlotte. También era muy amable. Incluso la vecina se había ofrecido a acompañarla. Como mujer adulta, no tenía por qué esperar a su padre. ¿O sí? Dejó el móvil en la encimera de la cocina y decidió preparar café nuevo. Cuando abrió el armario para sacar un filtro, la vista se le fue a una botella de vino. Nora la había traído para emergencias absolutas. En realidad, solo para saber que tenía algo por si no aguantaba más. No para beber de verdad. Sabía que tenía un problema con el alcohol. No es que se considerara adicta, pero sí lo bastante grave como para perder el control. Cerró la puerta del armario de golpe. Con lo que acechaba allí abajo en el sótano, perder el control era lo último que le convenía. El pensamiento le dio fuerzas. Puso la cafetera y se dirigió al salón, donde los pintores estaban dando las últimas pasadas a las paredes.

—¿Ha oído usted las historias sobre el doctor Schenkenberg? —preguntó a Gustav Kunze, que bajó de inmediato de la escalera y dejó el rodillo de pintura.

—Todo el mundo en la ciudad conoce esas historias. No me diga que se las cree.

Nora se mordió insegura el labio inferior.

—He encontrado una fuente seria en internet —dijo—. Según eso, tiene la muerte de cinco personas sobre su conciencia, incluida su propia familia.

Gustav Kunze se plantó delante de ella.

—Mire, yo de esas cosas no hago caso. Sí, ese psiquiatra construyó esta casa y pasaba consulta aquí. En el sótano encontraron a cinco mujeres muertas. Pero a él no. Nadie volvió a verlo. No hay testigos. En teoría, el doctor Schenkenberg también podría haber sido una víctima y no el culpable.

—Pero al parecer existen anotaciones de su puño y letra en las que describe los experimentos.

Kunze hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Bah. Hay de todo. Mire, señora Hoppe, usted ha comprado esta casa. Es magnífica. Disfrútela y deje de remover el pasado. Todos los implicados están muertos. También el loco. Así que aquí nadie le va a hacer daño. Debería disfrutar de su nuevo hogar.

¿Aunque al parecer nadie más hubiera querido comprarla? Nora no expresó ese pensamiento en voz alta. Gustav Kunze, desde luego, no parecía darle importancia a esas historias.

—¿Y qué pasa con la hija de mi vecina, que supuestamente murió aquí? —preguntó en su lugar.

—¿Jasmin? —Gustav Kunze suspiró—. Sí, fue una historia trágica. Subió al primer piso y se apoyó en la barandilla podrida. La barandilla cedió y ella cayó al vacío. Murió en el acto. Pobre criatura.

—¿Cuánto hace de eso?

—Once años. Mucho tiempo. La familia se vino abajo. —Señaló hacia la casa vecina—. El señor Bennet se largó poco después del accidente. La pobre mujer. Tuvo que soportar la desgracia completamente sola. Me daba muchísima pena. Pero ya lo ha superado. —Se inclinó hacia Nora—. Puede hablar con la señora Bennet tranquilamente. No haga caso de los chismorreos de la vieja Dornfelder. Es una cotilla de cuidado. Lo pinta todo más negro de lo que es. —Le dedicó una sonrisa bonachona—. Como le digo, vivo cerca y si tiene alguna preocupación, no dude en hablar conmigo.

Nora vaciló. Gustav Kunze seguía sonriendo. Parecía que de verdad le deseaba lo mejor.

—Bueno, hay una cosa —respondió tímidamente y señaló hacia la escalera—. No me atrevo a bajar sola al sótano. ¿Me acompañaría?

Kunze sonrió de oreja a oreja.

—Pues claro. A su servicio.

Con las piernas temblorosas, Nora bajó la escalera. Olfateó, esperando un olor dulzón a podrido. Algo tenebroso que recordara a la muerte. Pero cuando Kunze abrió la puerta, no le llegó más que el típico olor a humedad y aire viciado del sótano.

—Espere, enciendo la luz —dijo Gustav Kunze, y poco después parpadeó la luz fría de los tubos fluorescentes.

Lo primero que le llamó la atención fue la gran compuerta en la pared. Al parecer, el montacargas atravesaba todas las plantas.

—¿Funciona todavía? —preguntó.

Cuando Kunze asintió, a Nora se le erizó el vello de la nuca. La cabina era lo bastante grande para una persona. Es decir, que en cualquier momento alguien podría subir desde aquel sótano espantoso hasta sus dormitorios. No fue capaz de formular otro pensamiento. De pronto le fallaron las piernas. Unos dedos fríos la agarraron y tiraron de ella hacia abajo. El áspero suelo del sótano se precipitó hacia ella. Después, todo se volvió negro.

15

—Oye, ¿has visto nuestro último vídeo? —preguntó Anne. Su voz tenía un tono altanero—. Hemos tenido más de tres mil clics en las primeras horas. ¿Y has visto lo que está pasando bajo tu vídeo de la villa? Alguien ha escrito: *Aburrido.* En fin, la red no miente.

Charlotte no movió un músculo, pero Mia podía ver claramente que estaba hirviendo de rabia.

—Nos hemos metido con la vieja fábrica de pescado. Creo que tú ni siquiera has estado allí. —Anne abrió los ojos con exageración—. ¿Cuántos clics tuviste con la villa del horror? ¿Solo la mitad? —Esbozó una sonrisa condescendiente y, sin esperar respuesta, dio media vuelta. Contoneando las caderas, se pavoneó por el pasillo gris y desapareció en su aula. Mia se alegraba de que aquella imbécil fuera a la clase de al lado.

—No soporto a Anne —siseó en voz baja y puso una mano consoladora en el hombro de Charlotte.

—Yo tampoco —murmuró Charlotte—. Pero tiene razón. Al final la villa del horror no funcionó. Claro que he visto el vídeo de la fábrica de pescado. Por desgracia, era muy bueno de verdad. Maurice montó un espectáculo genial. Saltó por encima de bancos viejos, se descolgó del tejado y al final llegaron a pasar pescado por una máquina antigua. —Resopló—. No me extraña, Maurice tiene una

cámara de primera. Ojalá tuviera yo una así. Mi próximo vídeo tiene que ser espectacular sí o sí. Si no, me roban toda la comunidad de *followers*. También necesitaríamos un tío guapo que haga acrobacias por el búnker. A Maurice no se lo puedo pedir, claro.

En ese momento vibró el móvil de Charlotte. Frunció el ceño.

—Perdona. Mi proyecto me espera. Me tengo que ir. —Apenas había terminado de hablar cuando ya había desaparecido por la siguiente esquina.

Mia la vio alejarse y luego entró en la clase de química. El señor Vogt estaba hoy de un humor de perros. Miró con gesto adusto a su alrededor y les pidió que guardaran los libros y sacaran una hoja en blanco. Tenían que hacer un control. Lisa, a su lado, gimió.

—Esto es lo único que me faltaba hoy —se quejó mientras intentaba cuadrar una fórmula.

Maurice, delante de ella, parecía al menos tan crispado como Lisa. Se inclinó hacia su compañero de pupitre y luego incluso se giró hacia ella. Antes de que Mia pudiera avisarle, el señor Vogt se abalanzó sobre él y le quitó la hoja de su sitio.

—Lo siento, Maurice. Has intentado copiar. Tengo que ponerte un suspenso. —El señor Vogt sonaba irritado. Tenía las mejillas enrojecidas hasta las orejas.

—Disculpe —musitó Maurice y se giró hacia delante—. No volverá a pasar.

—Eso espero. La próxima vez será una amonestación. —El señor Vogt regresó a su mesa y se sentó en el borde. Con mirada afilada observaba la clase.

Mia mantuvo la cabeza agachada. No quería llamar la atención bajo ningún concepto. Garabateó aprisa sus respuestas en el papel y se alegró cuando el timbre anunció el fin de la clase de química.

—Charlotte tiene mucha suerte con su proyecto del señor Hagen —dijo Lisa cuando salieron juntas del aula—. Puede faltar constantemente a clase, mientras que nosotras no hemos tenido ni una sola hora libre.

—No sé ni si Charlotte participa de verdad en ese proyecto —respondió Mia sin pensar. Las palabras le habían salido demasiado rápido de la boca. Asustada, se mordió el labio inferior.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lisa sorprendida.

Mia no encontraba respuesta con la suficiente rapidez. No quería dejar en evidencia a Charlotte.

—Creo que se está viendo con alguien —contestó evasivamente.

Lisa asintió.

—Yo también sé con quién. ¿No me preguntaste el otro día por un nombre con H? ¿Te acuerdas?

—Sí. ¿Y? ¿Quién podría ser?

—Ayer, cuando salimos del colegio, se me cayó la venda de los ojos. Vi que a Charlotte la recogieron. Era una furgoneta blanca de Gustavs Malerwerkstatt. Al principio pensé que su padre iba al volante. Pero estaba equivocada. Cuando miré más de cerca, reconocí a Henry.

—¿Henry? —Mia no le encontraba sentido a ese nombre.

Lisa sonrió triunfante.

—He rastreado la página web de la empresa de pintura. —Sacó el móvil del bolsillo y abrió el navegador—. Mira. Ese es el tipo. Henry Polkert. Lo reconocí al instante.

—Anda —soltó Mia, porque en ese momento todo encajaba. Los mensajes que Charlotte recibía constantemente venían de H. Tenía que ser Henry. Se quedó mirando la foto de Henry. La mandíbula angulosa, el pelo oscuro y las pequeñas patas de gallo le daban un aspecto simpático. Pero el tío era demasiado mayor para Charlotte. Mia le echaba unos veinticinco, quizá incluso casi treinta.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo Lisa—. Vamos a tu casa en el recreo y pedimos cinta de carrocero para el proyecto de química.

—¿Estás loca? —susurró Mia—. No me dejan entrar allí.

Lisa hizo un gesto con la mano.

—Nadie ha hablado de entrar en la villa. Nos quedamos en la verja. Allí es donde aparca la furgoneta.

—¿Por qué iba a estar ese Henry con Charlotte en la villa en horario de trabajo? —preguntó—. Su jefe está allí, y su padre también.

—Cierto. ¿Adónde la habrá llevado entonces? —Lisa se dio un golpecito en la frente—. Ya lo tengo. A lo mejor hoy tiene el día libre y están en su casa.

—No sabemos dónde vive —replicó Mia.

—Yo sí. —Lisa sonrió de oreja a oreja—. Lo he buscado en Google. Su piso está a solo unas calles de aquí. Nos da tiempo de sobra en el recreo.

Aproximadamente una hora más tarde salieron del colegio. Charlotte no solo había faltado a química, sino que tampoco había aparecido en matemáticas. Mia había comprobado el aula R.14. Como era de esperar, no había proyecto alguno. Una brisa templada de abril les daba en la cara cuando se metieron por una calle lateral llena de bloques de pisos.

—Vive en la segunda calle a partir de aquí —dijo Lisa, guiándolas con el móvil—. Lo mejor es que giremos a la izquierda ahora.

—Espera —exclamó Mia y se quedó petrificada. A cierta distancia, al otro lado de la calle, se movían dos personas que conocía—. ¡Agáchate! —ordenó y se ocultó detrás del coche más cercano. Lisa obedeció y se agachó a toda prisa.

—¿Qué pasa?

—Creo que esos de ahí son Charlotte y Lukas.

Lisa la miró incrédula. Luego se estiró y atisbó a través de las ventanillas del coche. Pasaron unos diez segundos antes de que volviera a agacharse junto a Mia.

—Son ellos —susurró—. Madre mía, ¿Lukas no se apellida Hoppe? Ese sería un nombre con H, ¿no?

Mia asintió perpleja.

—¿Qué hacen esos dos aquí?

Lisa sonaba decepcionada. A Mia le daba pena, porque parecía estar colada de verdad por Lukas. Mia sabía lo que se sentía cuando nadie se fijaba en ti. Se asomó también por las ventanillas del coche y la mirada con la que Lukas contemplaba embobado a Charlotte casi hizo que el mundo se le hundiera bajo los pies. Qué romántico. Qué no daría ella por que Maurice la mirara así aunque fuera una sola vez.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mia sin apartar la vista de los dos.

—Pues qué va a ser, los abordamos. —Lisa saltó y cruzó la calle corriendo antes de que Mia pudiera detenerla.

¡Maldita sea! ¿Qué estaba haciendo? Charlotte se pondría furiosa, y con razón. La habían espiado. Eso no se hacía entre amigas. ¿O sí? Al fin y al cabo, Charlotte se estaba comportando raro últimamente y les ocultaba cosas.

Mia se incorporó también y siguió a Lisa lentamente cruzando la calle.

—¿Por qué faltas a clase? —chilló Lisa en tono acusador.

El rostro de Charlotte se petrificó al instante. Luego parpadeó.

—Podría preguntarte lo mismo —soltó—. El recreo está a punto de acabar. Vas a llegar tarde.

—Yo he preguntado primero —insistió Lisa con los brazos en jarras.

—Me da igual —siseó Charlotte y miró a Mia—. ¿Tú también?

—Has faltado a matemáticas y estábamos preocupadas —dijo Mia.

A Charlotte le aparecieron varias arrugas en la frente.

—Ya dije que tenía que hacer algo para el proyecto.

—Mentiste —la cortó Lisa—. El aula R.14 está vacía. No hay ningún proyecto.

Lukas dio un paso al frente, interponiéndose entre Lisa y Charlotte.

—Venga, tranquilizaos. Charlotte me ha pedido ayuda. Se trata del proyecto *Búnker*. ¿Y sabéis qué, chicas? Encantado de echaros una mano. —Sonrió.

Lisa abrió la boca para protestar, pero no le salió ni una palabra. Miraba a Lukas como si fuera un fantasma o quizá una estrella del pop que hubiera aparecido de la nada.

—Vale —tartamudeó avergonzada—. ¿Entonces te apuntas?

Lukas levantó el pulgar.

—Estoy encantado. Va a ser flipante y daré lo mejor de mí. Charlotte y yo ya hemos estado hablando del plan. No podemos descolgarnos del tejado, como hizo Maurice en la vieja fábrica de pescado, pero hay una esclusa de aire que podríamos volver a poner en marcha. Conseguiré unos trajes de neopreno con máscara. Si los llevamos puestos, va a ser la caña.

Lukas sonrió de oreja a oreja. Como Lisa no reaccionaba, preguntó:

—¿Qué? ¿No te gusta la propuesta? También podemos hacer otra cosa. La idea era que los dos atravesáramos la esclusa.

Mia nunca había visto a Lisa tan cortada. Las mejillas se le tiñeron de un rojo intenso a una velocidad asombrosa.

—Claro. Sin problema… o sea… genial… hagámoslo —tartamudeó.

—Perfecto. —Charlotte se colocó entre ella y Lukas—. No quería hablar de esto con Lukas en el colegio. Maurice o Anne seguro que se habrían enterado del plan. El asunto es supersecreto. Quiero que nuestro vídeo se haga viral. —Se frotó las manos entusiasmada—. Somos cuatro y podemos turnarnos para sujetar la cámara. Va a haber acción de verdad. A la gente le encanta eso.

A Mia le pareció una idea genial. Sobre todo porque Charlotte no se había liado con ese Henry. El tío era demasiado mayor para ella de todos modos. *H.* no significaba Henry, sino Hoppe, como Lukas Hoppe.

—Genial —dijo, aunque no tenía ni idea de cómo se lo iba a contar a su madre—. Entonces queda decidido y mañana por la noche nos vamos de expedición.

16

—Tranquila. Respire.

Una voz profunda llegó al oído de Nora. En un primer momento creyó que era su padre. Pero entonces se dio cuenta de que estaba a seiscientos kilómetros, en Hamburgo, en su despacho, probablemente asesorando a un cliente en ese mismo instante. Abrió los ojos y contempló el rostro anguloso del maestro pintor. La tenía entre los brazos y sus ojos estaban apenas a unos centímetros de los suyos. Distinguió pequeños puntos amarillos en el iris. Olía a almizcle intenso y tenía en los labios una sonrisa de alivio.

—Por fin —murmuró—. Ya creía que tendría que llamar al número de emergencias. —La incorporó.

Solo entonces se percató de que estaba tumbada en el suelo áspero. Confundida, miró a su alrededor. Luego, de repente, todo se le vino encima. Los muertos, el sótano, la hija muerta de la vecina.

—Cielos, ¿estamos en el sótano?

Gustav Kunze la observó preocupado.

—Usted quiso que la acompañara. ¿Ya se le ha olvidado?

Nora respiró hondo.

—No. Ahora me acuerdo. ¿Qué ha pasado?

—Se desmayó de repente. La cogí justo a tiempo, antes de que se golpeara contra el hormigón. ¿Le duele algo?

Nora se miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—No, todo bien.

—Mire, podemos vaciar primero el sótano. No tiene por qué ver todos estos trastos viejos.

Nora se incorporó.

—No, gracias. Estoy bien. Creo que incluso tengo que verlo, para desterrar esos pensamientos de mi cabeza.

Kunze asintió en voz baja.

—De acuerdo. Entonces echemos un vistazo.

Nora se soltó del maestro pintor y respiró hondo. El aire allí abajo era más fresco que en el resto de la casa. La luz de neón parpadeante lo sumergía todo en una claridad estéril e implacable. Su mirada cayó primero en el centro de la estancia. Allí estaba. La camilla negra con funda de cuero desgastada. Nora tragó saliva. Conocía aquella camilla, que le recordaba inevitablemente al sillón de un dentista, por sus investigaciones en internet. Directamente a su lado se alzaba, como testigo mudo de las atrocidades, un aparato voluminoso: el aparato de electrochoque. Brillaba dorado bajo la luz de las lámparas del techo. Los interruptores ya estaban amarillentos y, con los cables que sobresalían, parecía un objeto de atrezo de una mala película de terror. Una oleada de náusea la recorrió. Porque aquello era real. Casi podía oler la piel carbonizada de la mujer del doctor Schenkenberg.

—Son solo trastos viejos —dijo Gustav Kunze a su lado con un gesto desdeñoso, como si quisiera disipar la atmósfera opresiva—. Nos lo llevaremos todo.

Nora asintió en silencio y se acercó con las piernas temblorosas a las estanterías de la pared. Quería estar segura. Tenía que saber con qué estaba tratando. En los estantes polvorientos había cosas que parecían haber sido abandonadas apresuradamente hacía décadas. Paños manchados, guantes amarillentos, un bisturí. Todo eso no tenía por qué proceder del doctor Schenkenberg. Ya sabía que muchos adolescentes habían usado la villa como lugar de fiesta. Con toda seguridad también habían desaparecido muchas cosas. La mitad de los estantes estaba vacía. Se estremeció cuando descubrió las máscaras de goma que yacían entre libros y fundas de CD. Las

cuencas vacías de los ojos parecían mirarla directamente. Se apartó a toda prisa.

—Sí, por favor, retírelo todo —dijo con voz ronca y se giró hacia Kunze—. Quiero que desaparezca todo. La camilla, el aparato de electrochoque, las máscaras. Simplemente todo.

—Hecho —prometió Kunze, y su voz sonaba reconfortantemente normal. Aquel sótano no parecía afectarle en absoluto—. Mañana al mediodía no habrá nada aquí que recuerde al viejo doctor.

—Gracias por su ayuda. Es muy amable por su parte. —Nora lanzó una última mirada a la camilla negra. Cerraría el sótano con llave y se quedaría con ella. Lukas no debía ver este lugar. Al menos no por ahora. El pasado de aquella casa podía ser oscuro, pero no permitiría que envenenara su futuro.

Se dio media vuelta y subió apresuradamente la escalera. Con cada paso se sentía más libre, y cuando poco después estaba de pie bajo la luz del sol en la terraza, dando sorbos a su café, se propuso no volver a pensar en el doctor Schenkenberg. Y lo consiguió a las mil maravillas. Incluso cuando Lukas llegó del colegio dos horas más tarde con Charlotte a la zaga, no había dedicado ni un pensamiento más al psiquiatra. En cambio, había guiado a los de la mudanza por toda la casa. Dos o tres horas más y sus muebles de Hamburgo embellecerían la vieja villa. Por fin tendrían un hogar de verdad, en un entorno en el que su hijo no fuera acusado de asesino.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó expectante a Lukas y les puso un vaso de limonada a él y a Charlotte.

Lukas resplandecía.

—Genial. Estamos planeando un proyecto chulo con otras dos chicas de clase. Es sobre el antiguo búnker que desenterraron hace unas semanas en el bosque municipal.

—¿Un búnker de la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Nora.

—Sí. Dicen que está en perfecto estado de funcionamiento. Incluso aún hay corriente —respondió Charlotte y se metió una galleta en la boca.

El móvil de Lukas emitió un pitido. Nora conocía ese sonido. Christine, de Hamburgo, le había enviado un mensaje. Aunque normalmente solo necesitaba una fracción de segundo para leerlo y

responder, dejó el móvil en el bolsillo sin prestarle atención. La razón estaba escrita en su cara. Al parecer solo tenía ojos para Charlotte.

Nora suspiró. Aquello iba sin duda demasiado rápido para su gusto. No le gustaba la rapidez con que regalaba su corazón a otra. Probablemente era normal para un adolescente de su edad. Sin embargo, habría deseado que se tomara un poco más de tiempo. A su hijo también parecía gustarle Charlotte. Pero como suele ocurrir con el amor, normalmente uno ama más que el otro. Y viendo a Lukas así, pendiente de cada palabra de Charlotte y olvidándose de todo lo demás, temía que él fuera el que tenía el corazón más grande. Y eso no era bueno para Lukas. Sin duda debería hablar de ello con el doctor Janisch. De todas formas, tenía que asegurarse de que Lukas continuara con su terapia. Sin embargo, Charlotte parecía hacerle bien y lo ayudaba a hacer amistades en el colegio. Y eso desde el primer día. Era más de lo que una madre podría desear.

—¿Prefieres un sándwich? —preguntó amablemente a Charlotte —. Pareces tener hambre.

Los ojos de Charlotte se iluminaron.

—No he comido nada al mediodía. Se nos ha pasado el tiempo por el proyecto. —Lanzó a Lukas una mirada profunda y este se sonrojó—. Sería muy amable.

—Claro, sin problema. ¿Tú también quieres uno? —preguntó Nora a Lukas.

Su hijo gruñó en señal de aprobación y también se metió unas cuantas galletas en la boca. Nora preparó rápidamente dos sándwiches de queso y observó cómo los dos se los devoraban en pocos minutos.

—Deberías empezar a deshacer cajas. Tienes media habitación llena —dijo Nora cuando los dos terminaron.

Charlotte se puso de pie de un salto.

—Me tengo que ir. Solo quería hablar un momento con mi padre. Nos vemos mañana en el colegio, Lukas. —Cogió la mochila y le dedicó una sonrisa a Nora—. Muchísimas gracias por todo. —Luego desapareció en el salón, mientras Lukas subía a su habitación.

Nora se puso a colocar las cosas en la cocina. Cuando hubo guardado ordenadamente los platos, las tazas, las sartenes y los

cubiertos en los armarios y cajones, decidió descansar un rato. Con una taza de café en la mano, salió al jardín, aunque se quedó en la terraza.

—Eso no puedes hacerlo —oyó Nora una voz grave de hombre que provenía del roble en el centro del jardín.

Se deslizó rápidamente tras un arbusto y atisbó entre las hojas verdes al hombre vestido de blanco que claramente discutía con alguien. Tenía que ser uno de los pintores. Solo que no sabía cuál. ¿Era el padre de Charlotte? La voz, en cualquier caso, no encajaba con la de Gustav Kunze.

—Mira, esto no funciona así. Gracias por traerme a casa —dijo una voz de mujer. Era Charlotte. Movida por la curiosidad, Nora se abrió paso entre una fila de arbustos para acercarse más. Por fin pudo ver la cara del hombre. No era el padre de Charlotte, sino el tercer pintor. Un hombre joven al que hasta entonces no le había prestado especial atención. ¿Por qué estaba discutiendo Charlotte con él?

—No voy a dejar que me despaches así sin más —gruñó el hombre y le lanzó a Charlotte una mirada airada.

—Mira, lo siento. Pero solo quería ir a casa. Nada más. Si esperabas algo más, pues… —Charlotte no pudo terminar.

—¡Eres una zorra estúpida! —escupió el pintor y dio media vuelta. Con zancadas furiosas se dirigió de vuelta a la casa.

—Venga, no te enfades, Henry —gritó Charlotte tras él, pero el hombre no reaccionó. Desapareció por la puerta de la terraza en el salón. Charlotte lo observó un momento y luego se dirigió también hacia la casa. Cuando llegó a la terraza, Nora notó un movimiento por encima de ella. Levantó la vista hacia la ventana que daba a la habitación de Lukas y se quedó paralizada. Su hijo estaba detrás del cristal con el rostro petrificado y observaba a Charlotte fijamente.

—Oh, no —susurró Nora y se propuso hablar enseguida con el doctor Janisch.

17

El bosque detrás de la Weidenstrasse parecía completamente diferente de noche que de día. Los amables rayos de sol que solían bailar a través del dosel de hojas habían desaparecido. En cambio, los árboles se elevaban oscuros y amenazantes hacia el cielo negro, como si quisieran impedir que alguien se acercara. Las ramas crujían bajo los zapatos de Mia, y cada sonido resonaba de forma antinatural, como si el bosque contuviera la respiración y escuchara.

Mia se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla. Tiritaba, y no era solo por la fría noche de abril. Le había dicho a su madre que seguiría trabajando con Lisa en el proyecto de química por la noche. La mentira le pesaba enormemente. Si su madre supiera que en realidad estaba de camino a un viejo búnker de la Segunda Guerra Mundial, probablemente le daría un infarto.

—¡Por aquí! —siseó una voz desde la oscuridad.

Mia respiró aliviada. Lisa se había presentado en el punto de encuentro. No estaba sola en aquel bosque siniestro.

—Baja eso. Me deslumbras —se quejó Lisa y se protegió los ojos con la mano.

Mia bajó la linterna. Lisa estaba de pie junto a un tronco grueso y se daba tirones a la chaqueta de marca, que no servía ni para una excursión al bosque ni para un búnker.

—Pensaba que ya no iba a venir nadie —dijo Lisa aliviada y besó a Mia en la mejilla—. Gracias a Dios estás aquí. ¿Dónde narices se meten Charlotte y Lukas? Llevan cinco minutos de retraso. ¿Y no podrías haber traído a Lukas? Si vive justo al lado de ti.

Mia se encogió de hombros.

—La verdad es que no he pensado en Lukas. Ya aparecerá.

Y efectivamente, un fino haz de luz se acercaba a través de la maleza. Mia iluminó con su linterna y captó a Lukas, que llevaba una chaqueta de cuero y una mochila grande y negra.

—¿Dónde está Charlotte? —preguntó Mia mirando a su alrededor.

—Aquí. —Charlotte apareció detrás de Lukas. Con los pantalones negros ajustados, la sudadera oscura y el pelo rubio recogido en una coleta, parecía una agente de una película de acción.

—¿Estáis listos? —Los ojos de Charlotte brillaban de emoción. Levantó una llave—. Me la han dado hoy oficialmente. ¿No es la caña?

—Claro —respondió Lisa—. Pero os lo advierto ya: si hay arañas ahí abajo, me largo. En serio.

Lukas rio bajito.

—No te preocupes, Lisa. Te libro de esos bichos.

Lisa soltó una risita nerviosa.

—Galán.

Mia puso los ojos en blanco. El evidente enamoramiento de Lisa era casi insoportable. Observó a Lukas y se preguntó si lo encontraba atractivo. Sus ojos verdes tenían algo. Parecían misteriosos, pero también de algún modo inquietantes. Daba igual. Su corazón pertenecía a otra persona.

—Vamos —apremió Charlotte—. No deberíamos perder tiempo. Quiero montar el vídeo esta misma noche.

Guió al grupo hacia el interior del bosque. La espesura se hacía cada vez más impenetrable. Las zarzas se le enganchaban a las piernas e incluso atravesaban el grueso tejido de los vaqueros. Tropezó más de una vez con las raíces nudosas de los viejos árboles. Tras unos diez minutos llegaron a un claro. Habían talado los árboles hacía poco y los troncos estaban apilados en el borde. En el centro

se elevaba un montículo de tierra cubierto de maleza y musgo. Solo la pesada puerta de acero revelaba que detrás se hallaba el búnker.

—Aquí es —susurró Charlotte con reverencia y comenzó a grabar con su móvil.

—Hola, gente, bienvenidos de nuevo a mi canal. Hoy os llevo a un lugar que ha estado olvidado durante más de setenta años y que acaba de reabrirse hace solo unos días. Un búnker en medio del bosque.

Dirigió la cámara hacia Lukas.

—Traigo refuerzos. Este es Lukas. —Después filmó a Mia y Lisa.

—No hace falta abrir el candado. Alguien ha cortado la cadena —observó y se guardó la llave de nuevo. Lukas bajó el pesado cerrojo y tiró de la puerta de acero. El chirrido caló a Mia hasta los huesos. Le recordó a un animal moribundo que gritaba por su vida.

Del interior del búnker les llegó un olor a humedad y moho.

—*Ladies first* —dijo Lukas con un gesto de invitación.

—Ni hablar —dijo Lisa con voz aguda y retrocedió un paso—. No pienso ser la primera en entrar.

—Gallina —bromeó Charlotte y se coló por la rendija estrecha. Mia la siguió. Lukas entró detrás con Lisa. La luz de las linternas bailaba sobre las paredes desnudas de hormigón. Se encontraban en un pasillo estrecho, al final del cual descendía una escalera empinada. Del techo colgaban gotas de agua. Al menos parecía que en aquella zona no había murciélagos. Mia se apresuró a bajar los escalones. Charlotte casi había llegado ya al pie de la escalera.

—Aquí está la esclusa de aire —observó y se detuvo ante otra puerta de acero—. Perfecto para la primera escena.

Lukas dejó la mochila en el suelo y sacó dos trajes de neopreno negros y dos máscaras completas.

—Dan muchísimo miedo —dijo Mia.

—Esa es la idea —explicó Charlotte—. El miedo da clics y quiero alcanzar a Anne y Maurice como sea. Gracias por ayudarme.

—Claro —murmuró Lisa y se embutió en uno de los trajes de neopreno—. Maldita sea, cómo aprieta.

Mia la ayudó a subir la cremallera y a colocarse la máscara. Charlotte filmaba y Lukas también se cambió.

—Listo —anunció él, aunque su voz sonaba amortiguada bajo la máscara.

En realidad, su aspecto hizo que a Mia se le helara la sangre en las venas. Detrás de aquel disfraz podría esconderse cualquiera. El rostro de Lukas ya no se reconocía bajo la máscara. Parecía el monstruo de una pesadilla, igual que Lisa, que era más pequeña, pero daba el mismo miedo. Involuntariamente, Mia no pudo evitar pensar en la historia del doctor Schenkenberg. ¿También él habría llevado una máscara así cuando bajaba al sótano?

—Lisa, tú ponte aquí. Justo delante de la puerta —ordenó Charlotte—. Mia, tú los iluminas. Pero no directamente, sino desde abajo. Eso crea sombras inquietantes.

Mia se puso en cuclillas detrás de Lukas y Lisa. Orientó la linterna de abajo arriba. En las paredes del búnker se formaron al instante unas sombras enormes.

—¡Fantástico! —Charlotte estaba en su salsa. Caminó alrededor de los dos y los grabó desde todos los lados. Luego le pidió a Lukas que abriera la puerta de acero y atravesara la esclusa con Lisa. Mia los siguió y continuó dirigiendo el haz de luz hacia ellos. Entraron en la esclusa. Lukas y Lisa avanzaron lentamente y desaparecieron por la segunda puerta de la esclusa.

—Parad —gritó Charlotte—. Ha quedado genial. Lo mejor será que hagamos ahora otra toma de cómo salís, solo que esta vez yo esperaré ya fuera. Mia, ilumina otra vez desde detrás, por favor.

—De acuerdo —dijo Mia y se retiró a la esclusa.

Lukas y Lisa repitieron la última escena. De pronto Lukas se detuvo. Giró la cabeza hacia un lado, como si hubiera oído algo.

—Parad —volvió a gritar Charlotte—. Lukas, ¿qué pasa? Solo quedaban unos pasos. Tenéis que volver.

Lukas se arrancó la máscara de la cara.

—¿No habéis oído eso?

—¿El qué? —preguntó Lisa y también se quitó la máscara.

—Había un ruido. Venía de allí. —Señaló el pasillo oscuro que se adentraba aún más en el búnker.

Mia escuchó. No se oía nada aparte de su propia respiración. Al parecer a Charlotte le pasaba lo mismo.

—Quizá solo haya sido una rata —dijo con desdén—. Venga ya. Poneos las máscaras otra vez. Tenemos que repetir la escena.

Lukas negó con la cabeza.

—No. Sonaba metálico. Como si alguien hubiera golpeado una tubería. —Levantó de golpe la linterna e iluminó el pasillo. El haz de luz se perdió en la negrura.

—¿Hola? —gritó y dio unos pasos por el pasillo. Su voz resonó contra las paredes de hormigón.

Nadie respondió.

—¿Ves? No hay nadie —dijo Charlotte impaciente—. Ahora sigamos.

Pero el ambiente se había echado a perder. Lisa tampoco hizo ademán de volver a ponerse la máscara. Una sensación extraña se le extendió por la boca del estómago. Lukas no parecía el tipo de persona miedosa que se imaginaba ruidos.

—Prefiero irme a casa —susurró Lisa—. Hace un momento aún era divertido. Pero ahora todo esto me parece demasiado inquietante.

—Ay, Lisa, por favor. Estamos a punto de conseguirlo. —Charlotte levantó las manos, irritada—. Esto es el *content* perfecto. Ruidos misteriosos de noche en un búnker nazi. Los clics se van a disparar. Pero si te tranquiliza, voy a mirar. —Pasó por delante de Lukas y se adentró más en el búnker.

—¡Charlotte, espera! —gritó Mia y corrió tras ella. No quería dejar que su amiga caminara sola hacia la oscuridad. Rápidamente le quitó la linterna de la mano a Lukas y se acercó a Charlotte. Lukas y Lisa las siguieron vacilantes.

El pasillo terminaba en una estancia más grande que al parecer había servido en otro tiempo como almacén. Había estanterías oxidadas contra las paredes, y delante de ellas yacían cajas de madera podridas. El suelo estaba lleno de escombros y cristales rotos.

Charlotte iluminó cada rincón.

—Nada. ¿Veis? Aquí no hay nadie.

Lukas guardó silencio. Dejó que el cono de luz de su linterna recorriera lentamente el suelo. De pronto se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó y se puso en cuclillas.

Mia se acercó. En el polvo del suelo se distinguían unas marcas claras. Huellas de pisadas.

—Son las nuestras —dijo Charlotte rápidamente. Pero su voz ya no sonaba tan segura.

—Pueden ser de cualquiera —dijo Lisa—. Al fin y al cabo, la cadena del candado estaba cortada.

—Vale, entonces alguien ha entrado antes que nosotros. ¿Y qué?

—Seguro que han sido unos adolescentes —intentó Mia tranquilizar a Lisa—. No somos los únicos que nos hemos enterado de que han abierto el búnker.

Un leve roce hizo que todos se giraran de golpe.

Procedía de la estancia contigua, cuya abertura se abría como un agujero negro en la pared.

—Hay alguien —susurró Lukas. Se colocó delante de las chicas para protegerlas—. ¿Quién anda ahí? ¡Salga!

De nuevo se hizo el silencio. Luego sonó un ruido que volvió a helarle la sangre a Mia. Un murmullo bajo y rítmico. Alguien tarareaba una melodía. Una canción infantil.

—Al trote, al trote, jinete…

Mia agarró el brazo de Charlotte y hundió los dedos en la tela de su sudadera.

—Tenemos que salir de aquí —logró decir entre dientes.

—Esperad —dijo Charlotte, aunque tenía los ojos desorbitados por el miedo. Sostenía el móvil en alto, con la cámara dirigida a la oscura abertura—. Tengo que grabar esto.

—¿Estás loca? —siseó Lukas. Agarró a Charlotte por el hombro y quiso tirar de ella hacia atrás.

En ese momento apareció un resplandor en la estancia oscura. No era la luz intensa de una linterna, sino un fulgor cálido y parpadeante. Como de una vela.

El resplandor se hizo más intenso, y una sombra creció sobre la pared. Una sombra alargada y deformada que se movía despacio hacia ellos.

—¡Corred! —bramó Lukas.

Empujó a Charlotte y a Mia en dirección a la salida. Lisa gritó y echó a correr como si el mismísimo diablo fuera tras ella. Mia tropezó, recuperó el equilibrio y se precipitó por el pasillo estrecho. El corazón le martilleaba con tanta fuerza contra las costillas que le dolía. Detrás de ella oyó los pasos pesados de Lukas y, más lejos, la respiración entrecortada de Charlotte.

No se atrevió a mirar atrás. No quería ver quién o qué los había estado esperando allí abajo a la luz de la vela. La melodía la perseguía, resonaba en su cabeza y se mezclaba con el eco de sus pasos.

Si cae en la zanja…, continuó mentalmente la letra, y al instante tropezó.

Llegaron a la puerta de acero y salieron a empujones al aire frío de la noche. Mia siguió corriendo. Solo se detuvo al borde del bosque, cuando las farolas de la Weidenstrasse aparecieron a la vista. Lisa resoplaba a su lado. Lukas apoyaba las manos en las rodillas y jadeaba. Un poco después apareció Charlotte con la cara encendida.

—¿Habéis reconocido a alguien? —preguntó sin aliento.

—No —jadeó Mia—. Solo había sombras y esa canción infantil.

Charlotte deslizó el dedo por la pantalla de su móvil.

—Lo he grabado todo. Al menos hasta el momento justo antes de que saliéramos corriendo. —Reprodujo el vídeo y se quedó mirándolo absorta.

—Maldita sea —soltó al cabo de un rato—. Conozco la cámara que hay en el trípode allí detrás, en la esquina. Es de Maurice.

—¿Maurice? Pero ¿cómo se habrá enterado de que queríamos ir al búnker esta noche? —preguntó Lukas.

—Ni idea. —Charlotte amplió la imagen—. Pero esa cámara es suya, seguro. Al parecer nos estaba esperando.

—Por eso estaba cortada la cadena de delante del búnker —dijo Lisa.

—Mierda. Solo quería sabotearnos el vídeo y encima hemos caído en su trampa. Tenemos que volver y seguir.

Un silencio helado cayó sobre el grupo. Entonces Lisa declaró:

—Lo siento, Charlotte. Tengo muchísimo frío. Quiero irme a casa.

—Volvamos mañana —propuso Mia.

—Podemos pillar a Maurice antes en el colegio. —Lukas cerró los puños.

—¡Sois todos unos cobardes! —soltó Charlotte furiosa. Se volvió y se internó de nuevo en el bosque.

18

El despertador sonó demasiado pronto. Nora buscó a ciegas al causante de aquel sonido estridente que se le clavaba en el cráneo como un taladro. Por un momento no supo dónde estaba. Olía a pintura fresca, completamente distinto a lo habitual. Luego lo recordó. Ya no vivía en Hamburgo, sino en una magnífica villa con jardín.

Se incorporó y miró por la ventana. El bosque reposaba en silencio. El cielo azul la saludaba con rayos de sol. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Pero desapareció al instante. Hoy era un día importante, su primer día de trabajo en la secretaría del colegio. Nora apartó la colcha y se estremeció. No era por la temperatura de la casa, sino por los nervios. Bajo la ducha, intentó ignorar el rugido del estómago. Su nerviosismo era completamente normal. Tan normal como el comportamiento de Lukas. Al menos eso era lo que había dicho el doctor Janisch. Nora se había sentido increíblemente aliviada cuando recibió esa valoración por teléfono. No olvidaría pronto la mirada con la que Lukas había observado a Charlotte el día anterior en el jardín. Los celos son un sentimiento completamente normal. Cuando nos decepcionan, la ira también forma parte de ello. Así pues, no había motivo para preocuparse. Nora podía concentrarse plenamente en su nuevo trabajo.

Media hora después, cuando estaba en la cocina preparando el desayuno, no había ni rastro de Lukas. Seguramente seguía durmiendo profundamente. No se había dado cuenta de a qué hora había llegado a casa la noche anterior. Solo sabía que había estado fuera con Charlotte y otras dos chicas por un proyecto de vídeo. Había parecido feliz, casi eufórico. Nora sonrió de nuevo. Aparentemente lo había hecho todo bien. Su nuevo comienzo iba bien. Lukas estaba encontrando su lugar. Estaba floreciendo. Subió la escalera en silencio y echó un vistazo a su habitación. Dormía plácidamente en la cama. Nora miró la hora. Sus clases no comenzaban hasta la segunda hora, así que le dejaría una nota y dejaría que siguiera durmiendo.

De vuelta en la cocina, se bebió el café de pie. Mientras tanto miraba hacia el jardín y se sentía feliz. Luego cogió el bolso y echó un último vistazo al espejo del pasillo.

—Tú puedes —se dijo y se ajustó el cuello de la blusa.

El colegio estaba a tan solo unos minutos en coche. Aparcó detrás de un edificio moderno de cristal y hormigón que contrastaba bruscamente con las elegantes casas unifamiliares y los bloques de pisos de la zona. Aún no entraban alumnos en el edificio. Era demasiado pronto. Nora apretó nerviosa la correa del bolso y se dirigió a la entrada principal. La secretaría estaba en la planta baja, justo a la derecha del gran salón de actos. Una mujer alta y embarazada ya la esperaba.

—¿Es usted la señora Hoppe? —preguntó sonriendo amablemente.

—Sí, Nora Hoppe. Es un placer conocerla. —Nora estrechó la mano blanda y sin vigor de la mujer.

—Soy la señora Schlueter. —Señaló con un gesto de cabeza la puerta del otro extremo de la secretaría—. Pase, no se preocupe, la señora Arendt ya la está esperando.

La directora era una mujer pequeña, enjuta, con el pelo gris corto y gafas sin montura. A diferencia de su secretaria, tenía un apretón de manos firme.

—Bienvenida a nuestro colegio, señora Hoppe. Nos alegra mucho que pueda sustituir a la señora Schlueter con tan poca antelación.

Aquí siempre hay mucho movimiento. Necesitamos a alguien que sepa arremangarse y que no pierda los nervios a la primera. Así que está usted en el lugar indicado.

Nora sonrió educadamente. Menos mal que la señora Arendt buscaba personal con tanta desesperación que no le importaba el historial de Nora. En realidad, tenía los nervios a flor de piel. Pero había aprendido a disimularlo.

—Daré lo mejor de mí —respondió.

—Estoy convencida de ello. Por cierto, su hijo Lukas tuvo ayer un comienzo excelente. Tiene un buen nivel de conocimientos y ha participado muy bien en clase. Venga, la presento al claustro. La primera hora está a punto de empezar, así que ahora deberían estar todos reunidos en la sala de profesores.

En la sala de profesores, a Nora la recibió el aroma de café recién hecho. En las paredes colgaban horarios de clase y listas. Alrededor de una gran mesa en el centro se había reunido aproximadamente una docena de profesores que conversaban animadamente. Cuando la directora entró en la sala, las conversaciones cesaron.

—Compañeros, permitidme presentaros. Esta es la señora Hoppe, nuestro nuevo apoyo en la secretaría. Estará aquí cada mañana a partir de hoy. Sed amables con ella, no podemos permitirnos ahuyentarla. —Una leve sonrisa curvó sus labios mientras miraba a su alrededor.

Entre los presentes se oyó un murmullo de aprobación. Muchos de ellos asintieron amablemente a Nora. La señora Arendt la guió entre las filas y la presentó a algunos de los profesores. Ya después del quinto apretón de manos le daba vueltas la cabeza y le resultaba difícil recordar los nombres.

—Buenos días, mi nombre es Daniel Hagen —la saludó en ese momento un hombre de su edad que no encajaba exactamente con la imagen típica de un profesor. Llevaba un polo ajustado que le marcaba los brazos musculosos, y unos vaqueros que le sentaban perfectos. Sus ojos azules le brillaron a Nora al mirarla y le sostuvo la mano un poco más de lo habitual al saludarla.

—Es un placer —respondió Nora y fue recompensada con una sonrisa encantadora que dejó ver pequeños hoyuelos en sus

mejillas.

—Nos preguntábamos quién sería la valiente que se atrevería a enfrentarse al caos de la señora Arendt.

—No deje que el pobre Daniel hable demasiado, señora Hoppe —intervino otro hombre. Era exactamente lo contrario de Daniel Hagen. Delgado, con una frente alta, gafas y barba poblada. En la bata blanca que llevaba sobre la camisa, Nora descubrió algunas manchas.

—Thomas Vogt —se presentó—. Profesor de química y física. Si algo huele mal en la secretaría, casi siempre he sido yo.

Nora se rio y la tensión se alivió un poco.

—Bueno saberlo. Me compraré una máscara de gas.

Vogt sonrió de lado.

—Esa es la actitud correcta.

—Dígame, señora Hoppe… —Daniel Hagen se apoyó con aire despreocupado en la máquina de café y se cruzó de brazos. La tela se le tensó sobre los músculos—. He oído que se ha mudado a la Weidenstrasse. ¿A la antigua villa Schenkenberg?

Nora se sobresaltó por dentro. ¿Ya se había corrido la voz? Claro. En un pueblo pequeño las noticias no permanecían mucho tiempo en secreto.

—Sí, así es —dijo e intentó mantener la voz neutra.

—Una vez pasé por delante en coche. Es una casa muy bonita. —Daniel Hagen parecía querer añadir algo más. Pero calló.

Nora no tenía ganas de cuchicheos a sus espaldas.

—La casa era barata y, como venimos de Hamburgo, la historia del doctor Schenkenberg no tiene nada que ver con nosotros. Hoy van a vaciarlo todo. Cuando vuelva a casa más tarde, no quedará nada que recuerde a él.

—No, por favor. Daniel no quería molestarla con su pregunta. A veces es un poco torpe —intervino el profesor de química—. Yo también habría comprado esa casa, pero cuando me mudé aquí hace unos años, ni siquiera estaba en venta. Seguro que fue una ganga.

Nora sonrió agradecida.

—Sí, desde luego era muy barata. Tampoco nos habríamos podido permitir mucho más. El jardín es maravilloso y las

habitaciones ofrecen muchísimo espacio. Casi demasiado para mi hijo y para mí.

—Ayer ya tuve el honor de tener a Lukas en clase de química. Va bien. Incluso la señora Lehmann, nuestra profesora de matemáticas, quedó encantada con él, y eso en ella es un acontecimiento verdaderamente poco frecuente.

—¿Qué se está diciendo aquí sobre mí? Thomas, ¿otra vez revelando todos mis secretos? —Una mujer alta, que le sacaba más de una cabeza a Nora, se había unido a ellos. El pelo, liso y recto, a la altura de la barbilla, parecía cortado con regla.

—Buenos días, señora Hoppe. Me llamo Annegret Lehmann y me alegra mucho conocerla. Enseño matemáticas y, en efecto, ya he tenido el placer de trabajar con Lukas. Creo que nos entenderemos bien. —Cuando sonrió, sus rasgos antes severos se transformaron con una calidez inesperada. A Nora le cayó bien de inmediato.

—No deje que estos dos señores la inquieten. Ya era hora de que volviera a haber vida en esa villa. Estadísticamente hablando, en cualquier caso, no tiene por qué preocuparse de que allí le ocurra algo malo. Desde el punto de vista científico, una repetición está prácticamente descartada.

—Vaya, ahí habla una auténtica genio de las matemáticas —dijo Daniel Hagen—. Aunque también hay componentes psicológicos. Pero tiene toda la razón, señora Hoppe. Al venir de Hamburgo, no hay vínculos emocionales, así que la señora Lehmann acertará. —Esbozó una sonrisa que, sin embargo, no llegó a sus ojos—. Si me disculpáis. Tengo que preparar unas cosas para la clase de educación física y, por supuesto, también para mi proyecto de medios. —Le guiñó un ojo a Nora. Su mirada descendió brevemente por su cuerpo. Ella no supo si sentirse halagada o incómoda—. En cualquier caso, ha sido un placer conocerla, Nora. Puedo decirlo, ¿verdad?

—Por supuesto. Nora está bien.

—Entonces hasta luego, Nora. —Daniel Hagen salió por la puerta con largas zancadas.

—Como decía, a veces es un poco insensible —intervino de nuevo Thomas Vogt—. En cualquier caso, le deseo todo lo mejor en

su nuevo hogar. Lo mejor es que no haga caso de las viejas historias de miedo. Y, si quiere, también puedo ofrecerle mi ayuda para vaciar la casa. Hace poco me topé con el vídeo de una de nuestras alumnas. Allí hay bastantes cosas tiradas. Parece mucho trabajo.

El timbre del colegio sonó estridente y anunció la primera hora. Los profesores se pusieron en marcha y recogieron sus materiales para clase.

—Nos vemos —le gritó Vogt todavía antes de desaparecer de la sala con la profesora de matemáticas y los demás.

Se quedaron Nora y la directora, que la condujo a su nuevo puesto de trabajo y luego la dejó con la señora Schlueter. El resto de la mañana pasó volando. Nora ordenó expedientes, aprendió a manejar el sistema informático y respondió llamadas de padres cuyos hijos había que dar de baja por enfermedad o que se habían olvidado algo para el colegio.

Cuando hacia el mediodía volvió a estar en la cocina de su casa, le zumbaba la cabeza por todas las nuevas impresiones. Aun así, se sentía feliz. Sus compañeros eran muy amables. Se había manejado bien en la secretaría y podía imaginarse pasando allí la próxima temporada. Su mirada se deslizó hacia la mesa, donde había una taza vacía y un plato lleno de migas. Lukas, por tanto, había desayunado. Era una buena señal. Nora recogió la mesa y subió al piso superior para recoger la ropa sucia. Empezó por la habitación de Lukas, donde las cajas de la mudanza se apilaban hasta el techo. Su ropa estaba esparcida por el suelo. La colcha estaba hecha un ovillo. Típico de un adolescente. Podía cansarse de repetirlo, pero en el caos de la habitación de Lukas no cambiaba absolutamente nada. Daba igual si estaban aquí o en Hamburgo. Nora se agachó y recogió unos calcetines. Luego cogió los vaqueros que estaban tirados sin cuidado sobre la silla. Le llamó la atención un desgarrón y unas manchas de color rojo oscuro. Observó el pantalón con más detenimiento y se quedó de piedra.

¡Maldita sea! ¿Por qué había sangre pegada a los vaqueros?

Le empezaron a temblar las manos. No era solo una gotita. Al darle la vuelta al pantalón, descubrió una mancha casi del tamaño de la palma de una mano.

—¡No! —susurró. Las imágenes le cruzaron disparadas por la cabeza. La palabra *Asesino* en el capó. La mirada sombría con la que Lukas había observado el jardín desde la ventana el día anterior. Sus puños cerrados. Los arrebatos de ira. La historia con la niña de primaria y, no menos importante, el incidente con su marido. El padre de Lukas.

No es un asesino. Fue un accidente. Es inocente.

Las palabras daban vueltas en su cabeza. Solo que a Nora le costaba creer en ellas. Al fin y al cabo, lo había visto con sus propios ojos. Sabía de lo que era capaz.

¡Maldita sea! ¿De dónde procedía la sangre? ¿Era suya? ¿Se había hecho daño? Pero entonces seguro que se lo habría dicho.

Nora registró apresuradamente los bolsillos de los vaqueros. Aparecieron un pañuelo de papel arrugado y un envoltorio de chicle. Nada que indicara una herida. Dejó caer el pantalón como si se hubiera quemado. Su mirada cayó sobre la camiseta que Lukas había llevado el día anterior. Se arrodilló y la sacó de debajo de la cama. Tenía peor aspecto que los vaqueros. Estaba completamente sucia, con manchas marrones y rojas. No podía decir si era sangre o suciedad. En última instancia, tampoco quería saberlo. Iba a arreglar aquello. Como hacía siempre. Apresuradamente recogió el pantalón y salió de la habitación con las prendas.

19

Mia contemplaba fijamente la silla vacía de Charlotte. Luego miró hacia la puerta, como si Charlotte pudiera aparecer por arte de magia. Ya había pasado media clase de matemáticas. No iba a aparecer, por mucho que Mia lo deseara.

—¿Ha respondido? —preguntó Mia en voz baja.

Pero Lisa, a su lado, miraba decepcionada la pantalla del móvil.

—Ya le he mandado dos mensajes, pero todavía no los ha leído. Quizá esté enferma, en la cama con fiebre.

Mia lo dudaba. La noche anterior, Charlotte todavía estaba bastante animada y no parecía enferma en absoluto.

—¿Dónde se habrá metido? —susurró nerviosa. Un sordo martilleo se le había instalado en el vientre. Algo no iba bien. Quizá Charlotte estuviera en problemas.

La señora Lehmann escribía una fórmula complicada en la pizarra. El rotulador chirriaba con cada trazo de una forma tan desagradable que a Mia se le erizó el vello de la nuca. Cuando la profesora dejó vagar su mirada severa por la clase, Mia se encogió instintivamente. No tenía ni idea de cómo resolver la fórmula de la pizarra. Los ojos de la señora Lehmann se posaron en ella una fracción de segundo. Mia ya temía lo peor. Pero entonces el brazo de Lukas se disparó hacia arriba.

—Lukas, qué bien que al fin alguien se anime a participar voluntariamente. Venga al frente y muestre a sus compañeros cómo se resuelve esta fórmula.

Mia respiró aliviada y sacó disimuladamente el móvil del bolsillo. Ningún mensaje. Suspiró en silencio. Mientras Lukas resolvía el cálculo en la pizarra sin mayores dificultades, miraba por la ventana y registraba hasta el más mínimo movimiento en el patio del colegio. No había rastro de Charlotte. Quizá estuviera haciendo pellas para terminar de rodar el vídeo. Mia giró la cabeza y observó a Maurice, que estaba sentado en la fila de delante. ¿Las había asustado él la noche anterior en el búnker?

Maurice estaba sentado en su silla con la cabeza gacha y los hombros caídos. Apoyaba la barbilla en la mano izquierda. Tenía los ojos cerrados. Últimamente estaba cansado a menudo. Pero si él las hubiera asustado la noche anterior, lo habrían sabido. Hacía rato que les habría soltado algún comentario idiota, aunque Charlotte no estuviera. A Mia le asaltaron las dudas. ¿Sabría él dónde estaba su amiga?

Arrancó un pedacito de papel del cuaderno y escribió una pregunta.

¿Dónde está Charlotte?

Luego dobló cuidadosamente el papel formando un pequeño cuadrado y, cuando la señora Lehmann volvió a girarse hacia la pizarra, aprovechó el momento y lo lanzó. Golpeó a Maurice en la cabeza. Él abrió los ojos confundido y luego miró hacia la pizarra. Pero la señora Lehmann estaba ocupada con Lukas. Por fin notó el papel en el pupitre. Lo cogió y poco después se giró hacia Mia.

—Ni idea —articularon sus labios.

Antes de que Mia pudiera preguntarle si había estado en el búnker la noche anterior, ya se había girado de nuevo hacia delante.

Cuando poco después el timbre anunció por fin el final de la clase de matemáticas, Mia todavía no había recibido ningún mensaje de Charlotte.

—Quizá simplemente se haya quedado dormida —especuló Lisa mientras caminaban por el pasillo del colegio.

—Es posible —respondió Mia y caminó con paso firme hacia el aula R.14. Quería saber si Charlotte estaba trabajando en su proyecto. La puerta estaba abierta. Dentro, un par de alumnos estaban sentados frente a los ordenadores y miraban fijamente las pantallas. El señor Hagen estaba apoyado en su escritorio y hablaba riendo con una chica de cursos superiores. Cuando Mia entró, levantó la cabeza y la miró.

—¿Está Charlotte aquí? —preguntó Mia.

En la frente de Daniel Hagen se formó una arruga. Hizo un gesto amplio con la mano.

—No. Pero debería estar aquí. Teníamos que revisar su material juntos. ¿Está enferma?

—Probablemente. No la he visto en todo el día y pensé que estaría con usted.

Daniel Hagen se encogió de hombros con indiferencia.

—Dígale que venga a verme en cuanto llegue, por favor.

Mia asintió y cerró la puerta.

—Eh, chicas. —Mia se sobresaltó. Lukas estaba de repente detrás de ellas. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos verdes.

—¿Has visto a Charlotte? —preguntó Lisa.

—No. Pensaba que nos veíamos en el recreo para terminar el vídeo.

—No contesta al móvil —soltó Mia—. ¿No te la has cruzado desde anoche?

—No —respondió Lukas—. Me fui directo a casa, iba justo detrás de ti. ¿No me viste?

Mia negó con la cabeza.

—Ya ha subido la primera parte de su vídeo. —Lukas sacó el móvil del bolsillo y se lo enseñó.

—Qué fuerte —dijo Mia, que apenas podía apartar los ojos—. Ha quedado muy espeluznante. Vale, si ha subido el vídeo desde casa, entonces quizá esté enferma o todavía esté durmiendo.

—¿Y por eso no responde a los mensajes? —preguntó Lisa con cara de duda—. Eso no le pega nada.

Lukas levantó la mano.

—Creo que sé dónde puede estar.

—¿Dónde? —Mia lo miró expectante.

—En el búnker. Está terminando algo allí abajo. El móvil no tiene cobertura, y eso explica por qué salta directamente al buzón de voz. Yo también he intentado llamarla antes.

—Vale, entonces iremos allí después del colegio —dijo Mia.

Lisa puso cara de circunstancias.

—Tengo cita con el dentista. Es imposible que la cancele. Mis padres me matarían. Me temo que tendréis que apañároslas sin mí.

Las horas restantes se hicieron eternas. Mia revisaba el móvil con frecuencia, pero no llegaba ningún mensaje de Charlotte. Apenas podía concentrarse en las clases y sintió un alivio enorme cuando por fin sonó el último timbre. Se despidió de Lisa y le prometió mantenerla informada. Si a las ocho de la noche no le había dado noticias, Lisa debía llamar a la madre de Charlotte. Pero Mia daba por hecho que no sería necesario.

Lukas la esperaba a la salida. Cogieron el autobús, dejaron las mochilas en el pasillo de casa de Mia y se fueron al bosque. Al menos hacía sol. Olía a primavera, los pájaros cantaban y nada parecía ni remotamente siniestro. El bosque se veía completamente inofensivo. Le parecía casi ridículo que solo unas horas antes hubiera sentido tanto miedo.

—¿Tienes linterna? —preguntó Mia.

Lukas asintió.

—También tengo una navaja —añadió y la sacó del bolsillo del pantalón. Abrió la hoja, que destelló fría.

—¿Para qué necesitamos una navaja? —A Mia no le gustaban las armas.

—Solo por seguridad —respondió Lukas lacónicamente—. No quiero correr riesgos.

La puerta de acero estaba entreabierta, tal y como la habían dejado la noche anterior.

Mia entró la primera. Lukas le alumbraba con la linterna.

—¿Charlotte? —gritó y bajó las escaleras hacia la esclusa de aire. El haz de luz bailaba sobre las paredes de hormigón desnudas y el suelo sucio. Ni rastro de Charlotte. Atravesaron la esclusa de aire y continuaron por el pasillo. Ante la sala donde la noche anterior

brillaban las velas, Mia se detuvo. Apenas se atrevía a respirar. Con cuidado empujó la puerta con la punta del dedo. Se abrió y Lukas dirigió el haz de su linterna hacia el interior. La cámara había desaparecido, al igual que las velas.

—Aquí ya no hay nadie —constató Lukas.

Mia encendió la linterna del móvil y miró a su alrededor. El polvo danzaba en el haz de luz. En una pared había estanterías que llegaban hasta el techo. Estaban vacías. En el suelo distinguió restos de cera de vela. Lukas dio una patada frustrada a una tabla de madera.

—Quizá Charlotte esté en casa después de todo —susurró Mia, aunque su instinto le decía otra cosa.

Lukas se puso en cuclillas y recogió algo del suelo.

—O Maurice sabe dónde está —gruñó—. Estuvo aquí. Mira, esta es su pulsera. En la plaquita de plata está grabado su nombre.

Cuando salieron al exterior, la luz del día los deslumbró. Los pájaros seguían cantando y el sol brillaba. Una estampa que no encajaba en absoluto con la situación. Había tenido tantas esperanzas de encontrar a Charlotte rodando en el búnker. No tenía palabras para su decepción. Además, otro sentimiento se apoderó de ella: miedo. El miedo de que a su mejor amiga le hubiera pasado algo.

20

Le temblaba la llave en la mano al abrir la puerta de casa. Entró con sigilo. El aroma de la comida recién hecha la envolvió. Espaguetis a la boloñesa, su plato favorito. Normalmente se habría lanzado sobre ellos de inmediato, pero hoy el estómago se le revolvía. Su madre salió de la cocina con un trapo en la mano. Se le heló la sonrisa al ver a Mia.

—¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada—. Estás muy pálida.

Mia quería ser fuerte. Necesitaba una excusa. Algo inofensivo. Pero su cabeza ya no funcionaba. En lugar de una mentira, la verdad brotó de ella.

—Te he mentido —dijo con voz ronca y los ojos llenos de lágrimas—. Ayer no estuve con Lisa trabajando en el proyecto de química.

Su madre dejó el trapo a un lado y se cruzó de brazos. Su expresión se endureció.

—¿Dónde estabas?

—En el bosque, junto al búnker antiguo que descubrieron hace poco —sollozó Mia—. Grabamos un vídeo con Charlotte y ahora…

—No me dirás que de verdad estuviste en ese búnker en mitad de la noche —interrumpió su madre, horrorizada.

—Sí. —Mia bajó la vista.

—¿Sabes que está prohibido? Mia, es peligroso.

—Pero si no se trata de eso. —Mia había subido la voz para que su madre la dejara terminar—. ¡Charlotte ha desaparecido! —casi gritó—. Hoy no ha venido al colegio. La hemos buscado por todas partes, pero es como si se la hubiera tragado la tierra y tampoco contesta al móvil.

La madre de Mia palideció.

—¿Has preguntado en su casa?

—No —soltó Mia—. Quería llamar a su madre ahora mismo.

La madre de Mia dudó.

—¿No está el padre de Charlotte en la villa de al lado? Mejor le preguntamos primero a él. —Cogió la chaqueta y tiró de Mia—. Anda, vamos ahora mismo.

La furgoneta blanca de la empresa de pintura estaba aparcada en la entrada. La madre de Mia tocó el timbre con decisión, mientras Mia sentía como si le quitaran el suelo bajo los pies. Pasó un momento hasta que la madre de Lukas abrió la puerta.

—Buenos días, vivimos al lado. Me llamo Kerstin Bennet y esta es mi hija Mia. Nos alegra que se haya instalado aquí y queríamos darle la bienvenida. —La madre de Mia hizo una pausa y respiró hondo—. Pero también estamos aquí por otro asunto. Mi hija dice que su compañera de clase Charlotte ha desaparecido. ¿Está aquí su padre?

La madre de Lukas parpadeó sorprendida.

—Sí. Hoy le toca cocinar. Espere, le llamo enseguida. Lo siento, normalmente las invitaría a pasar, pero aquí hay todavía un caos tremendo. Pero lo dejaremos para otro momento. —Desapareció en el interior de la casa.

Mia exhaló temblando. Casi había esperado tener que entrar en la villa. Se alegró de no tener que hacerlo.

El padre de Charlotte apareció en la puerta.

—Kerstin, ¿qué tal estás? —preguntó sorprendido—. ¿Es cierto que venís por Charlotte?

La madre de Mia lo confirmó con expresión seria.

—¿Sabes dónde está? No ha ido al colegio y los chicos la han buscado por todas partes.

El padre de Charlotte frunció el ceño.

—Sinceramente, no tengo ni idea. Espera, voy a llamar a mi mujer. —Cogió el móvil y marcó un número.

—Soy yo —dijo—. ¿Está Charlotte contigo?

Mia no pudo oír la respuesta, pero en los ojos del padre de Charlotte algo cambió. Su actitud relajada se volvió de repente mucho más tensa.

—Llama a la policía. Normalmente siempre contesta el móvil. Aquí hay algo que no cuadra. —Colgó y se secó unas gotas de sudor de la frente.

—¿Cuándo viste a Charlotte por última vez?

Mia rompió a llorar. Contó lo del bosque y el búnker. El padre de Charlotte no dijo nada en todo el rato. Cuando Mia terminó, parecía aturdido.

—Gracias. Voy a buscarla. A lo mejor anda por ahí. —Salió a toda prisa por la puerta, pasando junto a Mia y su madre sin despedirse.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Nora Hoppe, que se había quedado en el pasillo.

—Por desgracia no sé cómo —respondió la madre de Mia y se encogió de hombros con impotencia—. Probablemente lo mejor sea avisar a la policía.

—Sí, eso será. ¡Santo cielo, espero que no le haya pasado nada a la chica!

De vuelta en casa, después de cenar, su madre la envió a la cama.

—No podemos hacer nada más por ahora, cariño. Deberías dormir. Charlotte aparecerá, ya verás.

Mia lo intentó, aunque estaba lejos de tener sueño. Pero no tenía fuerzas para una discusión con su madre. Lo que más habría querido era volver corriendo al búnker para buscar a Charlotte. Pero su madre tenía razón. No serviría de nada, Charlotte no estaba allí. Se subió la colcha hasta la barbilla y se quedó mirando la oscuridad de la habitación. Fuera aullaba el viento alrededor de la casa. Pensó en la excursión al búnker y se preguntó qué habría hecho Charlotte después. Debía de haber subido el vídeo a internet. ¿Y luego?

Mia no aguantaba más en la cama. Se levantó de un salto y fue hacia la ventana. La villa de al lado estaba a oscuras, solo había luz

en la planta baja. ¿Estaría Lukas aún despierto? Subió la mirada al primer piso. Su habitación estaba a oscuras. A pesar de ello, tuvo la sensación de ver una sombra detrás del cristal. Solo muy débil, pero estaba ahí. Mia entornó los ojos y alargó la mano hacia los prismáticos de su padre. ¿Sería imaginación suya?

La luna se abrió paso entre el manto de nubes e iluminó con su luz plateada la ventana. Mia percibió un movimiento. Una sombra. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Había venido el fantasma de su hermana muerta a anunciar una desgracia?

¡Qué disparate! Mia tenía que tranquilizarse. El fantasma de la noche anterior en el búnker había sido solo una persona de carne y hueso. Maurice había querido asustarlas y lo había conseguido. Probablemente Lukas estaba de pie detrás del cristal polvoriento, mirando hacia fuera exactamente igual que ella. ¿Por qué iba a poder dormir mejor que ella después de lo que había pasado?

¿O es que al final todo era completamente distinto?

Mia miraba a través de los prismáticos y creía reconocer la silueta de una mujer. ¿Y si allí, en la habitación de Lukas, no era otra que Charlotte? Mia pensó en los moratones del cuello de Charlotte, que había escondido bajo el pañuelo. ¿Y si alguien había maltratado a Charlotte y por eso se había escondido? Al fin y al cabo, la vieja villa vecina sería el último lugar donde alguien la buscaría. Ella era la mejor amiga de Charlotte; en su casa y también en la de Lisa la buscarían primero. En casa de Lukas, en cambio, nadie.

—¿Charlotte? —susurró Mia contra el cristal frío.

En ese mismo instante una nube se deslizó ante la luna y la ventana volvió a sumirse en la más profunda oscuridad. Mia siguió mirando durante minutos, pero la figura no regresó. ¿Estaba Charlotte huyendo de un agresor? Pero ¿quién podría ser?

Más tarde, ya de madrugada, Mia se metió de nuevo en la cama y soñó con su amiga hasta la mañana siguiente. Cuando sonó el despertador, se sentía cansada y destrozada. Se vistió y luego picoteó sin ganas el desayuno. La sombra detrás de la ventana de Lukas seguía rondándole la cabeza.

—Tienes una cara horrible —dijo su madre y le sirvió una segunda taza de café.

—He dormido fatal —murmuró Mia y bostezó agotada—. ¿Has sabido algo de Charlotte?

Su madre negó con la cabeza.

—Desgraciadamente no. Pero quizá la veas ahora en el colegio.

Mia revisó los mensajes de su móvil y supo que Charlotte no iría al colegio. Su amiga seguía sin dar señales de vida. Pero no contradijo a su madre.

Se obligó a levantarse y emprendió el camino al colegio. Mientras los demás alumnos reían y hablaban en el autobús, iba sentada en silencio en su asiento y se sentía vacía. La primera hora pasó de largo. Quizá también porque Lisa no estaba. Pero al menos le había mandado un mensaje diciendo que se quedaba en casa enferma. Suspiró y se arrastró hasta la segunda hora. Química con el señor Vogt. El aula olía a productos químicos. Normalmente no le molestaba, pero hoy aquella nota acre le irritaba la nariz. Le recordaba de forma inquietante al búnker.

El señor Vogt estaba de pie ante su mesa y ordenaba tubos de ensayo. Llevaba su bata blanca de siempre.

—Buenos días —los saludó—. Hoy continuaremos con los experimentos sobre plásticos. Por favor, poneos las gafas de protección.

Mia rebuscó mecánicamente en la mochila cuando de repente llamaron a la puerta. El señor Vogt se detuvo, un tubo de ensayo en la mano.

—Adelante —dijo con voz firme.

La puerta se abrió y la señora Arendt, la directora, entró. Tenía el rostro serio y estaba más pálida de lo habitual. Tras ella aparecieron dos policías uniformados. De inmediato un murmullo recorrió la clase.

—Señor Vogt, ¿me permite un momento? —preguntó la señora Arendt, aunque no sonó a pregunta.

—Por supuesto —respondió el señor Vogt y dejó el tubo de ensayo.

Uno de los policías avanzó. Su mirada recorrió la clase como si buscara a alguien. Luego se fijó en Mia. Le habría gustado hacerse invisible.

—Tenemos que hablar con algunos alumnos —anunció el agente —. Se trata de Charlotte Klein. —Hizo una pausa y de nuevo su mirada recorrió las filas—. Hay nuevas pistas que debemos investigar. —Levantó la mano y leyó de un papel—: Mia Bennet y Lukas Hoppe. ¿Serían tan amables de acompañarnos?

A Mia le dejó de latir el corazón por un instante. Lukas, que estaba sentado tres filas delante, se levantó lentamente. Se giró hacia ella. Tenía el rostro lívido. Mia también se levantó. Las piernas le temblaban y tuvo que agarrarse un momento a la mesa. Como en trance, siguió a Lukas y a los policías fuera del aula. El señor Vogt la miraba atónito al pasar. Mia apenas podía sostenerle la mirada. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Mia pensó que su vida, tal como la conocía, había terminado.

21

La aguja de los minutos del gran reloj de pared de la secretaría avanzó con un chasquido audible. Nora miraba fijamente la esfera, sin percibir de verdad la hora. En la pantalla, delante de ella, había un texto abierto que no había modificado desde hacía veinte minutos. Hoy era su primer verdadero día de trabajo, sin contar la adaptación del día anterior, y era una catástrofe. No se debía al trabajo, sino al caos en su cabeza.

La mirada de Nora volvió a dirigirse hacia la ventana, desde la que podía ver el patio del colegio y la entrada de vehículos. La noche había sido corta. Después de que el padre de Charlotte saliera disparado, completamente fuera de sí, en busca de su hija, había interrogado a Lukas durante horas. Él, sin embargo, aseguraba que no sabía dónde estaba Charlotte. Nora no había pegado ojo en toda la noche. Había esperado una llamada que la liberara de su miseria. Un mensaje que confirmara que Charlotte había regresado sana y salva a casa. En vano. Ni la llamada ni el mensaje habían llegado. En cambio, Lukas se había arrastrado hasta el colegio por la mañana como un zombi. Nora lo había acompañado e intentado que no se le notara nada. Un empeño inútil. Desde que la señora Schlueter se había marchado a una cita médica, no podía concentrarse en nada. A duras penas conseguía atender el teléfono. Pero el texto no podía revisarlo. Ya después de una línea su concentración se dispersaba de

nuevo. Volvía a los vaqueros manchados de sangre y a la camiseta sucia que había encontrado en la habitación de Lukas el día anterior. Lukas había jurado que se había herido con espinas en el bosque. Nora quería creerle. Tenía que creerle. Sin embargo, la noche anterior, cuando Lukas por fin se durmió, había puesto la lavadora. Sesenta grados, con prelavado y quitamanchas. Solo por si acaso.

De repente, un ruido de motor arrancó a Nora de sus pensamientos. Un VW plateado entró en el patio del colegio, seguido de un coche patrulla. Se quedó paralizada. Los vehículos se dirigieron directamente hacia la entrada principal y se detuvieron allí. Dos policías uniformados bajaron del coche patrulla, mientras que del coche plateado salieron una mujer y un hombre de paisano. La mujer llevaba un abrigo largo y claro; el hombre, una chaqueta de tela oscura. A Nora le palpitaba el corazón tan deprisa que se mareó. Tenía que avisar a Lukas. Ya tenía el móvil en la mano, pero lo dejó inmediatamente sobre la mesa. No podía llamar a Lukas. Estaba en clase. Con el señor Vogt, si recordaba bien.

La puerta de la secretaría se abrió de golpe y la señora Arendt entró como un huracán. La directora, normalmente tan serena, parecía pálida.

—Señora Hoppe —dijo sin aliento—. La policía está aquí por Charlotte Klein.

El estómago de Nora se convirtió en un agujero de lava incandescente. Lo había presentido.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¿La han encontrado?

La mirada en los ojos de la señora Arendt hizo innecesaria cualquier respuesta.

Nora se cubrió el rostro con las manos. —¿Está… está muerta? —balbució horrorizada.

—La han encontrado esta mañana. En un aparcamiento. Está muerta.

Las palabras penetraron en el cerebro de Nora sin que pudiera descifrarlas. No quería. No podía ser. Apenas habían llegado y ya se repetían las cosas horribles de las que habían huido. ¿Cómo era posible? Charlotte acababa de estar sentada en su cocina comiendo galletas. Lukas solo había tenido ojos para ella.

—Muerta —repitió mecánicamente, como si así pudiera comprender mejor las cosas.

—La policía quiere interrogar a Lukas y a algunos otros alumnos. Solo quería avisarla rápidamente —explicó la señora Arendt—. Su hijo fue uno de los últimos en verla. Y al parecer… bueno, hay indicios de una discusión.

Nora tragó saliva. No sabía qué decir al respecto. El pánico le oprimía la garganta. Veía a Lukas siendo llevado esposado.

¡No! No podía permitir que eso sucediera. Tenía que deshacerse de los vaqueros y la camiseta antes de que a la policía se le ocurriera registrar su casa. Conocía su forma de proceder. Lavar no era suficiente. La policía científica encontraría restos de sangre en la ropa de Lukas incluso ahora. Las prendas tenían que desaparecer, y ahora mismo.

—Creo que no me encuentro bien —susurró Nora débilmente, llevándose la mano al pecho.

—Por el amor de Dios, señora Hoppe, no se me desmaye ahora. —La directora la observaba preocupada—. Está usted completamente pálida. Creo que lo mejor es que dé por terminada la jornada. Vaya a casa y descanse. Todo esto es una pesadilla. La pobre chica. —Se acercó a Nora y la ayudó a levantarse.

Nora salió tambaleándose de la secretaría y alcanzó a ver a la señora Arendt apresurarse hacia la siguiente esquina. Esperaba que la policía no se llevara a Lukas a comisaría. Fuera como fuera. ¡Nora protegería a su hijo, costara lo que costara! Si había un registro domiciliario, los agentes no debían encontrar nada en la villa. Miró a su alrededor y, al ver que estaba sola en el pasillo, salió corriendo hacia la salida.

En cuanto se sentó en el coche, pisó el acelerador. Le habría encantado conducir a cien por hora por las calles, pero se contuvo. No podía llamar la atención bajo ningún concepto. Además, los pintores seguían en su casa. Tenía que comportarse sin levantar sospechas. Nadie debía darse cuenta de que estaba destruyendo pruebas. Pruebas que podrían incriminar a su hijo por asesinato.

¡Oh, Dios! ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué le pasaba esto precisamente a ella? La desesperación la abrumó por un momento.

Con dificultad se tragó el nudo de la garganta y parpadeó para contener las lágrimas que asomaban. Ahora no había tiempo para eso, tenía que funcionar. Y una cosa no debía olvidar: Lukas quizá no le había hecho nada a Charlotte. Él no sabía dónde estaba. Era muy posible que dijera la verdad. Algo le pellizcó el estómago. Aun así, no podía descartar completamente lo contrario.

Nora aparcó en la entrada junto a la furgoneta blanca. Bajó del coche y se sentía tan débil que apenas podía dar un paso. Abrió la puerta principal y se arrastró hacia la cocina, donde se dejó caer pesadamente en una silla, respirando con dificultad. Veía ante sí a la pobre Charlotte, que anteayer todavía estaba sentada en la silla de al lado. Estaba muerta y Nora solo pensaba en cómo podía hacer desaparecer la ropa potencialmente incriminatoria. ¿Era un monstruo? *No*, dijo una voz interior. *Lukas es inocente.* Pero si la policía descubría qué había sucedido en Hamburgo, lo prejuzgarían. Nadie le creería. Acabaría en la cárcel y ella tenía que impedirlo. Por otro lado, Charlotte le caía muy bien. ¿Por qué iba a matarla?

—Aquí está —interrumpió Gustav Kunze sus pensamientos. La observó y señaló el cubo de pintura que tenía en la mano—. Iba a llamarla para informarle de que hemos terminado. El sótano está vacío y todas las habitaciones están pintadas. A partir de ahora tiene la casa para usted sola. —Sonrió débilmente y preguntó—: ¿Se ha enterado de lo de Charlotte, la hija de mi empleado?

Nora suspiró. —Sí. Es algo terrible. La chica estaba aquí anteayer. No puedo creerlo.

Kunze bajó la cabeza. —Es increíble. Si pillo al tipo que lo hizo… —No siguió hablando, sino que cerró los puños con fuerza—. En cualquier caso, nos tenemos que ir. Si necesita ayuda con algo, no dude en llamar. —Se despidió de Nora y ella suspiró de alivio cuando Kunze y su compañero subieron a la furgoneta blanca y se fueron.

Se apresuró al lavadero y sacó los vaqueros y la camiseta de la cuerda. No quedaba ni rastro de las manchas de sangre. Aun así, Nora tenía que asegurarse. Buscó frenéticamente una bolsa de basura y metió dentro las prendas. Luego subió al primer piso y miró por toda la habitación de Lukas. La mochila negra le llamó la atención. Lukas la había llevado al búnker. Abrió la cremallera y

volcó el contenido sobre su cama. Salieron dos máscaras de buceo, una botella de agua vacía, ositos de goma y algo más que le cortó la respiración a Nora.

Una navaja de mango negro. Nora abrió la hoja y miró el metal frío. Luego sacó los vaqueros de la bolsa y examinó la tela rasgada. El desgarro no parecía haber sido causado por una hoja. A juicio de Nora, bien podrían haber sido espinas las que dañaron la tela. Sin embargo, no sabía mucho sobre esas cosas. Ni siquiera sabía que Lukas tuviera una navaja. Al menos la hoja estaba reluciente. Aun así, tenía que desaparecer.

Tiró la navaja a la bolsa de basura y bajó la escalera corriendo. Al pasar, cogió las llaves del coche y salió de casa. Guardó la bolsa en el maletero y arrancó. No podía deshacerse de las cosas en la basura de casa. Allí la policía miraría con toda seguridad en caso de registro domiciliario. ¿Debería ir al bosque? Pero ¿y si alguien la veía y apuntaba su matrícula? Nora decidió coger la autopista. Condujo hacia el sur y pisó el acelerador a fondo. En el retrovisor vigilaba cada coche. Aunque era completamente imposible, en su interior esperaba que la policía ya la estuviera siguiendo. Tensa, tras treinta kilómetros, entró en un área de servicio de la autopista. Por suerte allí solo había aparcados dos coches y un camión. Nora se detuvo delante de una papelera y tiró dentro la bolsa de basura. Cuando volvió a arrancar el motor, le temblaban las manos. Pero con cada kilómetro que recorría de vuelta a casa se sentía mejor. Había hecho lo correcto. Lukas era inocente. No había matado a Charlotte. Podía sentirlo en lo más profundo de su corazón de madre.

Pero entonces ¿para qué necesitaba una navaja?

Nora apartó la voz de su cabeza. Cualquier chico tenía una navaja hoy en día. Eso no significaba que la hubiera usado.

¿O sí?

22

A Mia le corrían las lágrimas por la cara. No podía detenerlas. Hasta el último segundo había abrigado la esperanza de que Charlotte siguiera viva. ¿Cómo era posible? En la esquina del despacho, que normalmente se utilizaba para reuniones con padres y entrevistas, estaba sentado el señor Kramer, su tutor de confianza. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Hemos sabido por Lisa Neumann que hubo una discusión en el búnker. ¿Puede contarnos algo más al respecto?

Las palabras penetraban en sus oídos como a través de algodón.

—¿Una discusión? —preguntó y miró hacia la puerta. A Lukas lo habían llevado a otra sala. Sin duda era una mala señal que los interrogaran por separado. Y al parecer ya habían estado con Lisa. Aunque estuviera enferma en casa o quizá precisamente por eso. Probablemente querían evitar que pudieran hablar entre ellos antes del interrogatorio. Pero ¿cómo había llegado la policía a la conclusión de que ellos tuvieran algo que ver con la muerte de Charlotte?

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Mia con voz entrecortada, porque entre todos los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza hacía mucho que había olvidado la pregunta de la policía rubia.

El agente uniformado la escrutó con severidad. —Señorita Bennet, por favor conteste primero nuestras preguntas.

—Está bien —dijo la policía, que se había presentado como investigadora de la policía judicial, e hizo un gesto con la mano—. Charlotte se cayó de un aparcamiento. Cayó desde veinte metros de altura.

Mia abrió los ojos de par en par. En su cabeza surgieron imágenes que no quería ver. Charlotte arriba en la azotea con vistas a la ciudad. La oscuridad a su alrededor. Solo los coches y las farolas daban un poco de luz. Un viento glacial le atravesaba el pelo. Tenía la cámara en la mano, completamente concentrada en su último vídeo, y luego daba un paso en falso. Un solo paso en falso. Caía y caía y caía. Mia se cubrió la cara con las manos. Maldita sea. No podía imaginarse el impacto ni el cuerpo de Charlotte destrozado contra el suelo. Su mejor amiga yacía inerte y rota en el asfalto frío. La lluvia le lavaba la sangre del pelo. ¡No! Las lágrimas le brotaban por la cara. ¡No! Aquello no podía ser verdad.

—¿Están seguros de que es Charlotte? —preguntó, porque no quería creerlo. ¿Cómo podía Mia seguir viviendo sin ella? ¿Qué valía la vida sin ella? Sin su curiosidad, su energía indestructible, sus ganas de vivir. Mia sollozó en voz alta. El señor Kramer carraspeó con discreción, pero no dijo nada.

—Lo sentimos mucho. Debe de ser muy duro para usted, pero es Charlotte, no hay duda alguna. Por desgracia. —La policía acercó la silla a Mia y le pasó un pañuelo.

—Pero Charlotte estaba grabando vídeos constantemente. No habría sido tan idiota como para caerse de un aparcamiento mientras lo hacía. No es una de esas idiotas de los selfis que se caen de un acantilado por hacerse una foto. Por eso simplemente no puedo creer que sea ella.

La policía la miró con compasión. —Su amiga no era ninguna idiota, eso puedo asegurárselo. —La policía respiró hondo. Mia vio sus ojos tristes y supo que estaba a punto de decir algo muy terrible —. Charlotte Klein fue asesinada. Alguien la levantó por encima de la barandilla del aparcamiento y luego la empujó al vacío. Una cámara de vigilancia lo grabó todo. No hay duda alguna. Por desgracia, no pudimos reconocer al autor.

Un silencio inquietante cayó sobre ellas. Mia fue incapaz de reaccionar. En su lugar, nuevas imágenes la invadieron. Charlotte en un aparcamiento oscuro, perseguida por un hombre gigantesco con brazos gruesos y mirada malvada. Corría hasta la siguiente planta, no encontraba la salida con las prisas, intentaba abrir varios coches, pero sin éxito. Gritaba pidiendo ayuda. Pero estaba completamente sola. Se refugiaba en la siguiente planta y quizá también en la de más arriba. Pero el hombre era como un perro de caza. Seguía implacablemente su rastro. No había escapatoria. Cerraba sus gruesas manos alrededor de su cuello, la levantaba como una muñeca de trapo y… ¡No, no, no! No seguir. Mia se secó las lágrimas de las mejillas y ahuyentó de su cabeza aquellas imágenes espantosas.

—¿Quién la mató? —preguntó con la voz ahogada.

—No lo sabemos. Por eso estamos aquí y hablamos con usted. Mia, usted es una de las últimas personas que la vio viva y, por tanto, una testigo importante. Ayúdenos a encontrar a su asesino. Usted también quiere eso. Y es lo único que aún puede hacer por su amiga.

Mia se limpió las mejillas mojadas con un gesto nervioso. —Por supuesto. ¿Cuál era su pregunta?

—Cuéntenos simplemente lo que pasó aquella noche, cuando grabaron en el búnker. Quién estaba presente, qué hicieron y si hubo alguna discusión.

Mia lo contó todo desde el principio. La idea de Charlotte de llevar a Lukas para conseguir más clics para su vídeo. Lo de Maurice, que probablemente les había estado acechando en el búnker. Su huida y la búsqueda del día siguiente, cuando habían encontrado la pulsera de Maurice en el suelo.

—¿Y Charlotte reconoció a Maurice en el vídeo? —preguntó la policía.

—No. No directamente. Vio su cámara. Es un modelo muy especial. Estaba completamente segura. Y luego quiso volver al búnker y continuar. Pero nosotros ya habíamos llegado hasta el borde del bosque. Estaba completamente oscuro. Lisa y yo teníamos miedo. Quiero decir, quizá Charlotte también se había equivocado.

La idea de que no fuera Maurice quien estaba esperando abajo en el búnker, sino otra persona, era demasiado aterradora. No queríamos entrar otra vez, pero de repente Charlotte se fue disparada sin nosotras. Se internó en el bosque. Lukas intentó detenerla, pero no hubo manera. Cuando Charlotte se mete algo en la cabeza, lo hace. Siempre fue así.

La policía tomó un par de notas. —¿Y entonces se fueron directamente a casa?

Mia asintió.

—¿Qué pasó con Lukas y Lisa?

—Ellos también.

—¿Lo vio?

Mia reflexionó. —Lisa tenía que girar a la derecha, yo a la izquierda hacia la Weidenstrasse. Allí nos separamos.

La policía extendió un plano de la ciudad sobre la mesa y señaló con el bolígrafo el comienzo de la Weidenstrasse. —¿Fue en este lugar?

Mia volvió a asentir.

—¿Y dónde estaba Lukas?

Mia la miró desconcertada. —Dijo que iba detrás de mí. Somos vecinos. Pero, para ser sincera, no me di cuenta. Tenía los nervios destrozados y solo me alegré de llegar a casa.

—Eso lo puedo entender perfectamente —contestó la policía—. ¿Sabía su madre dónde estaba?

Mia sintió que le subía el calor a la cara. Miró brevemente hacia el señor Kramer, que visiblemente estaba incómodo.

—No —dijo por fin, rascándose avergonzada el cuello—. Le mentí. Jamás me habría permitido participar.

La policía le lanzó una mirada extraña. Casi como si quisiera preguntarle: *¿Y ahora también me está mintiendo a mí?* Pero no expresó sus pensamientos en voz alta, sino que volvió a garabatear algo en su bloc de notas.

—¿Desde cuándo conoce a Lukas Hoppe? —quiso saber a continuación.

—Desde que se mudó a la casa de al lado.

—Aparte de la excursión al búnker, ¿tuvo contacto con él fuera del colegio?

Mia esquivó su mirada. —No. No puedo entrar en la villa de al lado.

La policía dejó de escribir. —¿Y por qué?

De repente, las lágrimas volvieron a acudir a los ojos de Mia. —Mi hermana murió allí —susurró, y cogió el pañuelo.

Aquel garabateo constante la sacaba de quicio. ¿Es que aquella policía estaba apuntando toda su vida? ¿No debería buscar mejor al asesino de Charlotte? Mia no podía ayudarla más.

—Lo siento —dijo la policía, aunque no quiso profundizar en ese tema—. ¿Y qué hay de la relación entre Lisa y Lukas? ¿Se conocían mejor ellos dos?

Mia pensó en lo enamorada que Lisa estaba de Lukas. Pero algo muy dentro de ella le advirtió que no revelara esos sentimientos delante de la agente.

—No, Lukas es nuevo en el colegio. Charlotte era quien más trato tenía con él, porque su padre reformó la casa. Lo visitó y por eso conoció a Lukas antes que nosotras. Ella siempre iba detrás de sensaciones fuertes, y sobre Lukas había rumores. —Se mordió la lengua. La última frase se le había escapado sin más. Maldita sea. No había querido decir eso. Pero ya era demasiado tarde. La policía la observó con atención y se inclinó un poco hacia delante.

—¿Qué rumores?

Mia tomó aire. No quería meter a Lukas en problemas. Por otro lado, la policía lo descubriría de todos modos. Si es que había algo que descubrir. En cualquier caso, Mia ya no podía imaginárselo.

—Lukas es un chico majo —se apresuró a decir—. Pero una chica afirmó, la semana antes de que él empezara aquí, que había asesinado a su novia en Hamburgo.

—¿Ah, sí? —se le escapó a la policía, y ya estaba otra vez garabateando con el bolígrafo sobre el papel.

—Sí. Lo siento. No quiero seguir difundiendo esas tonterías. Creo que no es verdad en absoluto.

La policía dejó de garabatear y hojeó sus notas. —Esa chica se llama Emma Barns y la sorprendieron escuchando a escondidas en la

secretaría.

Una vez más, los ojos penetrantes de la policía examinaron a Mia. Tanto que tuvo la sensación de estar sentada desnuda delante de ella.

—Emma seguramente oyó mal —murmuró.

—¿Charlotte y Lukas se llevaban bien?

—Sí. Creo que sí. En cualquier caso, nunca los vi discutir. Como he dicho, solo aquella noche después de la excursión al búnker Charlotte estaba bastante enfadada y volvió a marcharse por su cuenta. Lo que pasó después, por desgracia, no lo sé.

—¿No ha tenido contacto con ella desde entonces?

—No. Me fui a la cama y a la mañana siguiente no estaba en el colegio.

—Pero todavía subió el vídeo a internet. ¿No le dijo a usted adónde quería ir después?

Mia suspiró en voz baja. —Por desgracia, no. Si no… —No siguió hablando, pero lo pensó: si no, quizá aún estaría viva. ¿Por qué demonios no le había dicho nada su amiga?

Mia conocía la respuesta. Porque Charlotte estaba enfadada con ella y porque sabía que Mia no habría salido de su habitación por segunda vez aquella noche.

—Creo que de momento eso es todo. Puede volver a clase. Si se le ocurre algo más, por irrelevante que parezca, llámenos, por favor. De día o de noche. —La policía le puso una tarjeta de visita en la mano.

Mia cogió la tarjeta; sentía los dedos entumecidos. Echó la silla hacia atrás y se levantó, enormemente aliviada de que el interrogatorio hubiera terminado. El señor Kramer volvió a asentirle, pero permaneció sentado, porque probablemente el siguiente alumno ya estaría esperando para declarar como testigo. Sin embargo, cuando se dirigió a la puerta, una sensación terrible la corroía por dentro. No debería haber contado lo de Lukas. ¿Por qué demonios se le había escapado aquel rumor estúpido? Abrió la puerta del pasillo. Fuera esperaban otros dos agentes. Entre ellos, con los hombros caídos y el rostro pálido, estaba Lukas. Levantó la

cabeza al verla. En sus ojos verdes había puro miedo. Un policía le puso la mano en el hombro y lo empujó hacia la salida.

—¿Lukas? —susurró Mia. Pero él no respondió.

Cuando lo llevaron junto a ella, oyó a uno de los agentes hablar por la radio.

—Lo llevamos a comisaría —dijo con voz profunda.

Mia se mareó. Oh, no. No había querido eso. Le volvieron a brotar las lágrimas mientras veía cómo Lukas desaparecía del colegio con los agentes.

23

El camino hasta la puerta de casa de Lisa parecía un maratón. Mia no había vuelto a clase. ¿Cómo iba a hacerlo? De todas formas, ya no podía pensar con claridad. Además, las lágrimas no dejaban de correrle por las mejillas. Charlotte ya no estaba. ¿Cómo iba a poder superarlo alguna vez?

Necesitaba a alguien con quien hablar y ¿quién mejor que Lisa? Además, la policía ya había estado con ella, así que nadie podía acusarla de querer influir en los testigos. Como Lisa ya había hecho su declaración, Mia estaba fuera de peligro.

Con los pies de plomo se acercó a la puerta y pulsó el timbre de la casa de los padres de Lisa. Aunque brillaba el sol, Mia tenía frío. Se cruzó de brazos para protegerse del viento. Pareció una eternidad hasta que por fin se abrió la puerta.

Lisa tenía un aspecto horrible. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Además, se apretaba una bolsa de gel frío contra la mandíbula.

—Mia —dijo con voz ronca, y se hizo a un lado.

Mia se lanzó al cuello de Lisa sin importarle sus dolores de muelas. Pasaron varios minutos abrazadas sin más. Mia habría querido no soltarla nunca.

—La policía ha estado aquí —sollozó Lisa—. Aún no puedo creerlo.

—Es tan terrible —susurró Mia, pasándole la mano por la espalda.

Subieron al dormitorio de Lisa. Lisa se dejó caer en la cama y Mia se sentó a su lado, abrazándose las rodillas.

—¿Quieres té de manzanilla? —preguntó Lisa, señalando una tetera de la que salía vapor.

—No, gracias. —Mia no tenía hambre ni sed.

El silencio se extendió entre ellas. Pero no duró mucho.

—¿Te preguntaron también por Lukas? —quiso saber Lisa.

Mia bajó la vista. —Querían saber si había habido una discusión entre nosotros. Lo peor fue que se llevaron a Lukas después del interrogatorio.

—¿De verdad?

—Sí. Me temo que es culpa mía. Les conté los rumores de Hamburgo. Fue un accidente. No quería hacerlo. Simplemente se me escapó. —Miró a Lisa suplicante—. No es un asesino, ¿verdad?

Lisa no respondió inmediatamente. Frunció el ceño y se sonó la nariz con un pañuelo. —Bueno, creo que ya saben lo que pasó en Hamburgo. A mí me querían sacar si Lukas de verdad había vuelto a casa. ¿A ti también?

—Sí —respondió Mia—. Pero no pude confirmarlo. No me fijé. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Probablemente por eso lo han detenido.

—No llevaba esposas. Pero lo llevaron a un coche policial.

—¿Crees que mató a Charlotte? —Los ojos de Lisa se abrieron de par en par de horror.

—No lo sé —respondió Mia, pasándose la mano por el pelo con desesperación—. Deberíamos averiguar qué pasó de verdad. ¿Adónde fue Charlotte esa noche y cómo acabó en ese maldito aparcamiento?

—¿Aparcamiento? —Al parecer, Lisa aún no sabía los detalles de cómo murió Charlotte.

—Alguien la empujó desde el aparcamiento. Una cámara de vigilancia lo grabó.

Lisa la miró con horror. —¿Cayó al vacío?

Mia asintió y sacó el móvil del bolsillo. —Quizá deberíamos empezar por el último vídeo que Charlotte subió.

Lisa se acercó más a Mia. Juntas se quedaron mirando la pequeña pantalla. Se sentía mal ver reír a Charlotte, sabiendo que nunca volvería a reír. Su amiga asesinada echaba el pelo hacia atrás y entraba en el búnker. Lukas entró primero. Ellas lo siguieron. La escena de la esclusa de aire aparecía casi sin cortes, igual que el resto. El ruido, la sala oscura y la cámara de Maurice, que aparecía justo al final antes de que salieran corriendo del búnker.

—¿De verdad es la cámara de Maurice? —preguntó Lisa.

—Creo que sí. También encontré su pulsera. Aquí mismo. —Pausó el vídeo y tocó un lugar en el suelo—. Busqué a Charlotte allí con Lukas cuando tú estabas en el dentista.

Mia dejó que el vídeo siguiera. Alguien cantaba una canción infantil. Sonaron gritos y luego pasos fuertes. La cámara se movía. La luz destelló dos o tres veces más. Entonces la pantalla se oscureció. Mia miraba fijamente la pantalla negra, incapaz de apartar la vista del móvil. Debajo del vídeo, el número de visualizaciones iba aumentando.

—Lee los comentarios —susurró Lisa—. ¿Ya se han enterado?

Mia deslizó el dedo hacia abajo. Se le revolvió el estómago con lo que leyó. Los rumores corrían como la pólvora.

¿Dónde estás?

¿Todo bien?

He oído que está muerta.

RIP.

El vídeo es falso, gente. Pura farsa para clics.

Que descanses en paz, ángel.

—Se propaga a toda velocidad —murmuró Mia, horrorizada. Se sentía mal. Esos desconocidos buscaban sensaciones, mientras que su mejor amiga estaba muerta de verdad.

—Quítalo —pidió Lisa—. No puedo leer esto. No quiero ni pensar que uno de ellos sea el asesino. Quizá Charlotte tuviera un acosador.

A Mia se le erizó el vello de la nuca. —Supongo que la policía revisará bien esos comentarios. Si uno de ellos tiene a Charlotte sobre la conciencia, lo atraparán.

—¿Y ahora? —preguntó Lisa con miedo—. ¿Deberíamos hablar con Maurice? Es decir, si de verdad estuvo allí, quizá vio a alguien más en el búnker aparte de nosotros.

—Espera —dijo Mia, que apenas había prestado atención—. Esas luces al final de la grabación me parecieron extrañas. —Reprodujo los últimos treinta segundos a cámara lenta. La oscuridad de la pantalla se rompía con un resplandor y unos sonidos que parecían motores.

—Eso no son árboles —observó Lisa, inclinándose más hacia el móvil de Mia—. Veo farolas. Para aquí.

Mia hizo lo que le pedía. Lisa tocó la pantalla emocionada y la miró.

—¡Es el aparcamiento! —soltó con un hilo de voz—. Charlotte no volvió al búnker. Fue al aparcamiento.

—Y así fue directa a los brazos de su asesino. Lisa, deberíamos ir allí. Quizá descubramos algo. Vamos justo al lugar donde Charlotte grabó el vídeo.

Poco después estaban frente al único aparcamiento de la ciudad con seis plantas. La luz azul de los vehículos policiales se reflejaba en los cristales de las tiendas de alrededor. Cintas de balizamiento rojas y blancas ondeaban al viento y cerraban el aparcamiento en un amplio perímetro. Una multitud se había formado ante la entrada.

—¿Qué pasa allí? —preguntó Mia y, como respuesta, apareció un técnico de la policía científica vestido completamente de blanco, con una maleta en la mano. Abrió el maletero de un vehículo policial y metió la maleta dentro. Con una caja grande en las manos, volvió al aparcamiento.

—¿Habrán encontrado una pista? —Lisa se puso de puntillas e intentaba ver algo por encima de la multitud.

—Puede ser. —Mia se subió el cuello de la chaqueta. Tenía frío y ante la idea de que Charlotte se hubiera precipitado desde la azotea del aparcamiento, se le revolvió el estómago. Miró hacia arriba, a la barandilla en la que también ondeaba cinta de balizamiento roja y blanca, como una advertencia en el viento. ¿Era ese el lugar desde donde cayó Charlotte? Sacó el móvil del bolsillo y miró los últimos segundos del vídeo donde se veía el aparcamiento.

—Mierda. No podemos llegar a ese lugar. Ahí delante está acordonado —murmuró Mia, paseando la mirada por la multitud. De pronto se detuvo. Un poco apartado de toda la gente, a media sombra de un portal frente al aparcamiento, vio un rostro conocido. Parpadeó, pero al parecer no se equivocaba. Vestido con su típica chaqueta de cuero, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, allí estaba Maurice, mirando fijamente hacia la barandilla del aparcamiento, exactamente al lugar donde Charlotte debía de haber caído.

Mia le dio a Lisa un pequeño codazo. —Mira quién está ahí.

Lisa siguió su mirada y contuvo la respiración. —No me lo creo. ¿Qué está haciendo Maurice aquí?

—Ahora lo descubriremos. —Mia observó a Maurice. No parecía triste ni afectado. Su expresión era impenetrable. Pero observaba la escena del crimen como si estuviera comprobando si la policía hacía bien su trabajo o si encontraba algo que no debería encontrar.

24

La mañana siguiente fue como un déjà-vu. Aunque habían abandonado Hamburgo, el pasado no quería descansar. La policía parecía haberse convertido en la acompañante constante de Nora. Al menos no habían detenido a Lukas, de momento. Entró en el recinto escolar con la sensación de sumergirse en un mundo paralelo. La tensión flotaba en el aire. Ningún alumno reía en el patio ni en el edificio del colegio. En cambio, susurraban. Tan pronto como pasaba un profesor o —aún peor— un agente uniformado, las conversaciones enmudecían.

Nora vio a Lukas caminando por el pasillo. Iba solo hacia su aula. Esa mañana había insistido en ir al colegio antes que ella. Nora no sabía si se debía a la pubertad o a algo más. Lo cierto era que la tarde anterior lo había recogido de la comisaría. Lukas le había confesado entre lágrimas en el coche por qué había ido con los agentes.

—El tutor de confianza ya estaba con Mia para su declaración. La señora Arendt quería estar conmigo. Pero eso no podía permitirlo —había sollozado Lukas—. Como directora, ella decide al final si puedo seguir en el colegio. Si la policía hubiera preguntado por Hamburgo, ahora lo sabría todo. Eso no lo quería.

Los agentes lo habían dejado esperando en la comisaría hasta que Nora llegó, y luego comenzaron el interrogatorio en su

presencia. Tampoco habían sido precisamente delicados con ellos. Lukas les había contado lo que pasó en Hamburgo y, por supuesto, se lanzaron sobre ello. No tenían acceso a los expedientes, porque Lukas no solo era inocente, sino también menor de edad. Aun así, tras su declaración, ataron cabos de forma equivocada.

—¿Y su hijo volvió a casa a las once de la noche? —preguntó desconfiado el agente de la policía judicial a Nora.

Lo había confirmado varias veces. Pero en los ojos del agente leía que no le creía ni una palabra. Si supiera que además había destruido pruebas, probablemente habría acabado entre rejas. Junto con Lukas, a quien ahora de todos modos habían tachado de asesino.

Daniel Hagen, el profesor de educación física, pasó apresuradamente a su lado, dirigiéndole una mirada extraña.

—Buenos días —murmuró y se apresuró hacia el gimnasio.

Tampoco la profesora de matemáticas se paró, sino que pasó a su lado con paso firme y un saludo escueto. ¿Lo sabían todos?

Tranquilízate, Nora. Nadie sabe nada del incidente en Hamburgo y seguirá siendo así porque tú no les dirás nada al respecto. Y Lukas es y seguirá siendo inocente. No hay razón para perder la cabeza. Solo mantén la calma y sigue adelante. En un par de días ya no habría policías merodeando por aquí. Tarde o temprano resolverían el asesinato de Charlotte. La vida continuaría y recuperaría su pequeño paraíso. Nora avanzó tambaleándose por el pasillo hacia la secretaría, donde la señora Schlueter la recibió con expresión seria.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja, pues la puerta del despacho de la directora estaba abierta.

—Sí, gracias. Solo sigo en estado de shock. Siento muchísimo lo que le ha pasado a Charlotte.

La señora Schlueter le puso una mano consoladora en el hombro. —Es una tragedia, señora Hoppe. Todos estamos consternados. Una vida tan joven, simplemente extinguida.

Nora suspiró. —Sí, me faltan las palabras y me pregunto quién demonios pudo hacer algo así.

—Es absolutamente terrible —convino una voz profunda y tranquila.

Nora se giró. Thomas Vogt estaba en el marco de la puerta con una taza de café humeante. Hoy no llevaba la bata blanca sobre la ropa. Se había subido las mangas del jersey gris de punto y le sonreía.

—Señor Vogt —dijo Nora y fracasó en el intento de forzar también una sonrisa. Estaba demasiado tensa—. No le he oído llegar.

—No me extraña con todo este alboroto. —Se acercó un paso y le tendió el café a Nora—. Tenga, he pensado que le vendría bien. Probablemente no ha pegado ojo en toda la noche. —La observó preocupado.

Nora asintió. —Desde luego, me imaginaba mi comienzo de otra manera —confesó.

—Me lo imagino. Pero no deje que esto la vuelva loca.

—Gracias por el café —dijo y tomó un sorbo. La bebida le sentó bien. Tuvo la sensación de que se le aclaraba un poco la niebla de la cabeza—. Solo es difícil fingir que hoy es un día completamente normal.

—Eso no lo espera nadie, seguro. Todo el colegio está en estado de alerta. Creo que la situación no se normalizará hasta que la policía tenga al culpable. —Suspiró ligeramente—. Hasta entonces tenemos que aguantar como podamos. Por cierto, en la sala de preparación de química también tengo una cafetera, por si más tarde necesita un cambio de aires.

—Es muy amable de su parte, señor Vogt. Quizá le tome la palabra.

—Con mucho gusto, y llámeme Thomas, por favor —respondió y salió de la secretaría con una sonrisa.

Apenas había desaparecido de la sala cuando se hizo oír la señora Arendt.

—Señora Hoppe, la policía quiere los listados de alumnos de décimo, undécimo y duodécimo. ¿Puede preparar dos copias, por favor?

—Por supuesto. —Nora se puso a trabajar de inmediato. Cuando descubrió el nombre de Lukas en el listado impreso, se le encogió el corazón. Los pensamientos sobre la bolsa de basura en el área de

servicio de la autopista y el incidente en Hamburgo no la dejaban en paz.

25

—Maurice, ¿tienes un momento? —preguntó Mia y dio unos pasos rápidos hacia él.

La noche anterior no habían podido hablar con él. Había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Mia lo había buscado con Lisa durante un rato, pero fue en vano. Sin embargo, hoy en el colegio no podía escapar de ellas. Mia quería saber qué hacía en el aparcamiento y si había visto a Charlotte la noche de su muerte.

—El asesino siempre regresa al lugar del crimen —había dicho Lisa, y el pensamiento le provocó un escalofrío por la espalda.

Le gustaba Maurice. Para ella, era el chico más guay del colegio, aunque estuviera con Anne. Estaba completamente segura de que no le había hecho nada a Charlotte.

Maurice se detuvo y se dio la vuelta lentamente hacia ella. Se cruzó de brazos y la observó con una ceja alzada.

—Vaya, si es Miss Marple —dijo con una sonrisa burlona en las comisuras de los labios—. ¿Ahora me persigues hasta el baño de tíos?

Mia sintió cómo le subía el rubor a la cara, pero se obligó a sostenerle la mirada.

—Te vimos ayer por la noche en el aparcamiento de la ciudad. ¿Qué hacías allí?

Maurice soltó una risa suave. —Vaya, me habéis pillado. Llama al FBI o, mejor aún, ve a secretaría, que ahora anda por allí media docena de maderos.

—No tiene gracia, Maurice —siseó Mia y dio un paso más hacia él, lo suficiente para oler su perfume. Una mezcla de almizcle y menta le inundó la nariz. De nuevo le subió el rubor a las mejillas. Respiró temblorosa y luego susurró—: Lisa dice que los asesinos vuelven a menudo al lugar del crimen. Así que, ¿qué hacías en el aparcamiento?

La sonrisa se le borró del rostro. Descruzó los brazos y se plantó delante de ella. De repente ya no parecía divertirse, sino estar harto.

—Lisa ve demasiadas películas malas —respondió secamente—. Era una de unas cien personas que se habían reunido delante del aparcamiento. ¿De verdad crees que cada una de ellas es un asesino?

—No, claro que no —admitió Mia en voz baja—. Solo me preguntaba…

—Venga, piensa un poco —la interrumpió Maurice—. Vivo allí, Sherlock. Si hubieras hecho los deberes, lo sabrías. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. Da igual. No te avergüences. Al menos demuestra que no eres una acosadora siniestra. —Le dedicó una sonrisa pícara. A Mia se le aflojaron las rodillas en el acto. No sabía si le caía bien o simplemente se estaba burlando de ella. En ese momento le daba completamente igual. Estaba embobada con su cercanía.

—En todo caso, quería saber qué pasaba allí. —Una sombra le cruzó el rostro—. Lo que le ha pasado a Charlotte es horrible de verdad. No es que me cayera especialmente bien. Pero no se lo merecía. Lo siento muchísimo. Sé que era tu mejor amiga.

Mia sintió cómo las lágrimas le subían. Para su sorpresa, Maurice no se burló de ella. Hizo algo completamente diferente, algo que jamás se le habría ocurrido. La rodeó con los brazos y la atrajo suavemente hacia sí.

—Si puedo ayudarte de alguna manera, solo tienes que decirlo —le susurró al oído—. Quizá no sea comparable, pero el año pasado murió mi abuela y también fue muy duro para mí.

—Gracias —dijo Mia confusa, se separó de él y se secó las lágrimas con la manga—. Me siento fatal. No debería haberla dejado sola, pero después de nuestra excursión al búnker solo quería irme a casa. Nos diste un susto de muerte. Fuiste tú, ¿verdad? —Sacó la pulsera del bolsillo y se la tendió a Maurice.

—Pues claro que estuve en el búnker —admitió sin rodeos, como si fuera lo más normal del mundo—. Charlotte lo convirtió en un secreto enorme y no pude resistirme. Perdona, quería asustaros, pero no meteros tal pánico.

Mia sorbió por la nariz. —En mi vida había pasado tanto miedo. Pero lo que quiero saber es: después de que todos saliéramos corriendo, ¿volvió Charlotte al búnker?

Maurice negó con la cabeza. —Al menos no mientras yo estuve allí. Me fui unos diez o quince minutos después que vosotros.

—¿Y te la cruzaste? Quiero decir, ella volvió al bosque, en dirección al búnker. El aparcamiento queda justo en la dirección contraria.

Maurice levantó las manos con impotencia. —No la volví a ver. Ni idea de adónde se fue corriendo.

Su voz vibró levemente y por una fracción de segundo Mia tuvo la sensación de que no estaba diciendo toda la verdad. Pero antes de que pudiera insistir, apareció una agente de policía en el pasillo y se detuvo junto a ellos.

—¿Maurice Stegmann? —preguntó—. Acompáñeme, por favor. Tenemos algunas preguntas que hacerle.

—Pero si ayer ya lo dije todo —replicó Maurice.

—Han surgido algunas novedades sobre las que necesitamos su declaración —explicó la agente, y su tono no admitía réplica.

A Maurice se le abrieron los ojos de par en par. Miró a Mia con expresión acusadora, como si ella o Lisa lo hubieran delatado. Sin decir una palabra más, se marchó con la agente.

26

Lisa estaba de pie ante el baño de chicas y se mordía el labio inferior. Mia se precipitó hacia ella con el corazón desbocado.

—Lisa —jadeó y la arrastró consigo hacia un rincón entre el baño y la sala de fotocopias, donde nadie que pasara por el pasillo pudiera verlas ni oírlas.

—¿Has hablado con Maurice? —preguntó Lisa alarmada.

—La policía se lo ha llevado —dijo Mia con voz ronca—. Delante de mis narices. Vino una agente y se lo llevó. Estaba totalmente en shock.

Lisa palideció. —¿En serio? Pero si ya lo interrogaron ayer.

—A mí también me extrañó. La agente dijo que había novedades. Ni idea de cuáles. En todo caso, poco antes me juró que no había vuelto a ver a Charlotte después de que saliéramos corriendo del búnker. Dice que se marchó unos diez minutos después que nosotras.

—¿Y le crees?

Mia sintió un pinchazo en la boca del estómago. —Creo que sí. Pero me miró de una forma muy rara cuando la agente se lo llevó. —Dejó escapar un suspiro profundo—. ¿La verdad? No lo sé.

—Vaya. —Lisa la miraba incrédula—. Yo sospechaba más de Lukas, la verdad. Que Maurice fuera capaz de hacer algo así… —No terminó la frase y levantó la mano de repente. Unos pasos rápidos

se acercaban. Mia reconoció a la agente de paisano que la había interrogado el día anterior. Su tarjeta de visita seguía en el bolsillo de Mia.

—¿Señor Hagen? —lo llamó la agente con voz firme—. Me alegro de encontrarle aquí. ¿Podría responderme a una pregunta?

Daniel Hagen venía de la otra dirección. Mia y Lisa se pegaron más al rincón.

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el profesor de educación física, encantador como siempre.

La agente le mostró una tableta y deslizó el dedo por la pantalla. —Usted dirige el taller de medios. ¿Reconoce este objeto?

Ni Mia ni Lisa podían ver la pantalla desde su posición. Mia se estiró un poco, pero fue inútil. Solo vio cómo Daniel Hagen entornaba los ojos y se pasaba el dedo índice por la barbilla.

—Sí, ese cacharro me suena —dijo el señor Hagen—. Es una cámara, una Sony. En blanco no es muy habitual. Pero parece bastante destrozada. El adaptador del objetivo no tiene arreglo.

—Un convertidor gran angular —corrigió la agente con tono profesional—. Hemos asegurado la cámara justo al lado del lugar donde se halló el cadáver. Se dañó con el impacto, pero la tarjeta de memoria está intacta.

Mia ahogó un grito, horrorizada. *Junto al cadáver*. Intercambió una mirada de espanto con Lisa.

—¿Sabe a quién pertenece la cámara? —preguntó la agente.

—Con bastante seguridad —respondió Hagen—. En mi taller solo la usa uno. Maurice Stegmann. Pero ¿cómo ha llegado su cámara al lugar del hallazgo?

—Eso lo averiguaremos. Gracias, señor Hagen. Nos ha ayudado muchísimo. —Se dio la vuelta y se alejó en dirección a secretaría.

Daniel Hagen se quedó un momento parado. Durante un instante terrible, Mia temió que las hubiera descubierto. Pero no las vio. Se pasó la mano por el pelo con gesto nervioso. Estaba pálido. Luego se fue en la dirección contraria.

Mia se dejó caer contra la pared, sin aliento. —Ha faltado un pelo —susurró.

—¿Has oído eso? —preguntó Lisa. Le temblaba la voz—. Te ha mentido. ¿De qué otra forma iba a llegar su cámara hasta Charlotte?

Mia asintió en silencio. De pronto todo cobraba un sentido terrible. Todas las piezas del rompecabezas parecían encajar.

—La empujó desde el aparcamiento y su cámara cayó al vacío con ella —dijo al cabo de un rato con voz inexpresiva. Se le contrajo el estómago de dolor. Maurice podría ser el asesino y ella acababa de dejarse abrazar por él.

27

El silencio de la casa le parecía diferente a Nora aquella tarde. Ya no como la calma amenazante antes de la tormenta que en los últimos días casi le había hecho perder la cordura, sino más bien como una liberación, una libertad recuperada.

La policía se había llevado a Maurice Stegmann para otro interrogatorio. Nora se apoyó en la encimera de la cocina y miró fijamente la copa de vino medio llena. No debería estar bebiendo, pero el alivio de que no fuera su hijo, sino otra persona, quien estaba ahora en el punto de mira de la investigación por asesinato la había empujado al alcohol. Solo quería concederse un momento de tranquilidad después del ajetreo de los últimos días. No bebería demasiado. No. Lo tenía bajo control.

Pese al alivio, la mala conciencia le roía por dentro. No estaba bien alegrarse de la desgracia de otro adolescente. Y sin embargo: se sentía infinitamente aliviada de que le hubiera tocado a Maurice. Era un pensamiento egoísta y feo. Lo ahogó rápidamente con otro trago de vino.

Lukas se había encerrado en su habitación nada más llegar del colegio. Nora solo se había asomado un momento. Estaba tumbado en la cama con los auriculares puestos, tecleando en el ordenador portátil. Normalmente le habría dicho que saliera a tomar el aire,

pero hoy lo dejó tranquilo. También él necesitaba tiempo para asimilar lo ocurrido.

Nora dio otro pequeño sorbo a su copa de vino cuando sonó el timbre de la puerta. Se quedó paralizada a medio movimiento. ¿Era la policía? Dejó la copa en la cocina y cruzó el pasillo. En la puerta miró primero por la mirilla y respiró aliviada.

—¿Daniel Hagen? —preguntó sorprendida al abrir.

—Nora, perdona la molestia —dijo con voz extrañamente tensa —. Lukas se ha dejado hoy la bolsa de deporte en el gimnasio. Lleva la cartera dentro y, como pasaba por la zona, quería traerle sus cosas. —Levantó una bolsa azul y esbozó una sonrisa, dejando ver dos hoyuelos en las mejillas.

—Gracias. —Nora le cogió la bolsa de deporte—. Es muy amable de tu parte. Pasa a tomar un café.

Daniel Hagen no se hizo de rogar. Entró al instante y miró a su alrededor.

—Vaya. La casa ha quedado preciosa —constató. Su mirada recorrió la cómoda, los zapatos de Nora, las fotos de la pared. Escaneaba la casa como si buscara algo.

—La cocina es por aquí. —Nora dejó la bolsa de deporte y señaló la puerta de la izquierda.

Daniel se sentó en una silla junto a la encimera y volvió a mirar a su alrededor.

—He visto el vídeo que Charlotte hizo de esta casa —admitió al cabo de un rato sin rodeos—. Pero recién reformada, por dentro tiene un aspecto completamente distinto.

Nora dejó escapar un suspiro quedo. —Charlotte me habló de su vídeo. Todavía no lo he visto. —Se detuvo—. Yo… bueno, seguramente ya no lo veré. Siento muchísimo lo que le ha pasado.

Daniel tragó saliva y se pasó la mano nerviosamente por el pelo espeso. —Es demasiado triste. Era una chica muy maja. Espero que encuentren pronto a su asesino. —La miró con sus ojos azules—. Charlotte y Lukas se llevaban bien, ¿no?

Nora encendió la cafetera y suspiró. —Sí, Charlotte vino varias veces porque su padre era uno de los pintores que habían pintado la

casa. Lukas le tenía mucho cariño. Todo esto le está afectando mucho.

—¿Está en casa?

Nora señaló hacia arriba. —Se ha metido en su habitación. Hoy como mucho lo veré a la hora de cenar. —Le pasó a Daniel una taza de café sobre la encimera.

—Si se llevaban tan bien, entiendo que Lukas debe de estar destrozado. ¿Hablaba mucho del colegio?

—¿A qué te refieres? —Nora se sirvió también una taza de café y se colocó justo enfrente de Daniel, al otro lado de la encimera.

—Bueno, las chicas de esa edad suelen hablar sin parar de sus preocupaciones, sus problemas o la gente que les molesta. —Sus ojos se clavaron de pronto en Nora con una intensidad que le cortó la respiración.

—No hablaba mucho del colegio. Lo que le importaba eran sobre todo sus vídeos. Por eso convenció a Lukas y a otras dos chicas para grabar con ella de noche en el búnker.

Daniel Hagen bajó la mirada. En el cuello le brillaba una mancha roja. —La cámara. Eso me está afectando mucho… —Respiró hondo y volvió a levantar la vista—. La policía ha encontrado una cámara junto a Charlotte muerta y estaba bastante seguro de que era la de Maurice. Probablemente su nuevo interrogatorio sea culpa mía.

—Dios mío. —Nora se llevó la mano a la boca. No sabía nada de la cámara hasta ese momento—. No —dijo con voz firme—. Por favor, Daniel. No te eches la culpa. Si la cámara es realmente de Maurice, la policía lo habría averiguado tarde o temprano por sí sola. —No pudo evitar pensar en el área de servicio de la autopista. Se le encogió el estómago de dolor. Apartó la taza de café.

Daniel Hagen se frotó la barbilla pensativo. —Sí, tienes toda la razón. No lo había visto así. No son tontos. —Exhaló aliviado—. Gracias, Nora, me estaba echando la culpa. —Apuró el café de un trago y se levantó bruscamente.

—Tengo que irme. Gracias por escucharme y saluda a Lukas de mi parte.

—Así lo haré —dijo Nora y lo acompañó hasta la salida.

Cuando la puerta se cerró tras él, apoyó un momento la frente contra la madera fría. Daniel Hagen era un hombre agradable. Un poco alterado, quizá, pero ¿quién no lo estaba estos días? Le impresionaba que se preocupara tanto por Maurice. Lo más importante, sin embargo, era que no había sospechado de Lukas en ningún momento. Nora sonrió y recogió la bolsa de deporte azul del suelo.

—¿Lukas? —llamó escaleras arriba—. El señor Hagen te ha traído la bolsa.

No hubo respuesta. Seguramente había subido el volumen de los auriculares al máximo. Nora suspiró y subió los escalones.

—¿Lukas? —Llamó a la puerta de su habitación y bajó la manilla. Para su asombro, la habitación estaba vacía. Los auriculares yacían tirados descuidadamente sobre la cama. El ordenador portátil estaba cerrado. Un atisbo de pánico se apoderó de ella. ¿Adónde había ido? Había dicho que no quería salir.

De pronto oyó un ruido. Venía de arriba. ¿Estaba Lukas en el desván? ¿Qué hacía allí? No le gustaba aquel cuarto polvoriento, abarrotado de cajas de mudanza sin abrir y trastos viejos de los anteriores propietarios. Incrédula, subió por la estrecha escalera de madera. De nuevo oyó un leve rasguño. Empujó la puerta y encendió la luz. Una bombilla apenas iluminaba la estancia. El polvo bailaba ante la nariz de Nora. Recorrió con la mirada las cajas, hasta que reparó en una trampilla abierta en el tejado. ¿Se habría olvidado el pintor de cerrarla?

De repente, como surgido de la nada, algo se abalanzó sobre ella. Nora gritó, retrocedió y tropezó con sus propios pies. Un ovillo de pelo gris pasó como un rayo junto a sus piernas mientras intentaba no caer. Solo era un gato, se tranquilizó Nora, y recuperó el equilibrio. Se llevó la mano al pecho y maldijo en voz baja. El gato ya había saltado escaleras abajo. Ojalá encontrase la puerta de la terraza abierta y desapareciera para siempre.

Nora cerró la trampilla y entonces le llamó la atención la compuerta del viejo montacargas. Se encontraba en el rincón más apartado del desván. Un hueco que conectaba todas las plantas de la casa, desde el sótano hasta allí arriba. Un escalofrío le recorrió el

cuerpo. Con aquel discreto montacargas se podía llegar a cualquier planta sin ser visto. Aunque no creía que Lukas se hubiera metido por la estrecha abertura.

De vuelta abajo, en el pasillo, comprobó aliviada que el gato ya no estaba en la casa. Salió al jardín, pero tampoco allí pudo encontrar a Lukas. En cambio, Nora vio otra cosa, o mejor dicho a otra persona. De nuevo la chica de la casa de al lado la observaba con sus prismáticos. Mia estaba junto a la ventana y la miraba fijamente. ¿La estaba espiando? ¿Qué veía en realidad? A Nora se le revolvía el estómago solo de pensar que alguien pudiera haberla visto cuando metió las cosas de Lukas en la bolsa de basura y luego se marchó en coche. Y ahora estaba esa Mia en la ventana. Maldición. Era un problema. La distancia era demasiado grande para descifrar su expresión. Lo que más deseaba era volver corriendo al refugio de su casa, pero no iba a dejarse ahuyentar de su propio jardín por una adolescente. Por eso levantó la mano y saludó. Su gesto surtió efecto. La chica bajó los prismáticos y le devolvió el saludo. Luego desapareció de la ventana. Nora respiró un poco aliviada. Pero ¿dónde demonios se había metido Lukas?

Volvió a entrar en la casa. Si Lukas no estaba en su habitación, en el desván ni en el jardín, solo quedaba el sótano. Bajó la escalera a toda prisa y abrió la puerta. Un aire húmedo y fresco le golpeó el rostro.

—¿Lukas? —gritó, y por fin obtuvo una respuesta.

—¿Sí?

Lukas estaba agachado justo en el lugar donde había estado la siniestra camilla con el aparato de electrochoque del doctor Schenkenberg.

—¿Qué haces aquí abajo? —preguntó Nora.

Lukas se incorporó lentamente. —Nada especial. Solo quería echar un vistazo.

Algo en su voz puso a Nora en alerta. Pero por hoy no necesitaba más problemas. Quería por fin respirar tranquila y disfrutar de la casa nueva. Así que lo ignoró y preguntó en cambio:

—¿Tienes hambre? Vamos arriba y comamos algo rico.

28

El olor de la consulta de la doctora Behrendt seguía metido en la nariz de Mia y no quería desaparecer. La mezcla de cuero viejo y lavanda le resultaba odiosa. Se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla y aceleró el paso. Su madre había insistido en que fuera a ver a su psicóloga, la que la trataba desde la muerte de su hermana. Claro que últimamente quizá se había convencido demasiadas veces de ver a Jasmin tras la ventana de la villa de al lado. Las pesadillas habían aumentado y la muerte de Charlotte no ayudaba. Echaba tanto de menos a su amiga que le faltaban palabras para expresar su dolor. Quizá por eso veía a Jasmin con más frecuencia. Cada vez que miraba hacia la ventana de Lukas, allí estaba ella, pálida e inmóvil, observándola fijamente. ¿Estarían juntas ahora? Jasmin y Charlotte, en algún lugar tras el arcoíris de colores, en un mundo mejor. Mia lo deseaba, pero no conseguía alegrarse por ello. Se sentía abandonada. ¿Cómo iba a seguir viviendo sin Charlotte? La pérdida de su hermana ya la había afectado profundamente. ¿Podía una persona soportar la muerte de dos seres queridos? A todas estas preguntas, en cualquier caso, la doctora Behrendt no tenía una respuesta satisfactoria. Tampoco sabía qué venía después de la muerte ni si allí era mejor o peor que aquí.

Debía observar la villa de al lado de día, le había aconsejado la terapeuta. —Su mente proyecta la pérdida sobre el entorno —le había explicado—. Busca un lugar para la muerte que no sea definitivo. Si cree ver a su hermana en la casa de al lado, es un mecanismo de defensa que se ha reforzado con la muerte de Charlotte. Quiere que ambas sigan ahí, en algún lugar.

Mia se detuvo un momento y respiró el aire fresco. Las imágenes de Charlotte relampaguearon ante sus ojos. Cómo caía del aparcamiento, la cámara de Maurice junto a ella. El cerebro de Mia seguía en estado de shock. La doctora Behrendt quería que Mia confrontara sus ilusiones con la realidad. Eso funcionaba mejor a plena luz del día, cuando la claridad ahuyentaba los fantasmas de su interior.

—Si tiene la sensación de ver a Jasmin detrás de la ventana, mire. Coja los prismáticos y obligue a su cerebro a aceptar que allí no hay nadie más que los nuevos vecinos.

Mia giró hacia el camino de entrada de su casa. Estaba en silencio, su madre aún trabajaba. Abrió la puerta, lanzó la chaqueta descuidadamente sobre la barandilla y subió corriendo a su habitación. No sabía si el consejo de su psicóloga funcionaría, pero cogió los prismáticos y se acercó directamente a la ventana. Respiró hondo y, a través de ellos, observó las ventanas del primer piso. Lukas no estaba. Las cortinas se movían ligeramente con el viento, ya que la ventana estaba entreabierta. Ni Jasmin, ni Charlotte, solo una habitación vacía.

—Lo ves, Psycho —murmuró Mia para sí misma—. No hay nadie.

Estaba a punto de bajar los prismáticos cuando un movimiento en el borde de su campo visual le llamó la atención. Algo gris y desgreñado se movía ágilmente por la gruesa rama de un viejo árbol y saltó desde allí al tejado de la villa de al lado. Mia enfocó mejor. Era el gato de la señora Dornfelder, que vivía dos casas más allá. Torció el gesto. La señora Dornfelder odiaba a los niños y regañaba a cualquiera cuyo balón rodara siquiera cerca de su rosal. Su gato era igual de insoportable. Bufaba en cuanto alguien se le acercaba.

Mia observó cómo el animal se paseaba por la cumbrera del tejado. Por un instante deseó que el estúpido gato se cayera.

Enseguida se avergonzó de sus feos pensamientos. Charlotte se habría reído. Probablemente habría hecho un vídeo de TikTok con algún efecto de sonido estúpido. Charlotte… El pensamiento le provocó una punzada.

El gato no se cayó, sino que se dirigió decidido hacia una trampilla en el tejado que estaba abierta apenas una rendija. Se coló por ella y desapareció en el desván de la villa.

Que te diviertas con los ratones, pensó Mia y giró los prismáticos hacia la planta baja. Un coche se acercó y se detuvo frente a la entrada. Mia conocía el coche familiar plateado. Solía estar en el aparcamiento de profesores. La puerta del conductor se abrió y Daniel Hagen se bajó. Mia pegó los prismáticos al cristal. ¿Qué hacía allí el profesor de educación física? Llevaba una bolsa de deporte azul en la mano y llamó al timbre.

Mia vio cómo le abría la madre de Lukas. Intercambiaron unas palabras, después Daniel Hagen entró en la casa y la puerta se cerró. Mia intentó localizar a Hagen a través de la ventana de la planta baja, pero no pudo ver ni a él ni a la señora Hoppe. Seguramente habían ido a otra habitación, quizá a la cocina, que no alcanzaba a ver.

Sus pensamientos saltaron inevitablemente a la conversación que aquella mañana había escuchado a escondidas junto con Lisa. La policía había encontrado la cámara de Maurice junto al cuerpo destrozado de Charlotte. Maurice. Evidentemente les había mentido. Debía de haber visto a Charlotte otra vez la noche del búnker. ¿De qué otra forma habría llegado su cámara hasta ella? ¿Había vuelto Charlotte al búnker? ¿Había discutido con Maurice? Seguro que quería borrar el vídeo embarazoso que mostraba cómo se habían asustado todos de Maurice. Se imaginó la escena. Charlotte sola e indefensa de vuelta en el búnker. Aire viciado y hormigón frío la envolvían. Charlotte le exigía a Maurice que le entregara el vídeo, pero él la rechazaba con una frialdad absoluta. ¿No le había dicho incluso que no le gustaba? Se le puso la piel de gallina en los brazos. ¿Le había hecho daño Maurice a Charlotte? ¿Le había impedido por la fuerza acercarse a la cámara?

De algún modo, Charlotte había logrado quitarle la cámara. ¿La había perseguido Maurice entonces hasta el aparcamiento? Mia negó involuntariamente con la cabeza. ¡No! No quería que Maurice fuera un asesino. Aún sentía su cálido abrazo. Su olor. Se había preocupado por ella. ¿Podía alguien así haber asesinado a su mejor amiga poco antes? Los pensamientos bullían en la cabeza de Mia y cuanto más pensaba, más confuso se volvía todo. ¿Quizá había sido un accidente?

Pero eso no podía ser. La policía tenía las grabaciones que mostraban que alguien había levantado a Charlotte por encima de la barandilla del aparcamiento y la había empujado al vacío. Un malestar la invadió. ¿Había sido Maurice?

Un movimiento en la casa de los vecinos la arrancó de sus pensamientos sombríos. Daniel Hagen se marchó en coche y poco después el gato salió disparado por el jardín. La madre de Lukas apareció un poco más tarde. Para horror de Mia, miró directamente hacia ella y la saludó con gesto apresurado. Parecía extrañamente nerviosa. Mia respiró hondo y le devolvió el saludo con vacilación. Luego dejó los prismáticos y se dejó caer en la cama. Había mirado suficiente y la doctora Behrendt podía estar orgullosa de ella. Jasmin era evidentemente solo fruto de su imaginación. Mia se estiró y se puso los auriculares.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando de pronto sonó el timbre de la puerta.

29

Mia bajó las escaleras arrastrando los pies. Su madre aún no había vuelto. Miró por la mirilla y vio a Lukas de pie en el felpudo. Llevaba la capucha de la sudadera calada hasta los ojos.

—¿Lukas? —preguntó Mia sorprendida al abrir la puerta. Al instante, la mala conciencia le royó por dentro. Parecía afectado. Tenía sombras oscuras bajo los ojos. Y ella le había contado a la policía lo de Hamburgo y así le había metido en problemas. Ahora lo lamentaba terriblemente. Ojalá Lukas no estuviera allí porque se hubiera enterado.

—Tengo que enseñarte algo —dijo con voz ronca, y a Mia se le cerró la garganta. Seguramente la policía le había restregado su declaración con todo detalle.

—Oye, lo de Hamburgo se me escapó sin querer. Perdona. No era mi intención.

Lukas le lanzó una mirada desconcertada. —¿Hamburgo? —preguntó frunciendo el ceño—. Mia, no he venido por lo de Hamburgo y la verdad es que tampoco quiero hablar de eso. He encontrado algo que tienes que ver. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pequeña funda de plástico polvorienta. La abrió y apareció una cinta gris en miniatura.

Mia enarcó las cejas. —¿Qué es eso?

—Una cinta MiniDV, una especie de memoria USB. Antes se usaban en las videocámaras para grabar vídeos. —Sacó la cinta de la funda y se la puso en la mano—. Lee la etiqueta.

La escritura con rotulador negro ya estaba descolorida y Mia tuvo que entrecerrar ligeramente los ojos para descifrarla.

—Jasmin, parte uno de dos —leyó en voz alta y dejó caer la cinta asustada, como si se hubiera quemado.

Lukas se agachó de inmediato para recogerla.

—Perdona —murmuró Mia, cuyo corazón se había convertido en un redoble de tambor—. ¿De dónde la has sacado?

—De nuestro sótano. Los pintores lo vaciaron y en el sitio donde antes había una camilla, he descubierto una trampilla en el suelo. La cinta estaba dentro. Por Charlotte sé lo de tu hermana… perdona, no quería alterarte, pero cuando leí el nombre tuve que enseñártelo. —Hizo una pausa y la miró fijamente a los ojos—. A lo mejor no tiene nada grabado. Hoy en día casi no quedan videocámaras. Yo no podría reproducirla.

Mia no respondió. Estaba sin palabras. Hacía un momento la doctora Behrendt le había explicado que se imaginaba a Jasmin. Que estaba muerta. Que se había ido para siempre, y ahora tenía un mensaje en vídeo de ella entre las manos. Una oleada de náuseas la invadió. De pronto temblaba de pies a cabeza.

—Mia, ¿estás bien? —Lukas la sujetó antes de que cayera—. Ay, no. Si lo llego a saber, no habría venido.

El mareo se apoderó de Mia y de repente vio a Lukas doble. Sus ojos verdes la miraban fijamente y de algún modo se habían duplicado. Brillaban como esmeraldas. Tan bonitos… Por un instante se quedó sin respiración. Oía la voz de Lukas como desde muy lejos. Le tocaba las mejillas. No, le daba palmaditas y le abanicaba aire.

—Mantenga la calma y aparte la ilusión —dijo la doctora Behrendt de pronto, como si Mia aún estuviera en la consulta de su terapeuta, y efectivamente, de cuatro ojos verdes volvieron a ser dos. Mia tomó aire y se incorporó. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba sentada en el suelo del pasillo. Lukas estaba acuclillado junto a ella y la miraba preocupado.

—¿Llamo a una ambulancia?

Mia no entendía de qué hablaba. Solo poco a poco fueron calando sus palabras en su mente.

—No, gracias —dijo por fin con voz ronca—. Es solo por Jasmin.

—Lo sé —respondió Lukas y la ayudó a ponerse en pie con delicadeza—. He oído lo que le pasó. Lo siento mucho.

—Yo… es que a veces la veo detrás de la ventana de tu habitación —logró decir con esfuerzo y se secó una lágrima del rabillo del ojo—. Es solo imaginación, pero a veces creo de verdad que está ahí.

Lukas la miró con una expresión extraña en los ojos. Luego la atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho ancho y musculoso. Mia se tensó. Al fin y al cabo, la policía también le había considerado sospechoso y además estaban los rumores de Hamburgo. Lukas era ya el segundo sospechoso que la abrazaba en muy poco tiempo. Aun así lo permitió. Estaba demasiado confusa y perdida en todas sus emociones. Necesitaba a alguien que la apoyara. Sola jamás sería capaz de ver el vídeo de Jasmin.

—Podemos mirar en el despacho de mi padre. Creo que allí hay una videocámara antigua —susurró y se separó de Lukas.

Mia fue delante, escaleras arriba hasta el despacho. Lukas la seguía. Se abalanzó sobre el escritorio, donde había un batiburrillo de aparatos viejos. Una grabadora, un disco duro, una base de carga, pero ninguna videocámara. Mia abrió los cajones. En el de más abajo encontró por fin lo que buscaba.

—Por favor, que funcione —murmuró y cogió el aparato plateado y voluminoso. Enchufó el cable de carga mientras Lukas introducía la cinta. Abrió la pequeña pantalla del lateral de la cámara.

—¿Lista? —preguntó Lukas, y cuando ella asintió, pulsó el botón de reproducción.

La pantalla parpadeó en azul y después arrancó el vídeo. Se veía una habitación de cuyas paredes colgaban jirones de papel pintado. Una palabra estaba garabateada en pintura azul sobre la piedra desnuda. *¡Party!*, descifró Mia.

—Esa es nuestra casa, antes de la reforma —exclamó Lukas.

La cámara giró y apareció una chica en vaqueros y top corto. Mia se llevó la mano a la boca. La chica tenía el pelo largo y oscuro y se

reía ante la cámara. Daba vueltas sobre sí misma y fumaba un cigarrillo. Parecía tan llena de vida.

—Jasmin —logró articular Mia con un nudo en la garganta. Las lágrimas le brotaron de los ojos—. Dios mío. Es ella.

—¡Deja de grabar! —gritó Jasmin en el vídeo entre risas, tapando el objetivo con la mano.

—Solo un poquito más —ronroneó una voz masculina detrás de la cámara, que se acercaba a Jasmin con el zoom cada vez más.

—Hagámoslo —dijo el hombre. Pero Jasmin apartó la cámara de sí y soltó una carcajada.

—¿Delante de la cámara? Estás loco.

—¿Por qué no?

—No quiero —siseó Jasmin. La imagen tembló y giró descontrolada en todas direcciones. El viejo suelo de madera apareció y se fue acercando. Al parecer la cámara se había caído. La pantalla se volvió negra. La grabación terminó. Había durado como mucho tres minutos.

—¿Has reconocido la voz? —preguntó Lukas en voz baja.

Mia negó con la cabeza. —No. ¿Tú?

—Yo tampoco. —Lukas cerró la pantalla—. Era la parte uno de dos —murmuró y levantó la vista hacia Mia—. ¿Dónde está la parte dos?

—¿No había una segunda cinta en el escondite?

—No —respondió Lukas—. Solo esta. Por lo demás, el compartimento estaba vacío y antes tenía la camilla encima. No creo que nadie más haya sacado nada.

—Pero tiene que haber una segunda parte —insistió Mia—. Quizá haya otro escondite en vuestro sótano. —No sabía por qué, pero de pronto su necesidad de ver más de Jasmin era inmensa. Su imagen la había embriagado. Jasmin tenía el mismo aspecto, hablaba y se movía exactamente como en sus recuerdos. Mia sacó la cinta de la cámara y la apretó contra su pecho, como si fuera más valiosa que cualquier otra cosa en el mundo. Por fin poseía un recuerdo vivo y auténtico de su hermana muerta. No una foto familiar posada en la que todos sonreían educadamente, sino la Jasmin real.

—Tenía solo cinco años cuando Jasmin murió —susurró, y la voz se le quebró—. Apenas tengo recuerdos de ella. Solo retazos. —Miró a Lukas suplicante—. Quiero ver también la segunda parte de la grabación. Por favor, ayúdame a encontrarla.

La expresión de Lukas se suavizó. —Claro que te ayudo. Pero ¿dónde buscamos? He revisado todo el suelo alrededor del escondite. No había nada más.

Mia cerró los ojos e intentó pensar con claridad. En su cabeza se arremolinaban los pensamientos. La muerte de Charlotte, la cámara de Maurice y ahora el vídeo de Jasmin. ¿Por qué había aparentemente dos partes del vídeo y por qué solo se encontraba la primera en el escondite? Una imagen cruzó la mente de Mia.

—Espera —susurró y abrió los ojos de golpe—. Había una cinta en el vídeo de Charlotte. Grabó una estantería con un montón de trastos viejos.

—Tienes razón. Eso era en el primer piso. Pero ya no queda nada allí —respondió Lukas.

Mia asintió. De todas formas había prometido no entrar en la casa. Aun así dijo: —La segunda parte tiene que estar todavía en algún lugar de vuestra casa.

30

A las tres en punto de la madrugada, Nora abrió los ojos. No fue un ruido lo que la despertó, sino sus preocupaciones, que se habían convertido en una pesadilla terrible y le quitaban el aire para respirar. Contempló el techo oscuro de la habitación y extendió la mano hacia el otro lado de la cama. En noches como aquella deseaba recuperar a su marido. La soledad trepaba por ella como un monstruo frío y malvado, y no había nadie a su lado para ahuyentarlo. Apenas había dormido. Cada vez que cerraba los ojos veía a Lukas. No al niño parlanchín e inocente que siempre le abría el corazón, sino al adolescente silencioso en el que se había convertido.

La imagen no la dejaba en paz. Lukas, que se había encerrado en el sótano, que apenas había dicho una palabra durante la cena y después había desaparecido a casa de Mia. Nora se incorporó, se abrazó las rodillas contra el pecho y se subió la colcha hasta la barbilla. Después de que Lukas se marchara, había inspeccionado el sótano con más detenimiento. Allí, donde su hijo había estado agachado, encontró un hueco bajo las baldosas. Una especie de compartimento secreto. Pero estaba vacío. La pregunta de si Lukas habría encontrado algo allí dentro y si le estaba mintiendo no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Recordó con horror la navaja y la ropa manchada de sangre que había tirado en el área de servicio. ¿Qué se escondía entonces en aquel hueco? ¿Otra arma? El miedo a que Lukas pudiera tener algo que ver con la muerte de Charlotte le cerraba la garganta. También la preocupación de que Mia la observara constantemente. ¿Estaría poniendo a Lukas en su contra? ¿Y si alguien la había visto salir de casa con una bolsa de basura azul y subirse al coche? ¿Un vecino quizá? Maldición. ¿Sería por eso por lo que Lukas se mostraba tan distante con ella y apenas le dirigía la palabra?

Nora exhaló un profundo suspiro y se arrebujó más en la colcha. De pronto vio toda la sangre en la escalera de Hamburgo. *¡Basta!*, se ordenó a sí misma. Es tu hijo. No es un asesino.

Un fuerte roce hizo que Nora aguzara el oído. El ruido venía de arriba. ¿Estaba ese gato callejero otra vez en el desván?

¡Pum!

Nora se incorporó de golpe en la cama. Saltó, cogió la linterna de la mesilla y subió las escaleras con paso firme. De nuevo retumbó algo sobre su cabeza. El ruido no sonaba nada a gato. La adrenalina le recorrió las venas. ¿Eran ladrones? Bajo la puerta del desván vio un resplandor. Se le cortó la respiración. Había alguien allí.

Respiró hondo, sujetó la linterna como una porra frente al pecho y abrió la puerta de golpe.

—¿Quién anda ahí?

Alguien se levantó y se volvió hacia ella.

—¿Lukas? —Nora se quedó sin aliento—. ¿Qué… qué demonios haces aquí? ¿Quieres matarme del susto?

Lukas esquivó la mirada. —Lo siento —masculló—. No podía dormir.

—¿Y te dedicas a andar por el desván? ¿En mitad de la noche? —jadeó Nora.

—Es que pensé… estoy buscando mi viejo reproductor de CD. El amarillo. ¿Te acuerdas? Quería escuchar música, pero mi móvil no tiene batería y no encuentro el cargador. No quería molestarte.

Nora lo miró fijamente. ¿Un reproductor de CD? No había tocado ese trasto en años y el cargador estaba con toda seguridad en su habitación.

—¿Reproductor de CD? —repitió escéptica—. ¿A las tres de la mañana? ¿Y para eso revuelves medio desván? —Se acercó a él y observó la caja que acababa de apartar.

—No recordaba en qué caja estaba —se defendió Lukas con voz temblorosa—. Joder, estoy hecho un lío y quería distraerme. ¿Vale? ¿Es eso un delito?

Mentía. Nora lo veía en sus ojos y en la forma en que se balanceaba de un pie a otro. Algo estaba pasando. Pero era evidente que no quería contárselo.

—Vete a la cama —dijo cansada. No tenía fuerzas para enfrentarse ahora a sus mentiras. Mañana sería otro día.

Lukas murmuró una respuesta rápida y pasó a su lado rozándola. —Vale. Buenas noches. Perdona por haberte despertado.

Cuando Nora volvió a bajar las escaleras, Lukas ya había cerrado la puerta de su habitación. Se metió de nuevo en la cama y, contra todo pronóstico, se quedó dormida al instante.

A la mañana siguiente se sentía como si le hubiera caído un rayo. Le dolía la cabeza y le ardían los ojos. Ni el tercer café en la secretaría del colegio mejoró las cosas. Todo lo contrario, el estómago se le rebelaba contra tanta acidez. Cada llamada telefónica que atendía le intensificaba el latido en las sienes. Tomó un analgésico y justo empezaba a sentirse un poco mejor cuando la puerta de la secretaría se abrió de golpe. Nora se sobresaltó tan violentamente que se le cayó el bolígrafo de la mano.

Maurice Stegmann estaba en el marco de la puerta. Tenía el pelo revuelto y la miraba con expresión furiosa.

—Dígale a su hijo que deje de una vez de echarme la culpa. ¡Yo no fui quien vio a Charlotte por última vez! —dijo y dio unos pasos hacia el escritorio de Nora. Retrocedió insegura.

—¡Maurice! Contrólate —gruñó de pronto una voz grave. Thomas Vogt estaba en la puerta—. No le hables así a la señora Hoppe. Sal de este despacho. ¡Ahora mismo!

Maurice agachó la cabeza y se dio la vuelta, aún resoplando de rabia. Salió del despacho sin decir una palabra más.

—¿Estás bien? —preguntó el profesor de química mirando a Nora con preocupación.

Asintió mecánicamente. El corazón le latía desbocado. ¿Qué demonios había querido decir Maurice?

—No —soltó—. Tengo que hablar con Lukas.

Thomas Vogt puso cara de consternación. —No está aquí —dijo despacio—. Por eso he venido. No ha aparecido en mi clase y quería preguntar si está enfermo.

Nora se quedó mirando a Thomas Vogt. —No está enfermo —susurró—. ¿Por qué no está en el colegio? —Cogió el teléfono con gesto frenético y marcó su número. El móvil de Lukas estaba apagado. Saltó directamente el buzón de voz. Se tapó la cara con las manos.

—No puedo más. Todo esto me supera. ¿Dónde demonios se ha metido Lukas?

Una mano se posó suavemente sobre su hombro.

—Nora, respira hondo —dijo Thomas Vogt. Su voz sonaba tranquila—. Todo tendrá solución.

—No lo sé —sollozó ella—. Últimamente apenas habla conmigo. Me parece un desconocido. Y se suponía que esto iba a ser un bonito nuevo comienzo.

Thomas Vogt acercó una silla y se sentó a su lado. —Escúchame, Nora. Lukas es un adolescente. Ninguno de ellos es muy hablador. Menos aún en situaciones extremas. Y tampoco es el primero que hace pellas. Traspasar los límites forma parte de crecer. Tarde o temprano aparecerá. Que la situación le afecte es completamente normal. Y que no quiera hablar de Charlotte, también. El duelo necesita tiempo. Algún día querrá hablar contigo. Créeme.

—Pero no puede hacer pellas sin más. ¿Qué pensará la gente? La policía seguramente seguirá creyendo que se ha fugado.

—Nadie tiene por qué saber que hoy ha faltado. Lo apunto como justificado. Así nadie hará preguntas incómodas.

Nora le miró agradecida. —¿Harías eso?

—Por supuesto. Lukas es un buen chico. —Thomas Vogt le dedicó una sonrisa de ánimo.

—Gracias. —Nora volvió a marcar el número de Lukas. De nuevo solo saltó el buzón de voz. ¿Dónde demonios estaba? Tenía que

encontrarlo. Miró el reloj con nerviosismo. En treinta minutos terminaba su jornada.

—Tengo que irme a casa —declaró y se puso en pie.

—Espera, Nora. Quizá sea mejor que te lleve yo. No vayas a tener un accidente por el camino. Ahora mismo tengo una hora libre.

Dudó, pero acabó aceptando. Un accidente era lo último que necesitaba ahora.

—Gracias —dijo una vez más y sonrió.

31

La verja de hierro fundido de la entrada a la villa de Lukas era más que una simple barrera de metal. Para Mia era el umbral de un oscuro abismo que había arrastrado a su hermana a la muerte. Aunque apenas unos días antes había estado con su madre en el camino de entrada buscando a Charlotte, hoy la verja le parecía una advertencia. No debía entrar en la casa. Lo había prometido. Y sin embargo puso un pie delante del otro hasta que se encontró frente a la puerta principal. La sola idea de entrar sin su madre la llenaba de pánico.

Lukas sujetaba la puerta abierta y la miraba con gesto interrogante. Pero de repente Mia fue incapaz de dar un solo paso más. No solo no debía entrar en aquella casa, sino que además estaba haciendo pellas. Las consecuencias ni siquiera podía imaginárselas. Su madre probablemente no la dejaría salir nunca más de su habitación.

—¿Mia? —susurró Lukas con apremio—. Mi madre va a llegar pronto a casa. No tenemos todo el tiempo del mundo.

Sus palabras la arrancaron de la parálisis. Quería encontrar la segunda cinta, así que tenía que ayudar a Lukas. Le había contado que se había pasado media noche en el desván buscando la segunda parte. Pero sin éxito. La casa era enorme y la minicinta podía estar escondida en cualquier sitio. Sin su ayuda, Lukas no tenía ninguna

posibilidad. Pensó en su hermana y en el breve vídeo que había visto. En la risa de Jasmin. Mia quería ver más de ella, sentirse cerca de ella. Quería reparar la grieta de su corazón y para eso necesitaba el otro vídeo. Si daba media vuelta ahora, esa posibilidad se le escaparía. Respiró hondo y apartó todas sus dudas. Con el pulso desbocado cruzó el umbral y agachó la cabeza instintivamente.

Ni ella misma sabía qué había esperado. Pero no pasó nada. Ningún rayo cayó, el suelo no se abrió. Su corazón no se detuvo. Ante ella había simplemente un pasillo. Renovado con un estilo moderno y pintado en tonos claros, nada que ver con la villa vacía y deteriorada del vídeo de Charlotte. Y sin embargo Mia notaba un frío que no tenía nada que ver con la temperatura exterior.

—Tenemos que bajar al sótano. Te enseño dónde encontré la primera parte —dijo Lukas en voz baja y cerró la puerta principal tras ella. El chasquido de la cerradura le sonó a trampa al cerrarse. Tragó saliva, pero siguió a Lukas hasta la escalera del sótano. Cada paso le parecía alta traición. Aunque ya daba igual. Había roto su promesa.

Lukas encendió la luz y poco después los fluorescentes parpadearon sobre su cabeza con un zumbido. Una claridad fría y azulada se extendió, recordándole a un hospital, o peor, a un depósito de cadáveres. Mia solo conocía aquel sótano por el vídeo de Charlotte y, aunque estaba completamente vacío, se le puso la piel de gallina. Lukas la condujo hasta la parte trasera del sótano, donde antes había estado la tristemente célebre camilla médica. Allí el suelo era de baldosas blancas, lo que reforzaba la impresión de hospital. Exactamente en aquel lugar el doctor Schenkenberg había llevado a cabo sus crueles tratamientos. Lukas se arrodilló sobre las duras baldosas. Recorrió con los dedos una de las juntas.

—Aquí es —dijo, y levantó la baldosa.

Debajo apareció un hueco. Mia se inclinó. La cavidad estaba vacía.

—¿La cinta estaba ahí dentro? —preguntó.

Lukas asintió y volvió a colocar la baldosa. —La cuestión es dónde puede estar escondida la segunda parte. Como te he dicho, el desván lo he registrado entero. No había nada. Pero aquí en el

sótano todavía no he mirado del todo. Quizá haya otro hueco en algún sitio. —Se acercó a una pared donde había una vieja estantería de madera y golpeó la parte trasera.

Mia lo imitó e inspeccionó las paredes del sótano y los gruesos tubos de desagüe. Buscaba una rendija o una irregularidad. Pero no había nada. A continuación revisaron el lavadero y después la despensa. Examinaron cada peldaño de la escalera al volver arriba. Sin éxito. En la cocina miraron dentro de los armarios y detrás de los radiadores. Golpearon las paredes y repitieron esa táctica por casi toda la casa. Al final acabaron exhaustos en la habitación de Lukas y se sentaron en su cama.

—Siento que no hayamos encontrado la segunda parte —murmuró Lukas decepcionado.

Mia dejó caer los hombros. —Es una pena. Estoy segura de que está aquí en algún sitio. Pero ¿dónde? —Levantó las manos y gesticuló—. ¿Dónde escondería alguien una cinta así? ¿O crees que la descubrieron con el tiempo?

—No sería descabellado. En la casa se celebraban fiestas de vez en cuando. Puede que la cinta estuviera simplemente en una estantería.

Mia abrió mucho los ojos. —¿Te refieres por ejemplo al sótano? Eso significaría que la cinta ha acabado en el vertedero. —La idea le produjo una punzada.

—Mierda, en eso no he pensado. Si quieres, puedo preguntar a los pintores si ya han tirado las cosas o si todavía las guardan en algún sitio de la empresa.

—Eso sería genial. —De nuevo brotó la esperanza en Mia—. Gracias por ayudarme —dijo, y sintió una oleada de cariño hacia Lukas.

—Claro. Lo hago con gusto. —La miró con sus ojos verde hierba y por un momento Mia pudo entender que Lisa se hubiera enamorado de Lukas. Sus hombros se rozaban ligeramente, pero de pronto la cercanía con Lukas le resultó demasiado íntima. Se apartó un poco de él.

—Podemos revisar el desván otra vez por si acaso —propuso Lukas.

Mia estaba abriendo la boca para aceptar cuando su móvil pitó. Lo sacó del bolsillo. Lisa le había enviado un mensaje.

¿Sigues en casa de Lukas?

Mia tecleó la respuesta: *Sí, ¿por qué?*

La reacción de Lisa fue inmediata: *Maurice acaba de estar aquí. Al parecer no se encontró con Charlotte aquella noche. Lukas estaba con él en el búnker. Se pelearon y Lukas le quitó la cámara. Tuvo que ser el último que estuvo con Charlotte.*

Mia leyó el mensaje dos veces. Las palabras bailaban ante sus ojos. Entonces, ¿Maurice no le había mentido? Al menos no en lo referente a Charlotte. Antes de que pudiera teclear una respuesta, apareció otro mensaje de Lisa:

Van a interrogar a Lukas otra vez. La policía lo busca. ¡Sal de ahí!

A Mia le recorrió un escalofrío. De inmediato le vinieron a la cabeza los rumores sobre Lukas. ¿Le habría hecho algo a Charlotte al fin y al cabo? La simpatía que acababa de sentir por él se desvaneció. Se levantó de un salto.

—Tengo que irme —jadeó.

Lukas la miró sin entender. —Pero si íbamos a revisar el desván otra vez.

Se levantó también y de pronto Mia se dio cuenta de lo alto que era. Sus ojos ya no parecían verdes, sino oscuros, y los labios se habían convertido en una línea fina. Hacía un momento parecía decepcionado y un poco indefenso. Ahora reparó en sus grandes manos y en sus brazos fuertes. Era lo bastante fuerte como para empujar a alguien y levantarlo por encima de una barandilla.

Mia tragó saliva. —Ya, lo sé. Pero mi madre llega antes a casa —mintió—. Me ha escrito que está aquí en dos minutos. Tengo que ir corriendo. Si me pilla aquí, entonces… —El pánico le cerraba la garganta. Lukas se había colocado delante de la puerta de su habitación y le bloqueaba el paso. Con gesto frenético miró hacia la ventana, tras la que tantas veces había visto a Jasmin. ¿Debía saltar para escapar?

—Espera —dijo Lukas alargando la mano hacia ella—. Pero si no hemos encontrado la segunda parte. Mia, ¿qué te pasa? Estás pálida.

Mia retrocedió. *¡Sal de ahí!*, resonaba el mensaje de Lisa en su cabeza.

—Tengo que irme a casa. Ahora mismo. —Sin esperar respuesta, se abrió paso a su lado y abrió la puerta. Salió precipitadamente, bajó las escaleras corriendo hacia la puerta de la calle.

—¡Mia! —le gritó Lukas. Pero no contestó. Corrió hacia fuera, cruzó la verja de hierro fundido y atravesó la acera hasta su casa. No se detuvo hasta que la puerta se cerró tras ella. Se apoyó de espaldas contra ella y respiró con dificultad. Poco a poco se deslizó hasta el suelo. El corazón le martilleaba con tanta fuerza que parecía querer salírsele del pecho.

32

Nora estaba sentada en el borde del sofá con las manos tan apretadas que los nudillos se le habían puesto blancos. A su lado, Lukas permanecía encogido y miraba fijamente las zapatillas. Enfrente había tomado asiento la comisaria Stefanie Winkler. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta tirante y los miraba con ojos penetrantes. El compañero que la acompañaba había sacado un bloc para anotar cada palabra que pudiera destruir sus vidas.

—Señora Hoppe —dijo la comisaria con calma, pero con firmeza —. Tenemos que hablar del orden cronológico de los hechos y de la relación de Lukas con Charlotte.

—Eran amigos —respondió Nora rápidamente. Su voz le sonó extraña y estridente. Se preguntó por centésima vez cómo demonios había llegado a este punto. Casi le parecía estar sentada de nuevo en su antiguo salón de Hamburgo. Solo los policías eran otros, pero sus preguntas eran las mismas, como si se hubieran puesto de acuerdo de antemano.

Stefanie Winkler hojeó una carpeta delgada. —¿Amigos, dice? — Sacó una hoja de papel con capturas de pantalla de conversaciones de chat impresas y la colocó ante Nora sobre la mesa del salón.

—Lukas, ¿puede explicarme por qué le envió a Charlotte catorce mensajes dos días antes de su muerte? A la mayoría ni siquiera

respondió.

Lukas se tensó a su lado, pero siguió con la mirada fija en los zapatos.

—Catorce —repitió la comisaria, cogió la hoja y comenzó a leer algunos mensajes en voz alta—: «Queda conmigo, por favor. Dame señales de vida. Sé dónde estás. Dime tu talla.» —Dejó caer la hoja y clavó la mirada en Lukas—. Eso no suena a una amistad relajada, sino más bien a acoso. —Winkler deslizó la hoja de nuevo hacia Nora para que pudiera leer los mensajes ella misma.

Un escalofrío le recorrió la espalda. *Sé dónde estás.* Maldición. ¿Qué significaba aquello? Ese no era el Lukas que ella conocía. ¿O sí?

Lukas levantó la cabeza de golpe. —Eso no era acoso. Simplemente necesitaba unos datos de ella con urgencia. Se suponía que yo tenía que conseguir los trajes de neopreno para nuestro proyecto de vídeo. Casi todos los mensajes llevan un emoticono al final. ¿Qué tiene eso de malo?

Stefanie Winkler no pareció impresionarse. —Así que al parecer ella no quería hablar con usted —constató.

—Mi hijo acaba de explicarle cómo se produjeron esos mensajes. Lukas jamás…

—Señora Hoppe, por favor —la interrumpió Winkler—. Su hijo al parecer ya nos ha mentido una vez. —Se volvió de nuevo hacia Lukas—. Usted declaró que después de la reunión en el búnker se fue directamente a casa.

Lukas guardó silencio. Respiraba entrecortadamente.

—Hemos hablado con Maurice Stegmann —prosiguió Winkler—. Y tenemos declaraciones de testigos que confirman que Maurice sufrió una contusión en las costillas y numerosos hematomas. Dice que usted regresó al búnker. Que lo agredió y lo derribó.

—¡Quería publicar el vídeo! —estalló Lukas—. Filmó a Charlotte y a los demás huyendo asustados. Quería humillar a Charlotte. ¡Por eso le quité la cámara!

Nora se tapó la boca con la mano. —¿Te peleaste con Maurice?

Lukas agachó la cabeza. —Solo le empujé y cayó al suelo. Cogí la cámara y me fui.

Winkler se inclinó hacia delante. La comisaria parecía una fiera a punto de saltar. —Cogió usted la cámara. La cámara de Maurice. —Hizo una pausa y miró fijamente a Lukas—. Hemos encontrado esa cámara. Estaba junto al cadáver de Charlotte, en el suelo frente al aparcamiento.

El silencio en la habitación fue ensordecedor. Nora sintió como si le quitaran el suelo bajo los pies.

—¿Cómo llegó la cámara allí? —preguntó Stefanie Winkler en voz baja—. Usted dice que se fue directamente a casa. Pero la cámara que robó estaba junto a la chica asesinada. Solo hay una explicación lógica: estuvo con ella y probablemente fue el último que la vio con vida.

El rostro de Lukas se puso blanco como la tiza. —Yo… fui corriendo detrás de ella —tartamudeó—. Le di la cámara, todavía en el linde del bosque junto al búnker. ¡Le juro que no le hice nada!

—Así que fue corriendo detrás de ella —resumió Winkler—. Estaba furioso porque no respondía a sus mensajes. Se había peleado, estaba lleno de adrenalina. Y entonces se encuentra con Charlotte a solas en el bosque. —Winkler se puso en pie. Parecía enorme—. Esto no pinta bien, Lukas.

Nora se levantó también de un salto. —No lo van a detener, ¿verdad?

—Hoy todavía no —respondió Winkler con frialdad—. Tenemos que verificar su nueva declaración. —Su mirada se clavó en Lukas—. Si nos vuelve a mentir, iré a buscarlo al aula con esposas. ¿Queda claro?

Lukas se limitó a mirar al suelo.

Los policías abandonaron la casa. La puerta se cerró. Nora se quedó de pie en el salón. Se sentía vacía por el miedo y la decepción. Lentamente se volvió hacia su hijo. Estaba hundido en el sofá, como un pobre desgraciado.

—Has mentido —dijo sin emoción—. ¿Por qué?

—Pensé que era mejor por lo de Hamburgo —se justificó.

—¡No pensaste nada! —gritó de pronto. La rabia estalló dentro de ella—. Has mentido a la policía, te has peleado, has robado y has perseguido a esa chica. ¿Qué te pasa?

Lukas se levantó de golpe. —¿Y qué se supone que me pasa? —le gritó a su vez—. ¡Yo no he matado a Charlotte! ¿Por qué nadie me cree?

—¡Porque has mentido! —Las lágrimas brotaron de los ojos de Nora—. Estás metido en un lío enorme, maldita sea. La policía está reuniendo pruebas contra ti.

Lukas la fulminó con la mirada. —Piensa lo que quieras. —Salió del salón hecho una furia.

Lo oyó subir las escaleras corriendo. Después se cerró de un portazo la puerta de su habitación. La casa tembló un instante y después se hizo el silencio.

Nora se quedó en medio de su nuevo salón sintiéndose más sola que nunca en su vida. Se dejó caer de nuevo en el sofá y se tapó la cara con las manos. El mundo se derrumbaba. Estaba pasando de verdad y ella no podía hacer nada para evitarlo. Solo había querido un nuevo comienzo, una vida normal, y ahora todo se desvanecía. Su hijo era claramente un sospechoso en un caso de asesinato. Y en lo más profundo de su ser, escondida en una cámara oscura de su corazón, una voz susurraba: *Quizá lo haya hecho*.

Pero Nora no quería creerlo. Buscó a tientas el móvil y quiso marcar el número de su padre. Tenía el dedo ya sobre el nombre cuando cambió de opinión. No necesitaba sermones, necesitaba a alguien que la comprendiera. Deslizó el dedo por los contactos del teléfono y se detuvo en Thomas Vogt. Su nombre brillaba en la pantalla como un salvavidas. Siempre era amable y le caía bien Lukas. Creía en su hijo y en ningún momento había expresado la menor sospecha contra él. Pulsó el icono de llamada.

—¿Nora? —oyó su voz preocupada—. ¿Va todo bien?

Rompió a llorar, aunque intentó contenerse. —No. Ha estado aquí la policía. Es horrible.

—Voy para allá —dijo él sin dudar—. En diez minutos estoy ahí.

No pasó ni la mitad de ese tiempo hasta que sonó el timbre. Thomas estaba en la puerta con una botella de vino tinto en la mano.

—¿Puedo pasar? —preguntó innecesariamente.

Se hizo a un lado y le cogió la botella. No debería beber tanto. Pero después del interrogatorio policial necesitaba algo que la tranquilizara. Nora fue a la cocina y abrió el vino. Thomas Vogt la siguió y la observó con el ceño fruncido.

—Cuéntame qué ha pasado —le pidió, y ella le abrió el corazón.

Le contó lo de los mensajes, la comisaria y la cámara.

—Lukas fue probablemente el último que vio a Charlotte con vida —terminó, y dio un largo trago de vino.

Thomas Vogt asintió con calma y dio también un sorbo a su copa. —Lukas es un adolescente en una situación extrema. Tiene pánico. Actúa de forma irracional. Eso no lo convierte en un asesino.

—Pero la cámara es una prueba —dijo Nora con voz temblorosa.

Thomas Vogt inclinó la cabeza pensativo. —La cámara solo demuestra que se encontraron. No conozco a Lukas desde hace mucho, pero no me parece un asesino a sangre fría. Al contrario, es sensible e inteligente.

Nora se aferró a sus palabras. Quería creerlas con todas sus fuerzas. Pero la duda la roía por dentro.

—Lo peor son sus mentiras. Ayer lo pillé en el sótano. Hay un hueco debajo de las baldosas. Ahora está vacío, pero juraría que Lukas encontró algo dentro.

Thomas Vogt enarcó las cejas. —¿En el sótano? —preguntó—. ¿Qué habría encontrado allí?

—Ni idea.

Thomas Vogt le puso la mano sobre la suya con gesto reconfortante. —No te preocupes tanto. No puede ser nada grave, si no la policía ya habría conseguido una orden de registro.

Nora cerró los ojos. Thomas tenía razón. Hasta ahora no había habido ningún registro domiciliario. Quizá no fuera todo tan terrible al fin y al cabo.

—Bebe otro trago —susurró Thomas—. Me quedo aquí todo el tiempo que me necesites. No te voy a dejar sola.

Aquel hombre le sentaba tan bien y la tranquilizaba. Nora bebió y, mientras el vino le nublaba los sentidos, se sintió por primera vez en horas un poco mejor.

33

Mia se quedó mirando el asiento vacío tres filas más adelante. Lukas no estaba. Era incapaz de seguir la clase. Aún sentía el miedo que le había tenido a Lukas el día anterior. Por centésima vez se preguntó si de verdad tenía algo que ver con la muerte de Charlotte.

En el recreo cruzó el patio del colegio con Lisa. Esquivaban las miradas de sus compañeros, que enmudecían en cuanto pasaban por delante y, poco después, cuchicheaban con más ganas aún. Lisa llevaba una bolsa de ositos de gominola en la mano, aunque no comía ninguno. Parecía haber dormido apenas por la noche.

—Todos dicen que han detenido a Lukas —susurró Lisa, y la desesperación se le notaba claramente en la voz—. No me lo puedo creer.

—Detenido no creo —respondió Mia—. Anoche pude ver desde mi ventana cómo la agente de policía se marchaba de nuevo con su compañero, sin él. A lo mejor hoy está enfermo.

—¿Tú crees que mató a Charlotte? —preguntó Lisa en voz baja y se detuvo. Miró a Mia con insistencia—. Es que con eso no podría. Ya sabes que me parece bastante guay. Uno no se puede equivocar tanto con una persona, ¿no?

Mia vaciló un instante. —A mí desde luego no me hizo nada y estuve casi una hora a solas con él en su casa. Pero ocultó cosas. Y

cuando llegó tu mensaje, me entró verdadero pánico. Salí corriendo de allí.

—Pero si Lukas no mató a Charlotte y Maurice tampoco, ¿quién fue entonces?

Mia reflexionó. —Tenemos que averiguar qué hacía Charlotte en ese aparcamiento. Creo que así encontraremos a su asesino. Y ya sé a quién preguntar. —Su mirada recorrió el patio hasta un grupo de alumnos de undécimo en cuyo centro estaba Maurice. Llevaba gafas de sol, aunque el cielo estaba nublado, y se reía de algo que alguien del grupo había dicho. El corazón de Mia dio un pequeño brinco. Una reacción que habría preferido reprimir.

—¿Maurice? —preguntó Lisa con escepticismo—. Ya lo interrogaste. Si miente cada vez que abre la boca.

—Me mintió con lo de la cámara. Pero ahora quiero la verdad sobre esa pelea. —Mia irguió los hombros—. Y por qué estaba en realidad en el aparcamiento. —Mia cruzó el patio con paso decidido. Lisa la siguió titubeante.

Cuando Maurice las vio llegar, interrumpió su conversación y se subió las gafas de sol.

—Eh, Sherlock, ¿cómo estás? —preguntó cuando ella se plantó justo delante de él.

—¿Por qué no me dijiste que te habías peleado con Lukas? —le espetó sin preámbulos.

Maurice retrocedió un paso. —Madre mía. Hoy estamos de mal humor. ¿Va todo bien?

Mia ignoró su mirada de preocupación. No quería dejarse engatusar otra vez por él.

—¿Por qué me mentiste? —preguntó.

Maurice suspiró y se pasó la mano por el pelo. —Pensé que no era importante. De verdad, me preguntaste por Charlotte, no por Lukas. ¿Quieres que te sea sincero? El tío está como una cabra, se me echó encima como un loco, y todo por mi cámara. ¿A quién le habría hecho daño que publicara el vídeo? —Levantó las manos con gesto interrogante—. El numerito nos habría dado un montón de clics a todos. Pero eso ya da igual. Por cierto, he quitado nuestros últimos vídeos, también el de la fábrica de pescado. Anne ya está

llorando porque nos está cayendo un *shitstorm*. La gente escribe que habíamos acosado a Charlotte o copiado sus localizaciones. No tengo ganas de esa discusión. Como he dicho, lo de Charlotte me da mucha pena. No se lo merecía.

—Aun así, podrías habérmelo contado desde el principio —dijo Mia en tono terco.

—Vale, no volverá a pasar, Sherlock. Al final siempre lo acabas descubriendo todo. —Le guiñó un ojo y de nuevo su corazón dio ese pequeño brinco traicionero.

—¿Se te ocurre qué podía hacer Charlotte en ese aparcamiento? —preguntó en tono más conciliador—. Quiero decir, tú vives prácticamente al lado. ¿Por qué fue Charlotte allí? Si ni siquiera tiene coche.

Maurice se rascó la barbilla pensativo. —Buena pregunta —murmuró—. Quizá quería grabar un vídeo nuevo. Aunque el aparcamiento no es exactamente un *lost place*. A lo mejor había quedado allí con alguien. —Se le acercó al oído y bajó la voz—. Una vez oí que en la escalera se trapicheaba con hierba y otras cosas.

—¿Quieres decir que Charlotte tomaba drogas? —reaccionó Mia horrorizada—. ¡Ni hablar!

Antes de que Maurice pudiera responder, sonó una voz estridente: —¡Aquí estás, Babe!

Anne se abrió paso entre Mia y Lisa y se le echó al cuello.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó con desdén y examinó a Mia de arriba abajo—. ¿Te están dando la lata otra vez con sus historias de psicópatas?

—Déjalo ya, Anne —dijo Maurice y se la llevó consigo, lejos de Mia y Lisa—. Nos vemos —dijo por encima del hombro, pasó el brazo por los hombros de Anne y desapareció con ella hacia el borde del patio. No le dedicó ni una mirada más.

—Deja de mirarlo así —siseó Lisa y la cogió del brazo—. Esto es cada vez más penoso. Solo está jugando contigo.

Mia apartó la vista. Lisa tenía razón. Maurice estaba con Anne y no parecía que aquello fuera a cambiar nunca. Huyó del patio de vuelta al edificio y se apoyó en la pared junto al tablón de sustituciones.

—Mira, se cancela educación física —observó Lisa.

Mia dio un paso al frente. —Es verdad —murmuró contenta y de pronto se quedó petrificada.

5.ª hora: educación física (Hagen) suspendida. Hora libre.

Un recuerdo destelló en su memoria. Hacía unos días había mirado el móvil de Charlotte y leído un mensaje en la pantalla de bloqueo.

¿Nos vemos ahora? Tengo una hora libre. H.

Primero habían pensado en Lukas Hoppe y después en el pintor Henry Polkert. Pero ¿y si no había sido ninguno de los dos quien le envió ese mensaje a Charlotte? Emocionada, golpeó con la yema del dedo sobre el nombre.

—¿Te acuerdas del mensaje para Charlotte de *H.*? Ponía exactamente lo mismo: tengo una hora libre. —Mia clavó la vista en la palabra del tablón de sustituciones—. ¿Y si la *H* no era ni de Hoppe ni de Henry, sino de Hagen? Él tiene a menudo horas libres entre sus clases.

Lisa la miró con los ojos muy abiertos. —¿Quieres decir que Daniel Hagen tenía el número de móvil de Charlotte? —Mia podía ver cómo el pensamiento trabajaba dentro de su cabeza y cómo hilaba la idea—. Un momento. ¿Se veían? —Se llevó la mano a la boca—. Dios mío. ¿Había algo entre ellos?

Los pensamientos se atropellaban en la cabeza de Mia. ¿No había contado Lisa que Charlotte había visto a Daniel Hagen en un portal de citas? Y luego estaba el pañuelo alrededor del cuello de Charlotte, que debía ocultar los moratones. Recordaba perfectamente el día en que Charlotte salió precipitadamente del aula de proyectos, con lágrimas en los ojos.

—Ni idea, pero a Charlotte le gustaba. Eso seguro. Y además Daniel Hagen tiene coche. —A Mia le entraron náuseas al llegar a esa conclusión—. Sería posible que hubiera quedado con Charlotte en el aparcamiento.

Lisa la miró como si se hubiera convertido en un alienígena.

—Pues yo no sé. ¿No te parece un poco exagerado?

Mia negó con la cabeza. Sentía que había algo detrás de aquello. —Tú misma me contaste que Daniel Hagen está soltero. Deberíamos

comprobarlo.

—¿Y cómo? No podemos ir a preguntarle sin más —siseó Lisa.

—Primero echamos un vistazo al aula de proyectos —propuso Mia. No esperó la respuesta de Lisa, sino que la agarró de la mano y tiró de ella. Bajaron las escaleras a toda prisa hasta la planta baja y recorrieron deprisa el pasillo, que olía a cera para suelos recién aplicada. El aula R.14 estaba vacía cuando Mia la abrió. Las persianas estaban bajadas y por todas partes había trípodes, cajas con cables y trastos técnicos. En las paredes había fotografías alineadas que se habían tomado durante el taller de medios. Una mostraba a los participantes del taller. Charlotte estaba en el extremo derecho y verla le produjo una punzada. Mia se dedicó primero a los cajones del escritorio del profesor. Pero aparte de papel en blanco, unos bolígrafos y gomas de borrar, no encontró nada. Ninguna carta de amor, ninguna foto ni ningún otro indicio. Lisa revolvió un armario metálico en la esquina. Se oyó un leve tintineo metálico cuando apartó las carpetas de anillas.

—Aquí no hay nada —dijo, y comenzó a registrar la estantería de al lado.

Mia se dejó caer frustrada en la silla. ¿Se habría equivocado? ¿Lo de la hora libre era solo una coincidencia y la H. correspondía en realidad a Hoppe o a otra persona? ¿Alguien a quien todavía no tenían en el punto de mira?

En ese momento la manilla de la puerta bajó. Mia se quedó paralizada. Ya no le dio tiempo a hacerle una señal de aviso a Lisa. La puerta se abrió de par en par y apareció precisamente Daniel Hagen. Su mirada lo decía todo. Estaban perdidas.

34

Daniel Hagen llevaba vaqueros y una camiseta. Del hombro le colgaba una bolsa de deporte, que dejó sobre una mesa.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó sorprendido y cerró la puerta tras de sí. La sala pareció encogerse al instante.

Lisa se había quedado petrificada delante de la estantería en la que acababa de rebuscar. Mia estaba sentada en la silla de Daniel Hagen y tampoco podía moverse. Hagen las había pillado y, si las mandaba a la directora, podían prepararse para lo peor.

Lisa fue la primera en reaccionar. —Estamos aquí… porque… bueno, queríamos preguntar si entretanto han quedado plazas libres en el taller de medios. Para el próximo semestre, digo. —Rio nerviosa—. Ya lo había intentado una vez. Pero por desgracia estaba todo completo. No le hemos encontrado en la sala de profesores y pensamos que a lo mejor estaba aquí.

Hagen examinó a Lisa con ojo crítico. Entornó los ojos. No parecía convencido.

—Tengo que revisar la lista de participantes, Lisa. Ya te había dicho que me pondría en contacto contigo en cuanto hubiera una plaza libre. Deberíais haber llamado a la puerta y esperado fuera. No podéis instalaros aquí como si nada. —Su mirada se desplazó hacia Mia y hacia el cajón de su escritorio, que seguía entreabierto. Mia notó cómo el calor le subía al rostro. Se había olvidado de cerrarlo.

—Lo sentimos —soltó Mia atropelladamente, con la esperanza de distraerle del cajón—. No queríamos molestar. La puerta estaba abierta y no pensamos que fuera nada malo. Nos vamos ya. —Se levantó de la silla de un salto y se encaminó hacia la puerta.

—Un momento —dijo Hagen y levantó la mano—. No tan deprisa. —Enarcó las cejas—. ¿Qué buscabais en el cajón? El formulario de inscripción para el taller seguro que no está ahí.

Mia abrió la boca, pero tenía la garganta cerrada. No tenía ni idea de qué contestar. Miró a Lisa presa del pánico, pero ella tampoco parecía encontrar una salida. El silencio se prolongó de forma insoportable. Daniel Hagen cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creo que vamos a ir los tres juntos a secretaría —dijo al final—. Seguro que a la directora le interesará saber por qué dos alumnas andan fisgoneando en un aula especializada.

En ese momento la puerta se abrió de golpe. Chocó con tanta fuerza contra el tope que la sala vibró. Un niño pequeño de quinto estaba en el marco de la puerta, completamente sin aliento. —¡Señor Hagen! —gritó, y la voz se le quebró al hacerlo—. ¡Tiene que venir inmediatamente al gimnasio!

Daniel Hagen se giró en redondo. —¿Qué pasa, Paul?

—Theo se ha caído de la espaldera. Tiene el brazo con una pinta muy rara. Tiene que venir rápido.

—Voy —dijo Hagen y soltó un improperio. Antes de abandonar la sala, se volvió una vez más hacia Mia y Lisa—. ¡Vosotras os quedáis aquí! —les ladró—. No hemos terminado. Resuelvo esto y vuelvo.

Después salió corriendo detrás del alumno de quinto.

Mia miró a Lisa presa del pánico. —Mierda. Nos va a caer una buena.

—Deberíamos largarnos sin más —propuso Lisa. Pero Mia negó con la cabeza.

—Mejor no, si no será todavía peor.

La mirada de Mia se desplazó hacia la mesa donde estaba la bolsa de deporte de Daniel Hagen.

—Deberíamos mirar rápidamente qué tiene en la bolsa. —Se levantó de la silla de un salto y corrió hacia la mesa.

—Mejor no hagas eso —advirtió Lisa—. Si nos pilla con las manos en la masa, estamos perdidas definitivamente.

—Pero es nuestra única oportunidad. No podemos registrar su casillero en la sala de profesores ni su piso. —Mia señaló la puerta abierta—. Rápido, ciérrala y vigila.

Lisa vaciló un instante y después hizo lo que le habían pedido. —Date prisa —siseó nerviosa.

Mia abrió la cremallera de la bolsa de deporte. Encontró una toalla, gel de ducha, calcetines. Rebuscó más hondo. En el fondo, debajo del chándal, palpó algo duro. Lo sacó a toda prisa. Apareció una caja blanca de cartón. Era el embalaje de una cámara digital, la misma Sony que también usaba Maurice.

—¿Qué es eso? —siseó Lisa desde el marco de la puerta.

—Una cámara —susurró Mia. Tenía los dedos helados—. Es nueva, sin estrenar, y es el mismo modelo que tenía Maurice. —Miró a Lisa—. El mismo modelo que encontraron junto a Charlotte.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lisa sorprendida.

Mia no lo sabía. Abrió la solapa de la caja y se olvidó de respirar.

—Aquí hay una tarjeta. —Mia la sacó y leyó en voz alta—: «Para Charlotte. Para que puedas conservar tus sueños. Con amor, H.»

—Dios mío —exclamó Lisa—. Tenías razón, Mia. La H es de Hagen. Le ha comprado una cámara. ¡Ese trasto cuesta una fortuna!

Mia dejó caer la tarjeta sin dar crédito. —Tengo que contarte una cosa —dijo con voz ronca, y las lágrimas se le agolparon en los ojos.

—Santo cielo, ¿el qué? —Lisa se acercó a ella y le cogió la mano —. ¿Qué tienes que contarme?

—Charlotte tenía moratones en el cuello, por eso llevaba siempre ese dichoso pañuelo en los últimos días. No quería que nadie lo viera. Cuando le pregunté por ello, aseguró que se había hecho daño en el ascensor estrecho de la villa durante su grabación de vídeo. — Mia sorbió por la nariz—. No la creí, pero no quise agobiarla. Quizá seguiría viva si yo hubiera dicho algo.

Lisa le puso las manos sobre los hombros. —Qué tontería. Eso no podías imaginártelo. No tienes ninguna culpa. No debes pensar eso.

—Hagen le hizo daño a Charlotte. Una vez salió del aula de proyectos con lágrimas en los ojos. No quiso hablar de ello. ¡Maldita

sea! Ojalá no la hubiera dejado marcharse sin más.

—Pero si ni siquiera sabemos si los moratones son de Hagen —intentó Lisa tranquilizarla.

No sirvió de nada. A Mia ya le cruzaba por la cabeza el siguiente pensamiento, que le provocó un escalofrío por la espalda.

—¿Te acuerdas de lo que Hagen le dijo a la policía? ¿Que Maurice era el único de su taller que tenía una Sony blanca así?

Lisa la miró sin comprender.

—Puso a la policía directamente tras la pista de Maurice, cuando él mismo tenía una cámara idéntica en su bolsa de deporte. Simplemente se lo calló. —Dio unos golpecitos en la caja—. Seguramente solo quería desviar la atención de sí mismo para que no saliera a la luz su aventura con Charlotte. Los novios y los maridos son siempre los principales sospechosos en un caso de asesinato.

—Pero ¿por qué sigue teniendo la cámara? —preguntó Lisa.

Mia tragó con dificultad. —Quizá pensaba dársela aquella noche. O discutieron antes de que pudiera regalársela. A lo mejor Charlotte quería dejarlo. Si ella rechazó el regalo, él tenía un motivo.

—¿Quieres decir que la mató porque ella le dio calabazas? —susurró Lisa.

Un ruido en el pasillo las sobresaltó. Unos pasos retumbaron por el corredor.

—¡Vuelve! —Lisa se apartó de la mesa de un salto—. Guarda la cámara.

Mia habría querido quedarse con la tarjeta. Pero si Hagen se daba cuenta de que faltaba, ataría cabos. A toda prisa le hizo una foto con el móvil y la volvió a meter en la caja. Empujó la caja de vuelta a la bolsa de deporte y cerró la cremallera. Después corrió de vuelta al escritorio y se dejó caer en la silla, mientras Lisa se plantaba delante de la estantería y hacía como si estuviera examinando un viejo trípode. Mia intentó calmar la respiración, pero tenía todo el cuerpo en tensión.

La puerta se abrió de golpe. Daniel Hagen entró. Parecía estresado y pálido. La mirada se le disparó de inmediato hacia la bolsa de deporte sobre la mesa; después miró a Mia.

—¿Está bien Theo? —preguntó ella e intentó reprimir el temblor de la voz.

Hagen asintió con sequedad y se pasó la mano por la cara. —La ambulancia viene de camino. Tengo que volver enseguida al gimnasio para recibir al médico. Parece una fractura complicada, pero sobrevivirá. —Se acercó a la mesa y agarró la bolsa de deporte —. La clase de hoy se acabó. Ahora mismo no estoy para discusiones. Podéis iros, pero como os pille otra vez aquí dentro sin permiso, os garantizo que el taller de medios será el menor de vuestros problemas. ¿Nos hemos entendido?

—Sí, señor Hagen —respondieron Mia y Lisa al unísono.

—Hasta mañana —dijo él y les sujetó la puerta.

Mia y Lisa pasaron a toda prisa por delante de él, antes de que pudiera cambiar de opinión. Solo cuando llegaron a la escalera se detuvieron jadeando.

—Por los pelos —resopló Lisa.

Mia tomó aire. —Al menos tenemos una foto como prueba.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó Lisa.

—Ya tengo una idea —respondió Mia y tiró de Lisa consigo.

35

Nora se sentía sorprendentemente bien. El interrogatorio de la policía aún le pesaba en el estómago, pero en las últimas horas había conseguido apartar los pensamientos sombríos y concentrarse en los aspectos positivos de su vida. Incluso el trabajo se le había dado bien ese día. La señora Arendt se había mostrado muy satisfecha con ella. Nora se alegraba, porque la directora no era precisamente generosa con los elogios. Era una buena señal para su nuevo comienzo. Además, estaba ya convencida de que Lukas no era un asesino, aunque se hubiera comportado de forma extraña en los últimos días. Y no solo lo creía ella, sino también Thomas Vogt. Una sonrisa le cruzó el rostro. Thomas se había quedado la noche anterior hasta muy tarde. Tanto, que al final se había calmado del todo. No recordaba haber conocido nunca a un hombre tan amable y con los pies en la tierra. La había escuchado, le había dado respuestas y le había quitado la preocupación por Lukas. La pubertad era simplemente agotadora, y tenía que aprender a lidiar con ello. No todo lo que parecía una catástrofe lo era en realidad. Necesitaba mucha paciencia y, sobre todo, una buena dosis de serenidad. Lukas percibía cada reproche por su parte como una imposición. Tenía que restablecer urgentemente la buena relación con su hijo.

Esa mañana, durante el desayuno, su nueva actitud ya había dado sus frutos. Lukas no había refunfuñado y después del trabajo incluso la había ayudado a desembalar cajas. Voluntariamente, sin que ella tuviera que decir una sola palabra. No lo había mandado al colegio para que pudiera recuperarse del interrogatorio policial. Pero como en algún momento se le había caído el techo encima, le había permitido ir al gimnasio. Que se desfogara y se despejara.

Nora se colocó un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja y se contempló en el espejo del recibidor. Se había cambiado el chándal por unos vaqueros ceñidos y una blusa con escote pronunciado. El corazón le latía más deprisa de lo que debería. Thomas había anunciado su visita. Quería ayudarla a colgar unas lámparas. Miró nerviosa el reloj. Le quedaban cinco minutos. Pero Thomas al parecer quería ser puntual, porque tres minutos más tarde sonó el timbre.

Nora respiró hondo, bajó las escaleras y abrió.

—Hola, Nora —la saludó él, y con su sonrisa se le aflojaron las rodillas.

—Pasa. —Se hizo a un lado y cerró la puerta tras él.

Thomas dejó su caja de herramientas en el recibidor y le tendió una caja de cartón.

—He traído tarta. Para coger fuerzas. —Sonrió con picardía.

—Gracias, pero no tenías por qué —respondió Nora sonriente y le cogió la tarta.

Pasaron al salón. Mientras Nora dejaba la tarta sobre la mesa, Thomas sacó sus herramientas. Nora le enseñó el trastero, de donde Thomas cogió una escalera a la que subió para soltar el viejo portalámparas del techo.

—Tienes unos techos muy altos —observó mientras golpeaba la escayola para comprobarla. Su mirada recorrió las paredes y siguió el trazado de las molduras hasta las esquinas—. Con estas villas antiguas nunca se sabe lo que se esconde detrás del revestimiento. Antes de tocar los cables, debería desconectar el fusible por precaución —dijo, y volvió a bajar—. ¿Dónde está el cuadro eléctrico? ¿En el sótano?

—Sí, justo al pie de la escalera —respondió Nora.

—Lo hago enseguida. Tú quédate aquí. —Thomas desapareció por el pasillo.

Nora oyó sus pasos en la escalera del sótano. Pasó un rato hasta que regresó. Parecía un poco falto de aliento, como si hubiera subido las escaleras corriendo.

—Listo —anunció, y se limpió las manos en el pantalón. Después volvió a subir a la escalera.

—¿Me pasas el destornillador? —preguntó, la miró desde arriba y le sonrió.

Montó la lámpara mientras Nora lo observaba. Patrick jamás la habría ayudado en casa. Thomas era realmente diferente. Los músculos se le tensaban bajo la camisa y transmitía calma y concentración. Le gustaba, y cuando bajó de nuevo de la escalera, se detuvo un instante muy cerca de ella. Nora percibió su colonia, que olía a hierbas y a bosque.

—Gracias —dijo ella y repartió la tarta en los platos.

—Vamos a colgar primero las lámparas de arriba, en la habitación de Lukas y en el pasillo —propuso Thomas y se echó la escalera al hombro—. Si como tarta ahora, no sé si seré capaz de ponerme otra vez en marcha.

Nora lo siguió hasta la primera planta. En la habitación de Lukas, Thomas colocó la escalera bajo el portalámparas del techo. Pero en lugar de subir, se acercó a la pared de enfrente de la cama y frunció el ceño.

—Los rodapiés de aquí parecen estar sueltos —observó, y dio unos golpes—. Este de aquí puedo incluso levantarlo. —Sostenía una moldura en la mano y chasqueó la lengua con desaprobación—. Deberías pedirles a los operarios que peguen bien los rodapiés.

—Eso haré —prometió Nora mientras él volvía a colocar el rodapié y montaba la lámpara.

—Es realmente una casa grande —constató cuando estuvieron de nuevo en el pasillo, y se acercó al montacargas junto a la escalera—. ¿Un pequeño montacargas? ¿Funciona todavía?

Nora asintió. —Se maneja con manivelas, sin electricidad.

—Nada mal —dijo Thomas con aprobación y abrió la compuerta —. Eso significa que podrías desayunar en la cama el fin de semana,

¿no?

Nora se rio. —Solo necesitaría a alguien que me preparara el café en la cocina y calentara los panecillos.

Thomas ladeó la cabeza. —Eso podría arreglarse —murmuró, y de pronto se acercó a ella. Estaba tan cerca que Nora podía ver las motitas doradas en sus ojos marrones. Le puso las manos en la cintura y se inclinó hacia delante. Cuando sus labios se encontraron, una oleada de excitación le recorrió el cuerpo. Thomas la besó con pasión y la estrechó con fuerza. Después la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. Nora se dejó llevar. Toda la tensión, el miedo por Lukas y la soledad de las últimas semanas se desvanecieron.

Más tarde yacían uno al lado del otro entre las almohadas. La luz de la tarde se filtraba amortiguada a través de las cortinas. Thomas se apoyó sobre el codo y le apartó un mechón de la frente.

—Podría acostumbrarme a esto —susurró con ternura.

Nora se sentía en el séptimo cielo. Habría querido retener aquel instante para siempre. Abrió la boca para decir algo cuando sonó el timbre de la puerta. Se incorporó sobresaltada.

—¿Es la policía? —De pronto el ambiente romántico se había esfumado. El pánico se apoderó de ella.

—A lo mejor es solo un repartidor o un vecino —dijo Thomas y se levantó de la cama.

Nora saltó también y se echó a toda prisa una bata encima. —Tengo que abrir. —Bajó las escaleras descalza a toda prisa y abrió la puerta de la calle. Se preparó para encontrarse con la comisaria, pero ante la puerta había un señor mayor con una gabardina impecable de color beige, un sombrero en la cabeza y una maleta de viaje a sus pies.

Nora se quedó petrificada. —¿Papá? —exclamó y se ciñó más la bata.

Su padre enarcó una ceja y la examinó de arriba abajo. La mirada se le detuvo un instante en los pies descalzos.

—Buenas tardes, Nora —dijo contrariado—. He intentado llamarte, pero no has cogido el teléfono. ¿Molesto?

—No… no —tartamudeó Nora—. Pasa, anda. —Había olvidado por completo que su padre le había anunciado su visita unos días

antes. Había contado con encontrarse con cualquiera en su puerta, incluso a la policía, pero no a él. Y menos precisamente ahora. Menudo momento.

Su padre entró y levantó la vista hacia la escalera. Nora habría deseado que se la tragase la tierra. Thomas estaba arriba, en el rellano. Se había puesto el pantalón y la camisa, aunque no todos los botones estaban abrochados, e iba descalzo. Sostenía las gafas en la mano y miraba inseguro de ella a su padre y de su padre a ella.

El silencio en el recibidor era mortal. El padre de Nora se quedó mirando a Thomas fijamente.

—Así que sí molesto —constató con frialdad y se dirigió a Nora—. Dijiste que los operarios habían terminado.

—Es Thomas y es profesor —respondió Nora resoplando—. Podrías haberme avisado con un poco más de antelación de cuándo llegabas exactamente.

Su padre se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. —Habría sido mejor, sí. —Le clavó la mirada—. Aun así, yo pensaba que teníamos aquí una crisis por lo de Lukas. Policía, investigación de un asesinato y demás. En cambio te encuentro con estas pintas. —Cerró los ojos un segundo y negó con la cabeza.

Thomas bajó despacio las escaleras. Se había puesto ya las gafas, lo que le daba un aspecto más serio, y le tendió la mano al padre de Nora.

—Buenas tardes, me llamo Thomas Vogt. Me alegra mucho conocerle.

El padre de Nora ignoró ostentosamente la mano tendida y se volvió hacia Nora.

—¿Dónde está mi nieto? He venido por él.

—Está haciendo deporte —dijo Nora con voz ronca. Quería llorar. La tarde había empezado tan bien y se había hecho añicos en cuestión de segundos.

Thomas dio un paso atrás. —Creo que será mejor que me vaya —le dijo suavemente a Nora—. Nos vemos mañana.

Nora se limitó a asentir. Thomas se calzó y cogió su chaqueta. Después la puerta se cerró tras él y Nora se quedó a solas con su

padre.

36

Mia tiró de Lisa en dirección a la secretaría. Cuando estaban a punto de llegar, Lisa se soltó de ella y se detuvo.

—No irás en serio a ver a la directora, ¿no? —preguntó Lisa con las manos en las caderas.

Mia puso los ojos en blanco. —No, ¿en qué estás pensando? —Miró a todos lados y susurró—: Quiero ir a la policía.

—¿Qué?

—¿No crees que deberían enterarse de la aventura?

Lisa torció el gesto. —Creo que lo descubrirán solos. Son profesionales.

—La comisaria me puso su tarjeta de visita en la mano expresamente, por si se me ocurría algo más. Quiero que atrapen al asesino de Charlotte, y rápido. Y tú también querrás sacar a Lukas del apuro, ¿no?

El rostro de Lisa se iluminó. —Vale. Pues vamos allá.

Pasaron de largo la secretaría del colegio y llamaron a la puerta de la sala de reuniones donde la policía había instalado su cuartel general provisional. Desde el asesinato, la presencia de los agentes en el colegio se había convertido casi en algo normal.

—Adelante —dijo una voz de mujer severa.

Mia bajó la manilla. Stefanie Winkler, la comisaria, estaba sentada a una mesa ovalada delante de su portátil. Detrás de ella,

junto a la ventana, su colega más joven hablaba en voz baja por el móvil. Sobre la mesa se apilaban expedientes. La comisaria levantó la vista de la pantalla y las invitó a pasar con un gesto.

—Mia, Lisa, ¿qué ocurre? —preguntó con mirada inquisitiva—. ¿Ha pasado algo?

Mia respiró hondo. Se acercó a la mesa mientras Lisa se quedaba pegada a ella.

—Hemos descubierto algo. Charlotte se veía con alguien.

Winkler se enderezó en la silla. —La escucho.

—Creemos que es nuestro profesor de educación física, Daniel Hagen.

En la frente de la comisaria aparecieron unas arrugas profundas. —¿Y cómo han llegado a esa conclusión?

Mia se lanzó. —Charlotte recibía mensajes de alguien que firmaba con H. Una vez tenía lágrimas en los ojos y salió prácticamente huyendo del aula de proyectos del señor Hagen. Llevaba un pañuelo para ocultar moratones en el cuello. Quizá discutieron y él la estranguló. Y luego hemos encontrado esto. — Puso el móvil con la foto sobre la mesa, delante de la policía.

Stefanie Winkler se inclinó hacia delante y examinó la imagen. Después se reclinó de nuevo y cruzó los brazos. —Lo que veo es una tarjeta escrita a mano —constató con frialdad—. El nombre Charlotte es muy popular y, por tanto, extremadamente frecuente. Solo en su curso hay tres Charlottes. —Señaló la H—. Y esta letra podría corresponder también a Hannes, o a Henry, Hugo, Hans y demás. Esto no es prueba de una aventura con un profesor. Esto es especulación.

Las palabras de la comisaria zumbaban en los oídos de Mia. ¿Estaba ciega aquella mujer? ¿Cómo podía no ver las conexiones?

—Pero el lugar del hallazgo es relevante —intervino Lisa—. La tarjeta estaba encima de la cámara en la bolsa de deporte del señor Hagen.

La mirada de Winkler traspasó a Lisa. —¿Han registrado la bolsa de su profesor?

Lisa apretó los labios hasta formar una línea fina y se quedó mirando las puntas de los zapatos.

—Se había dejado la bolsa olvidada en el aula de proyectos —se apresuró Mia a ayudarla—. Solo echamos un vistazo rápido y lo dejamos todo en su sitio.

La comisaria entornó los ojos. Cogió el móvil de Mia y amplió la imagen.

—Es una cámara Sony blanca —murmuró pensativa.

—Exacto —dijo Mia con vehemencia—. Es el mismo modelo que tiene Maurice. La cámara que encontraron junto a nuestra amiga muerta. Charlotte siempre había querido una así, pero no es precisamente barata. ¿A quién más, aparte de nuestra Charlotte, le iba a gustar esa cámara? A las otras Charlottes de nuestro curso seguramente no.

Winkler guardó silencio un momento e intercambió una breve mirada con su colega junto a la ventana, que había dejado de hablar por teléfono y escuchaba ahora con atención.

—Es un punto válido —dijo al final—. Si el señor Hagen ocultó que posee un modelo idéntico, eso suscita preguntas. —Le devolvió el móvil a Mia—. Lo comprobaremos y pediremos al señor Hagen que nos muestre el contenido de su bolsa y los recibos. Pero aun así, esto no es prueba de una aventura ni mucho menos de un asesinato. Y para que se queden tranquilas en lo referente a los moratones en el cuello de Charlotte: al parecer, en efecto se había liado con alguien. Según la autopsia, no se trata en absoluto de marcas de estrangulamiento. Son hematomas producidos por succión. Ustedes los llamarían chupetones.

Mia se quedó boquiabierta. Así que era cierto. Charlotte había tenido una aventura con Daniel Hagen.

La comisaria se levantó de la silla. —Nos ocuparemos de este asunto. Envíeme la foto, por favor, Mia. Mi número está en la tarjeta de visita. Muchas gracias por su colaboración. —Sonrió amablemente y asintió en dirección a la puerta. La conversación había terminado, evidentemente.

Mia y Lisa abandonaron la sala. Fuera, en el pasillo, Lisa preguntó: —¿Crees que nos cree?

Mia se encogió de hombros. —Al menos se ha quedado intrigada con lo de la cámara. No sabemos a quién más tienen en el punto de

mira.

—Espero que ya no a Lukas. Ahora tienen que centrarse primero en el señor Hagen. —Lisa torció el gesto—. Es curioso, hasta hace un momento me parecía un tío superatractivo. Desde lo del aula de proyectos ya no me parece nada genial.

—A mí me pasa lo mismo —respondió Mia, y de pronto se acordó de algo importante—. Anteayer vi al señor Hagen en casa de Lukas. Aparcó su coche familiar plateado justo delante de la villa y la madre de Lukas lo hizo pasar. ¿Qué demonios quería allí?

Lisa respiró hondo. —Ni idea, pero no suena bien.

—Y yo salí corriendo de la casa porque tenía miedo de que Lukas fuera el asesino de Charlotte. —Los pensamientos se atropellaban en su cabeza. No podía descartar que fuera culpable. Quizá había descubierto lo de la aventura y había matado a Charlotte por celos. Pero ¿habría tenido entonces la sangre fría de buscar con Mia el segundo vídeo de su hermana? Tendría que ser un actor de primera. No era descartable que lo fuera. Mia apenas lo conocía. Tenía que abordar el asunto con lógica. ¿Qué haría la comisaria en su lugar? La respuesta era obvia.

—Cuando llegue a casa, le preguntaré a Lukas qué quería el señor Hagen en su casa, y después ya veremos.

37

Mia pasó deprisa por delante de la villa. En la entrada había aparcada una berlina oscura con matrícula de Hamburgo. Seguramente era mejor no llamar al timbre. Quienquiera que estuviera de visita, parecía tener dinero. Al menos eso indicaba el coche caro.

Arriba, en su habitación, cogió los prismáticos de su padre y observó la villa a través de la ventana. En la terraza había un hombre canoso sentado leyendo el periódico. Mia no lo conocía. De Lukas o de su madre, ni rastro. Desplazó los prismáticos lentamente de ventana en ventana, pero los cristales opacos no revelaban nada. Le devolvían la mirada como ojos ciegos.

Mia bajó los prismáticos y cogió el móvil.

¿Estás en casa?, le escribió a Lukas.

La respuesta llegó al instante: *Sí, te veo.*

Mia miró hacia su habitación. Lukas había abierto la ventana y le hacía señas con la mano.

¿Quién es el hombre de la terraza?, le preguntó en el siguiente mensaje.

Mi abuelo. Ha aparecido esta tarde. Aquí hay mal ambiente. ¿Puedo ir a tu casa?

Mia tecleó solo cuatro letras como respuesta: *Vale*.

Lukas levantó el pulgar y le sonrió desde el otro lado. Después salió de su habitación y Mia esperó que apareciera en cualquier momento por la puerta principal. Pero esta no se abrió. Extrañada, volvió a coger los prismáticos. El abuelo de Lukas ya no estaba sentado en la terraza. En cambio, observó cómo las ramas de un seto se separaban. Lukas se escurrió entre ellas y saltó la valla hacia su parcela. Qué raro. ¿Qué demonios hacía? Se deslizó agachado por su jardín hasta que desapareció del campo de visión de Mia. Poco después sonó el timbre.

Mia bajó las escaleras a toda prisa y abrió la puerta. —Lukas, ¿por qué has venido por el jardín?

Lukas gimió. —En mi casa hay un ambiente que no te puedes imaginar. Mi abuelo y mi madre no se dirigen la palabra. Se han peleado por algo. He intentado averiguar por qué, pero no hay manera. El caso es que me he escabullido. El abuelo se ha retirado a la habitación de invitados y mi madre anda trajinando en la cocina. No me apetecía pedir permiso para venir y encima recibir un no.

—Pasa primero —dijo Mia, se hizo a un lado y cerró la puerta tras él—. Mi madre tiene turno de tarde en el hospital. Aquí estaremos tranquilos.

Lo llevó arriba, a su habitación, donde se sentaron en la cama.

—He vuelto a poner toda la casa patas arriba —contó Lukas—. Por desgracia, no he podido encontrar la segunda parte en ningún sitio. Me pregunto si quizá estaba también en el sótano, debajo de las baldosas.

Mia se dejó caer sobre el cojín. —Me habría encantado tener ese vídeo —dijo con aire soñador—. Es una manera de sentirme cerca de Jasmin otra vez. A lo mejor lo encontramos algún día. Cuando tu abuelo se vaya, puedo ayudarte a buscar.

Lukas le lanzó una mirada prolongada. —Pero entonces no te puedes ir corriendo otra vez sin más —murmuró, y en ese momento parecía tan vulnerable que Mia habría querido abrazarlo.

—Lo siento, no fui sincera contigo. Mi madre no volvió a casa. Fue Lisa, que me envió un mensaje.

—¿Lisa? —Lukas puso cara de sorpresa—. ¿Qué quería?

—Tú no te enteraste, pero Maurice le contó a la policía lo de vuestra pelea y que le quitaste la cámara. ¿Estuviste con Charlotte más tiempo aquella noche?

Lukas suspiró. —Yo tampoco fui del todo sincero —susurró con voz ronca—. No te seguí hasta casa, al menos no hasta el final. Más o menos a mitad de camino di media vuelta y volví a buscar a Charlotte. Pero no la encontré por ninguna parte. Así que entré otra vez en el búnker y me topé con Maurice. Le exigí que borrara el vídeo. No quiso y nos liamos a golpes. Le quité la cámara y salí. Charlotte estaba de repente justo delante del búnker. Le di la cámara. Estaba muy alterada y dijo que quería subir el vídeo inmediatamente. —Dejó caer los brazos—. Eso fue todo. Nos despedimos y cada uno se fue por su lado. El resto de la triste historia ya lo conoces.

—¿De verdad no le hiciste nada?

Lukas negó con la cabeza. —No. Me caía bien. De verdad. No te puedes imaginar cuánto me arrepiento de no haberla acompañado a casa aquella noche. No me lo perdonaré en la vida. Podría seguir viva.

Mia calló. Los mismos pensamientos la habían atormentado a ella también, y seguían haciéndolo. Debería haber hablado más con Charlotte. Entonces quizá esa terrible aventura con Daniel Hagen no le habría costado la vida.

—¿Por qué le mentiste a la policía y no les contaste ni a ellos ni a nosotras lo de la pelea? —Mia observó a Lukas con los labios apretados.

—Porque no quería que nadie me mirara como me estás mirando tú ahora —dijo Lukas, y su prominente nuez subió y bajó—. Tienes miedo de que le hiciera algo a Charlotte, y lo entiendo perfectamente.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos y Mia notó cómo un escalofrío le recorría la espalda. ¿Qué significaba que la entendía perfectamente? ¿Lo habría hecho al fin y al cabo y ahora estaba allí para hacerla callar? Había sido tan tonta como para contarle que su madre trabajaba en el turno de tarde. Y Lukas se había escabullido de la villa. Nadie se había dado cuenta de que ya no estaba. Le

habría gustado alejarse un poco de él, pero con eso probablemente lo provocaría.

—Entonces explícamelo —le pidió, y la voz le temblaba de miedo.

Lukas se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro frente a la cama. Se llevó las manos a las sienes y se pasó los dedos por el pelo.

—No dije nada por lo que pasó en Hamburgo.

Un vértigo inexplicable se apoderó de Mia al oír sus palabras. Charlotte estaba muerta. Él le iba a contar la verdad y después la mataría. Igual que a su novia en Hamburgo e igual que a Charlotte, que probablemente le había echado en cara lo de Hamburgo.

—Mis padres tenían un problema con el alcohol —dijo Lukas con voz áspera—. Mi padre le pegaba a menudo a mi madre. —Suspiró y se detuvo un instante—. Ella acabó en el hospital más de una vez cuando él había vuelto a pasarse con la bebida. Me contaba a menudo que quería separarse de él. Pero los dos eran uña y carne. Ella nunca lo habría dejado si él no hubiera muerto. Y de eso tengo yo la culpa.

—¿Qué pasó? —preguntó Mia y le extrañó que no hablara de su novia. De aquella a la que supuestamente había matado.

—Lo empujé escaleras abajo —dijo Lukas tan bajo que apenas lo oyó—. Estaba aporreando la puerta del dormitorio. Mi madre se había atrincherado dentro. Estaba tan fuera de sí que temí que la matara. Le grité que parara. Y cuando quise llamar a la policía, se lanzó contra mí. Forcejeamos y de pronto cayó de espaldas por las escaleras. —La voz de Lukas se quebró—. Había tanta sangre —susurró—. No se levantó. Ya no pude hacer nada. Estaba muerto.

Mia se quedó petrificada. —¿Tu padre está muerto? —musitó.

Lukas asintió despacio. Las lágrimas le corrían por las mejillas. —Sí, y yo lo maté.

—Pero fue un accidente —dijo Mia—. Y defensa propia.

Lukas asintió de nuevo. —Eso dice el expediente. Tenía solo quince años. Nadie me culpó nunca oficialmente. Pero eso no deshace lo ocurrido, y la mayoría de la gente me sigue considerando un asesino. Por eso nos fuimos de Hamburgo y queríamos empezar de cero aquí. —Exhaló un suspiro profundo y se dejó caer de nuevo

en la cama, junto a ella—. Y por eso no quería contarte lo de la pelea con Maurice. La policía, eso sí, conoce la historia.

El miedo de Mia hacia Lukas se desvaneció. Lukas no era un asesino. Solo había protegido a su madre. Todo lo demás había sido un accidente.

—Lo siento —dijo con voz ronca y le puso la mano en el brazo—. He oído rumores sobre ti en el colegio. Decían que habías matado a tu novia en Hamburgo.

Lukas soltó una risa amarga. —Claro. Rumores. Pero la verdad es peor, ¿no?

—No —dijo Mia con firmeza—. Defendiste a tu madre. Eso es valiente. —Lo miró a los ojos—. Te creo que no le hiciste nada a Charlotte.

—Pues no —masculló Lukas—. Nunca habría sido capaz de eso.

Mia no dudó más. Cogió el móvil de la mesilla de noche y lo desbloqueó. —Tengo que enseñarte una cosa. Lisa y yo hemos estado hoy en el aula de proyectos del taller de medios. Encontramos algo.

Le tendió la foto. Lukas entrecerró los ojos.

—¿Qué es eso?

—Estaba en la bolsa de deporte de Daniel Hagen —explicó Mia—. Tiene la misma cámara que Maurice y se lo ocultó a la policía. Y quería regalársela a Charlotte.

Lukas miró fijamente la pantalla. —¿H es de Hagen? —Abrió los ojos de par en par—. ¿Con amor? —Levantó la cabeza—. ¿Cómo se entiende eso?

Mia respiró hondo. —Charlotte y Daniel Hagen tenían una aventura. Al menos sospechamos que con Charlotte se refería a nuestra Charlotte.

El rostro de Lukas se puso blanco como la tiza. —Mierda —susurró—. Por Hagen estaba tan rara. Por eso nunca quería quedar conmigo. Aunque yo pensaba que sería otro alumno.

—Lisa y yo le hemos dado la foto a la policía. Creo que pronto detendrán a Hagen. ¿Qué quería exactamente en vuestra casa anteayer? Vi cómo tu madre lo dejaba entrar en la casa.

Lukas hizo un gesto con la mano para restarle importancia. —Me había olvidado la bolsa de deporte y él pasaba por allí y me la trajo.

Mia enarcó una ceja. —¿No te parece demasiado amable?

38

Había sido casi decepcionantemente fácil. Un juego de niños. Estaba de pie en la oscuridad, mirando hacia la noche. Su pulso latía tranquilo y acompasado. Lo tenía todo bajo control. Una risa queda le escapó de la garganta al pensar en aquella cara. Esos ojos grandes, abiertos de par en par. Esa expresión de espanto que poco a poco se había transformado en compasión. Y en confianza.

La había engatusado. Al parecer, las mujeres funcionaban todas según el mismo mecanismo primitivo. Se morían por hablar. Ansiaban una conexión, un alma gemela. Pero sobre todo anhelaban dos cosas que no podían ser más contradictorias. Necesitaban un hombro fuerte en el que apoyarse, pero al mismo tiempo querían sentir compasión.

Le sirvió exactamente la historia que ella quería oír. Y ella picó. Se abrió a él y lo dejó entrar en lo más íntimo de su ser.

Un sentimiento de triunfo lo inundó. Era embriagador sentir aquel poder. Podía dirigir las emociones de los demás como un director de orquesta dirige a sus músicos. Y nadie descubría sus mentiras. Todo lo contrario. Confiaban en él. No podían imaginarse lo oscura que era su alma en realidad. Cuánto disfrutaba ejerciendo ese poder. Y lo poco que le importaba matar.

Sus pensamientos regresaron a Charlotte. A la expresión de sus ojos cuando la levantó por encima de la barandilla del aparcamiento.

Ese instante en que comprendió que iba a morir y que no había nadie que fuera a salvarla. El miedo y el horror lo habían excitado. Desde entonces pensaba en ella todas las noches. Le encantaba leer los comentarios bajo su último vídeo. Te echamos de menos. ¿Quién te hizo esto? Miles de personas la lloraban, pero él era el único que conocía la verdad. Revivía su muerte una y otra vez. Esa pequeña zorra estúpida se lo había buscado. Si le hubiera hecho caso y le hubiera dado lo que quería, quizá todo habría sido diferente. Pero no, ella tenía que hacer preguntas y hurgar en cosas que no eran asunto suyo.

Ahora tenía que ocuparse de sostener sus mentiras. No era estúpido. Sabía que la euforia del poder podía ser peligrosa si uno descuidaba la precaución. La policía seguía dando palos de ciego, y así debía seguir siendo.

Respiró hondo. Iba a conseguir lo que le pertenecía. Y ahora tenía claro cómo.

39

La llegada del padre de Nora había cambiado la atmósfera en la villa. Aunque ella misma le había pedido ayuda, ahora se sentía como si hubiera perdido el control sobre su vida. Joachim Hoppe no había venido para consolarla ni para darle ánimos. Estaba allí para arremangarse y resolver un problema jurídico.

—Necesitamos una estrategia para el colegio —dijo, y tomó un sorbo de café. Llevaba las gafas de lectura puestas y estudiaba unos documentos que había desplegado con precisión junto a su plato—. Mientras duren las investigaciones, el colegio es un campo de minas. Lukas está expuesto a estrés emocional allí. Basta una palabra desafortunada en el patio para que corran nuevos rumores y tengamos una declaración de testigos en contra. Sería mejor que Lukas se quedase en casa.

Nora mordió la tostada en silencio. Lukas removía el muesli sin ganas y llevaba puestos los auriculares blancos. Probablemente no se enteraba de nada de lo que decía su abuelo. Que en los últimos días no hubiera echado en falta ni los vaqueros, ni la camiseta, ni siquiera la navaja, no hacía sino confirmar su terrible sospecha: la desaparición de las pruebas parecía haberle supuesto un alivio, razón por la cual tampoco hacía preguntas. Seguía dándole vueltas a si debería contarle a su padre la excursión al área de servicio donde había tirado los pantalones ensangrentados de Lukas, la camiseta y

la navaja. Pero el mero pensamiento le causaba malestar. Su padre ya desaprobaba su comportamiento de la víspera, cuando casi la había pillado in fraganti con Thomas Vogt. Aunque era adulta y en realidad no tenía nada que reprocharse, la situación le resultaba sumamente embarazosa. La mirada de su padre había bastado para hacerla encogerse de nuevo hasta el tamaño de una adolescente culpable.

Si le confesaba ahora que había destruido pruebas, probablemente estallaría. Era abogado y jamás haría nada que fuese contra la ley. Su padre defendía a sus clientes con todos los medios legales, pero nunca encubriría a nadie que estuviera ocultando un delito. Ya oía sus palabras resonando: obstrucción a la labor de investigación, destrucción de pruebas. No, tenía que guardarse aquello por el momento, aunque le costara.

El timbre estridente de la puerta arrancó a Nora de sus pensamientos. Quiso levantarse de un salto, pero su padre la detuvo.

—Quédate sentada —dijo, y se puso en pie.

Poco después regresó con la comisaria Stefanie Winkler y su compañero. A Nora se le cayó el alma a los pies.

—Llevaré a los señores al salón —dijo su padre e indicó a Nora que le siguiera.

Lukas se quedó solo en la cocina. Nora saludó a la comisaria y a su compañero con una sonrisa forzada y se sentó rígida en un sillón. ¿Qué demonios quería la policía otra vez? En tan poco tiempo no podían haber descubierto nada nuevo. ¿O acaso habían encontrado la ropa de Lukas en el área de servicio? Le entró calor y frío al mismo tiempo solo de pensarlo.

—Para su información: soy abogado y represento a mi nieto a partir de ahora. Si hoy o en el futuro tienen preguntas para él, se las formulan únicamente en mi presencia —declaró Joachim Hoppe, y permaneció de pie mientras los policías se sentaban en el sofá.

Stefanie Winkler parpadeó brevemente, pero no se dejó alterar. —Señor Hoppe, entonces seguro que puede ayudarnos a agilizar el asunto. Disponemos de los primeros resultados de la policía científica. En la ropa de la víctima y bajo sus uñas se encontraron

restos de ADN. Por eso quisiéramos una muestra de saliva voluntaria de su nieto, para poder descartarle como autor.

—Eso queda fuera de toda discusión —respondió Joachim Hoppe con calma—. Sin orden judicial, Lukas no da ninguna muestra. Es menor de edad.

—Si es inocente, le serviría para quedar libre de sospecha —objetó la comisaria.

—O le incriminaría, porque abrazó a Charlotte esa noche o le dio la mano —contraatacó el padre de Nora—. El ADN demuestra contacto, no un asesinato. Usted lo sabe tan bien como yo. Consiga una orden si cree que los indicios son suficientes. Hasta entonces, no podemos dar nuestro consentimiento a una prueba en ningún caso.

Winkler apretó los labios. La frustración se le notaba claramente. Nora disfrutó de su pequeña victoria. Su ánimo se iluminó al instante y ahora se alegraba de que su padre estuviera con ellos.

—Bien. Solicitaremos la orden —respondió la comisaria con un suspiro. Se apartó de Joachim Hoppe y miró a Nora—. Señora Hoppe, nos ha llegado la información de que la empresa de pintura de Gustav Kunze realizó las obras de renovación en su casa. ¿Es correcto?

Nora asintió brevemente. El cambio de tema la desconcertó.

—Uno de los empleados, un tal Henry Polkert, estuvo destinado aquí de forma permanente. ¿Puede confirmarlo?

—Sí. Los pintores eran tres. El señor Polkert era el más joven.

—¿Le llamó la atención algo? —preguntó Winkler sin perder a Nora de vista ni por un segundo—. Nos han dicho que Charlotte estuvo varias veces aquí en la casa para ver a su padre, que también estaba empleado en la empresa de pintura.

Nora no tuvo que pensarlo mucho; además, cualquier medio le parecía válido con tal de desviar la atención de Lukas. Ignoró la mirada de su padre, que le decía que se callara.

—De hecho, hubo un incidente. Se pelearon en el jardín porque Henry Polkert al parecer se había hecho ilusiones con Charlotte. Pero ella le dio calabazas. Él la llamó zorra estúpida y luego volvió a la

casa a trabajar. —Nora se calló la última parte: cómo Lukas había estado detrás del cristal observando la escena con gesto petrificado.

—Eso es interesante —dijo la comisaria—. ¿Hubo más incidentes de ese tipo?

Nora negó con la cabeza. —Solo presencié ese por casualidad.

Stefanie Winkler tomó nota. Parecía satisfecha. —Muchas gracias, señora Hoppe. Nos ha sido de gran ayuda. —Dedicó al padre de Nora una mirada fría—. Eso es todo por hoy. Le comunicaremos lo de la orden.

Cuando la puerta se cerró, Nora exhaló profundamente. Su padre le dio unas palmaditas en el hombro. —Habría preferido que me hubieras informado antes de ese altercado. Pero da igual. Los investigadores están ocupados de momento y van en otra dirección. Bien hecho, Nora.

—Gracias —dijo ella, y se sintió aliviada.

—Tengo que hacer unas llamadas e informarme de qué puedo hacer respecto a la prueba de ADN —anunció su padre y se retiró a la terraza. A ella le quedaba media hora antes de tener que presentarse en la secretaría.

Nora aprovechó el momento para escapar al piso de arriba. Se encerró en el baño y marcó el número de Thomas. Pero él no contestó. Su voz sonó desde el buzón. Un poco decepcionada, colgó. Seguramente ya estaba en el colegio o de camino. Le buscaría más tarde en el laboratorio de química. Se levantó del borde de la bañera y estaba a punto de salir cuando sonó su móvil. Contenta, descolgó. Sin embargo, no era Thomas al teléfono.

—¿Señora Hoppe? Soy Gustav Kunze. —La voz del maestro pintor, normalmente tan sereno y afable, sonaba estridente, casi un poco histérica.

—¿Señor Kunze? —preguntó Nora sorprendida—. ¿Es por la factura? No puedo transferir hasta principios del mes que viene. Eso es lo que habíamos acordado, ¿no?

—¿La factura? ¡Por el amor de Dios, no! —Gustav Kunze tomó aire audiblemente—. Señora Hoppe, acabo de tener una experiencia realmente desagradable. La policía se ha llevado a mi empleado. Se trata de Henry Polkert.

Nora se sintió fatal. ¿Era ella la culpable de esa detención? La comisaria no dejaba pasar una, por lo visto. —¿Le han detenido?

—¡Sí! Se lo han llevado esposado del taller. Al parecer hay pruebas. Un vídeo del aparcamiento. Nuestra Sprinter blanca entró allí la noche del crimen, poco antes de medianoche. Aparte de mí, solo Henry tiene llave, y yo estaba en casa. Mi mujer lo ha confirmado. Pero Henry no está casado y vive solo. No tiene coartada. Y eso que él suele aparcar allí cuando no encuentra aparcamiento delante de su casa. Yo se lo he permitido. Pero la policía no quiere oír hablar de eso. Están convencidos de que es el asesino.

—Dios mío —susurró Nora.

—Me han preguntado si tenía problemas con la chica. Si era agresivo. Maldita sea. Henry no es capaz de hacerle daño ni a una mosca. —La voz de Kunze temblaba—. Estoy metido en un buen lío. El padre de Charlotte lleva semanas de baja. Es comprensible. Pero ahora también me falta Henry. Voy a tener que cerrar el negocio. ¿Podría ayudarme y decirle a la policía que Henry siempre se comportó correctamente en su casa? La policía dijo que iban a buscar testigos al respecto. Seguro que pasan por su casa pronto.

—Por supuesto. Lo haré —prometió Nora, y se sintió aún peor. Se alegró cuando Kunze colgó y no tuvo que seguir mintiendo. ¡Maldita sea! ¿Era mala persona por haber desviado las sospechas hacia el pintor solo para proteger a su hijo? A su hijo, que tenía sangre en la ropa la noche en que Charlotte murió.

40

El olor fue lo primero que percibió Mia. Una mezcla húmeda y rancia de yeso mojado y aire viciado que se le metió por la nariz y se instaló allí. Estaba en un pasillo. La oscuridad la envolvía. Solo la luna ofrecía una luz pálida y fría cuando las nubes se desplazaban. Conocía aquel lugar, aunque no debería conocerlo.

Se encontraba en el pasillo de la villa. Pero no era la villa en la que había buscado la cinta con Lukas. Era una versión anterior. Una en la que el doctor Schenkenberg había hecho de las suyas. Donde en el sótano esperaban la camilla y el aparato de electrochoque. El papel pintado se había despegado de las paredes y colgaba hecho jirones. Debajo asomaba el yeso gris y desconchado. Grafitis de todos los colores empeoraban el aspecto ruinoso. El suelo estaba cubierto de escombros, cristales rotos y basura.

Mia puso un pie delante del otro. *No tienes que tener miedo*, dijo una voz en su cabeza. *Conoces este sitio.* Y era verdad. Conocía cada habitación de aquella casa. También sabía qué peldaños de la vieja escalera de madera estaban podridos y crujían. Los esquivó con destreza, como si hubiera subido cientos de veces.

Su sueño parecía tan real como si tuviera de verdad cinco años otra vez. Puso la mano en la barandilla y miró hacia arriba. De repente, un grito desgarró el silencio. Le siguieron un estruendo y unos pasos que se alejaban. Mia vio cómo, muy por encima de ella,

en el borde de la galería, una sombra se desprendía. Alguien se aferraba allí y trataba desesperadamente de izarse. Subió corriendo sin prestar atención ya a los crujidos. El tiempo pareció dilatarse. Se vio catapultada hacia arriba y de pronto flotó bajo el techo. Miró hacia abajo, a la profundidad. La sombra se agitaba con las últimas fuerzas y finalmente resbaló. Cayó girando desamparada en el aire, hasta que se estrelló contra el suelo con un sonido terrible y sordo.

Bajó corriendo hacia el cuerpo destrozado, cuyos miembros estaban retorcidos de forma antinatural. La voz de Lukas resonó en su cabeza. Su padre yacía allí inmóvil en el rellano. Estaba muerto. Mia se arrodilló temblando. Algo le resultaba extraño. El cuerpo despertaba un recuerdo que creía perdido. Extendió la mano para darle la vuelta. Un grito se le quedó atascado en la garganta y casi la ahogó.

No era el padre de Lukas. Era Jasmin, su hermana. La miraba con ojos vacíos y vidriosos.

Tú estuviste aquí, susurraron los labios muertos sin moverse. *Tú lo sabes.*

Mia se despertó sobresaltada y abrió los ojos de golpe. Respiraba con dificultad y tardó un rato en comprender que solo había sido un sueño. Aquello era una ilusión, no era real. La doctora Behrendt se lo había asegurado. El estrés producía esas imágenes en su subconsciente. No tenía por qué tener miedo. Aun así, el pulso le iba desbocado, y las imágenes que todavía le daban vueltas en la cabeza le parecían completamente reales.

—Mantenga la calma y aparte la ilusión —decía su terapeuta, y por fin sus palabras surtieron efecto. Mia volvió a respirar. Se fue calmando poco a poco y se dejó caer de nuevo en las almohadas. Solo era un sueño. Una pesadilla terrible.

Pero la imagen de su hermana muerta se le había grabado en la retina. No podía quitarse de encima la visión de los miembros retorcidos. No debería haberse tomado tan a pecho la historia de Lukas. Su cerebro estaba mezclando las cosas, evidentemente. Pero eso tenía una explicación psicológica, ¿no?

Mia se estremeció. Tenía que levantarse. Si se quedaba tumbada, se volvería loca. De puntillas, pasó por delante del dormitorio de su

madre para no despertarla. Después de su turno de tarde en el hospital, dormiría hasta más tarde. Abajo, en la cocina, se preparó un café y notó cómo las imágenes terribles iban desapareciendo poco a poco de su cabeza. Al mirar por la ventana, vio llegar a la cartera, que la saludó con la mano. Mia abrió la puerta de la calle y recogió un periódico y unas cuantas cartas. El periódico lo tiró sin miramientos sobre la mesa de la cocina. Luego fue pasando las cartas. Una iba dirigida a ella. Le dio la vuelta y se quedó petrificada al leer el remitente. No podía ser. Parpadeó, pero el nombre no quería desaparecer.

Charlotte le había enviado una carta. Las lágrimas le subieron de golpe. Acarició con la yema del dedo la letra de su amiga, como si así pudiera establecer una conexión invisible con ella. Después abrió el sobre con cuidado. Incrédula, sacó una hoja de papel y recorrió las líneas que Charlotte le había escrito, al parecer, dos días antes de su muerte.

Querida Mia:

Si estás leyendo esto, algo ha salido mal. Espero de verdad no tener que enviar nunca esta carta. O poder sacarla de vuestro buzón antes de que la encuentres. Pero tengo miedo. Alguien que se hace llamar *Spectrum* en las redes sociales me ha contactado. Quiere comprarme un vídeo que encontré en la villa de al lado de tu casa, y me ofrece quinientos euros si le entrego la cinta original y me callo la boca. Pero no me fío. Así que le voy a vender una copia. El original está en el cenador. Debajo de la tabla suelta, donde jugábamos de pequeñas. Por si acaso.

Con cariño, tu Charlotte

Mia releyó las líneas. Le entraron náuseas. *Spectrum*, ese era probablemente el asesino de Charlotte. Tenía que averiguar a toda costa quién demonios se escondía detrás. ¡El muy cabrón iba a pagar por su crimen! Se metió la carta en el bolsillo y salió corriendo. Tenía que hablar con Lukas. Por primera vez no sintió absolutamente nada al cruzar la verja de hierro fundido hacia la villa. Solo pensaba en Charlotte y en el vídeo que estaba en el jardín de los padres de su amiga. Llegó a la puerta de entrada y pulsó el timbre. Cambiaba el peso de un pie a otro, inquieta. Pasó una

eternidad hasta que por fin se abrió la puerta. Lukas apareció y abrió los ojos de par en par por la sorpresa.

—¿Mia? ¿Qué pasa? —Miró nervioso a su alrededor—. Mi abuelo está hablando por teléfono. No puedo dejarte entrar de ninguna manera.

—Tampoco hace falta. Lee esto. —Le puso la carta delante de las narices.

Lukas recorrió las líneas. Movía los labios en silencio. Cuando llegó al nombre del comprador, se detuvo. —¿Spectrum? —susurró, y levantó la vista—. Eso me suena.

—¿Tienes idea de quién se esconde detrás? ¿Quizá Daniel Hagen?

Algo se puso en marcha en la cabeza de Lukas. Entonces le agarró la mano y tiró de ella hacia dentro de la casa. —Ven conmigo —siseó.

La llevó hasta el perchero de la entrada y señaló una chaqueta azul.

—Mi madre dice que es de Henry Polkert. Se la olvidó aquí y debería haberla recogido hace tiempo, pero por lo visto la policía le ha detenido por el asesinato de Charlotte. Yo rebusqué en ella, simplemente por curiosidad. —Lukas metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una libreta negra—. Ábrela.

La abrió y se quedó petrificada. —Propietario de este libro: SPECTRUM.

—No puede ser —exclamó, y hojeó las páginas de la libreta, que estaban todas en blanco y sin usar—. ¿Por qué iba a comprarle a Charlotte un vídeo bajo ese nombre?

Lukas se encogió de hombros. —Ni idea. Pero algo importante tiene que haber en él. ¿Dónde está el vídeo del que habla Charlotte?

—En el jardín, en casa de sus padres —respondió Mia y guardó la libreta en el bolsillo interior—. Vamos a comprobarlo ahora mismo.

41

El camino a la casa de los padres de Charlotte no era largo. Delante de la casa no había ningún coche, las persianas estaban bajadas y en general parecía abandonada.

—Lo mejor es que vayamos por detrás —propuso Mia.

Se deslizaron junto al seto, que les llegaba a las rodillas, y avanzaron pegados a la fachada hasta alcanzar la parte trasera de la parcela. Al fondo del césped se encontraba el cenador en el que ella había jugado de niña con Charlotte. Consistía únicamente en cuatro columnas de madera lacadas en blanco, un techo cubierto de cañizo y el suelo revestido de tablas de madera.

Mia pisó la tarima de madera. Sabía exactamente cuál de las tablas estaba suelta. Charlotte lo había escrito en su carta, pero Mia también se acordaba por sí misma. Sin dudarlo, se arrodilló y tanteó el suelo.

—Aquí —susurró, y levantó la tabla de atrás a la derecha. La madera crujió suavemente. Debajo, entre las vigas y la tierra húmeda, había una vieja lata de galletas oxidada en la que ya de niñas habían escondido golosinas y canicas brillantes. A Mia el corazón le latía en la garganta cuando levantó la tapa. Apareció una bolsa de plástico. Mia metió la mano y sacó una cinta MiniDV. Exactamente igual que la que Lukas había encontrado en el sótano de su casa.

—No me lo puedo creer —murmuró, y le dio la vuelta a la cinta para poder leer la etiqueta. Lukas se inclinó con curiosidad por encima de su hombro.

—¿Qué pone?

—Jasmin, segunda parte —leyó en voz alta, con la voz temblándole de tensión.

Se quedó mirando la pequeña pieza de plástico en su mano, que no pesaba casi nada y sin embargo parecía pesar toneladas.

—Con razón no encontramos la cinta en tu casa. Estuvo escondida aquí todo este tiempo —dijo Mia—. Tengo curiosidad por ver qué hay grabado.

—Lo averiguaremos —respondió Lukas.

Mia volvió a meter la cinta en la bolsa y la hizo desaparecer en el bolsillo de su chaqueta. Colocó de nuevo la tabla sobre el hueco y se levantó. —Lo mejor es que usemos la videocámara de mi padre.

Volvieron a toda prisa a la casa de los padres de Mia y subieron de puntillas la escalera hasta el despacho, porque su madre seguía durmiendo. Mia cerró la puerta de la habitación, metió la cinta en la voluminosa videocámara y respiró hondo. Luego pulsó el botón de inicio con dedos temblorosos. La conocida pantalla azul parpadeó y apareció una fecha.

Era el día de la muerte de su hermana.

Mia tragó saliva y se quedó mirando la pantalla hipnotizada. No era el sótano, sino una habitación en la planta de arriba de la antigua villa de al lado. Del techo colgaba una única bombilla que emitía una luz fría y azulada. La cámara se desplazó hasta un colchón en el suelo. Su hermana estaba sentada en él con las piernas cruzadas y sonreía a la cámara.

—¿Acaso te da miedo bajar conmigo al sótano? Podría darte una pequeña descarga eléctrica —dijo con los labios artificialmente fruncidos, pestañeando de forma provocativa.

—Te prefiero aquí arriba —respondió el hombre, que evidentemente estaba detrás de la cámara grabando—. ¡Quítate la camiseta!

La expresión de Jasmin cambió de golpe. La sonrisa había desaparecido. En su lugar, algo distinto se le encendió en los ojos.

Mia miró con atención y reconoció un destello pequeño, apenas perceptible. Era miedo.

—Ni hablar —soltó Jasmin con gesto desafiante, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me lo prometiste —insistió el hombre—. Si me quieres, lo harás.

—No quiero hacerlo.

—Vamos, pequeña. Déjame ver tus pechos solo una vez.

Jasmin negó con la cabeza. La cámara se tambaleó y de pronto quedó inmóvil. Un hombre joven al que Mia no había visto nunca entró en el encuadre. Al parecer, la cámara estaba ahora montada en un trípode. El hombre, de pelo rubio y corto, se acercó a Jasmin. Se movía de espaldas a la cámara, de modo que Mia no podía verle la cara. Llevaba vaqueros y una camisa negra. Y zapatillas deportivas blancas.

—Solo grabamos una escena —le dijo a la hermana de Mia—. Túmbate.

Jasmin siguió sentada, tozuda. Él le agarró los brazos y la empujó sobre el colchón.

—¡No! —gritó Jasmin mientras él se apretaba entre sus piernas.

Mia sintió náuseas. Maldita sea. ¿Quién era aquel hombre y qué estaba haciendo? ¿Estaba violando a Jasmin?

De alguna manera, su hermana consiguió zafarse de debajo de él. Le empujó a un lado y rodó fuera del colchón. Se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación.

—¡Jasmin, quédate aquí! —maldijo el hombre y salió tras ella a toda prisa.

La cámara seguía grabando, filmando el colchón vacío. Algo retumbó en algún lugar de la casa. Jasmin gritó.

—¡No me toques!

Entonces sonó un ruido que le heló la sangre en las venas a Mia. Un fuerte y horrible crujido de madera vieja al astillarse. El chirrido del metal. Mia no tenía ni idea de qué era aquello. Jasmin gritó. Un alarido agudo y lleno de pánico que de pronto se alejó. Después, algo pesado retumbó. Y de repente reinó el silencio.

Mia rompió a sollozar. —La ha empujado.

Lukas miraba el monitor estupefacto. El hombre volvió a aparecer en la imagen. Parecía presa del pánico y se mesaba el pelo. Pero seguía de espaldas a la cámara.

—Mierda —le oyeron jadear—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Agarró una bolsa del suelo y desapareció de la imagen. La cámara siguió grabando. Pero ya no se veía más que el colchón vacío.

Mia aporreó el botón de parada. No podía soportar el vídeo ni un segundo más. La pantalla volvió a ponerse azul. Le temblaba todo el cuerpo. —Ese maldito cabrón ha matado a mi hermana —sollozó en voz alta y hundió la cara entre las manos.

Lukas le puso una mano en el hombro para consolarla. —Tenemos que entregar el vídeo a la policía —dijo en voz baja.

Mia vaciló. —Pero si ni siquiera sabemos quién es ese hombre que estaba con Jasmin. Y tampoco tenemos ni idea de por qué el otro hombre, el que se hace llamar *Spectrum*, quería comprarle este vídeo a Charlotte.

Lukas suspiró y rebobinó el vídeo hasta que el hombre rubio apareció de nuevo en la imagen. —Por desgracia, no se puede ver si es Henry Polkert o no. En el fondo, podría ser cualquiera. El pelo también se puede teñir.

—El tipo del vídeo es demasiado joven —dijo Mia.

—El vídeo se grabó hace más de diez años. Para entonces, Polkert habría tenido más o menos dieciocho, encaja.

—O simplemente es un pervertido al que no conocemos de nada y que se dedica a conseguir vídeos así —añadió Mia, y luego se calló.

Durante un rato, ninguno de los dos dijo una palabra.

—Tengo una idea —anunció Lukas al fin—. Averiguamos nosotros mismos si Polkert está detrás de este vídeo. Le tendemos una trampa.

Mia levantó la vista hacia él. —¿Y cómo piensas hacerlo?

—Muy sencillo. Le ofrecemos el vídeo en venta.

42

Unos días antes

Aunque estaban en pleno abril, Charlotte se sentía como un carámbano. Había subestimado por completo el frío húmedo del bosque por la noche. Su fina chaqueta negra de nailon mantenía la humedad a raya y le daba un look de agente secreto muy molón, pero no abrigaba ni un poco. Se rodeó el torso con los brazos y se detuvo a cierta distancia del búnker. Sus amigos la habían decepcionado y se habían largado sin más. Y eso que Maurice solo les había gastado una broma pesada. Había reconocido su cámara, clarísimamente. Una Sony ZV-1 blanca, la cámara digital perfecta para videobloggers, que ella llevaba tiempo deseando. Por desgracia, le faltaba el dinero. Aunque esta noche eso podría cambiar.

—Mierda —maldijo en voz baja al engancharse en una rama con espinas que se agarró a la tela del pantalón. Soltó la rama con cuidado y dio unos pasos más hacia el búnker.

La velada hasta el momento había sido una catástrofe. Primero había usado a Lukas, el nuevo, como cebo para fastidiar a Maurice y Anne. Ella también podía meter a un tío guapo en su vídeo. Maurice no tenía por qué darse tantos aires con su numerito del rapel desde el tejado de la fábrica de pescado. Quería robarle los *followers*, pero

no lo iba a conseguir. Aunque tenía que reconocer que el vídeo de la fábrica de pescado era genial. Pero que ahora le sabotease la grabación la ponía de verdad furiosa. Lo que más le habría gustado era irrumpir en el búnker y zarandearle.

Pero algo la frenaba. ¿Y si Lisa tenía razón y el de ahí abajo no era Maurice? Al fin y al cabo, no quería quedarse a solas con un loco que cantaba canciones infantiles en aquel búnker espeluznante. La puerta del búnker había estado abierta. Cualquiera podía entrar. Y seguramente también se podía cerrar. Encerrada en un búnker de la Segunda Guerra Mundial sin cobertura de móvil. No se le ocurría una pesadilla peor.

Indecisa, dio unos pasos más hacia el búnker cuando de pronto percibió algo a su espalda. Rápidamente se agachó detrás de un grueso tronco de árbol. ¿Quién demonios andaba merodeando por ahí en plena noche? No podía ser Maurice, porque los pasos venían de la otra dirección.

Una figura grande y oscura se desprendió de las sombras de la espesura y se dirigió a toda prisa hacia el búnker. Charlotte conocía esa forma de andar. Tardó dos segundos en comprender que era Lukas, que bajaba allí.

Se deslizó también hasta la entrada y aguzó el oído. Los pasos se desvanecieron en algún lugar de las profundidades. Se le puso la piel de gallina. Aun así, siguió adelante. Quería saber qué estaba pasando. Cuando llegó al pie de la primera escalera, oyó voces fuertes y gritos. Sin lugar a dudas, Lukas y Maurice se estaban pegando. Con eso no quería tener nada que ver. Subió rápidamente de nuevo y se escondió detrás del árbol más cercano. Esperó un rato, hasta que Lukas salió del búnker.

—Lukas —le llamó y salió de su escondite—. ¿Qué demonios hacías ahí abajo?

Él levantó algo que ella no pudo distinguir de inmediato en la oscuridad.

—Le he quitado a Maurice la maldita cámara —gruñó—. El muy cabrón no quería borrar el vídeo de nosotros. Seguro que lo habría subido y nos habría puesto en ridículo a todos.

Charlotte no daba crédito. —¿Tienes la cámara y el vídeo? ¿En serio? Eres el mejor. —Corrió hacia él y le abrazó con ímpetu.

—Toma —dijo Lukas, algo cortado, y le puso la Sony blanca en la mano—. Puedes borrar la grabación y devolvérsela a Maurice mañana.

—Gracias —susurró Charlotte y cerró los dedos alrededor del metal frío.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Lukas, esperanzado. Pero ella negó con la cabeza.

Lukas no era su tipo, a ella le gustaba Daniel Hagen y además tenía otros planes.

—No —se apresuró a decir—. Yo voy para el otro lado. Pero es un detalle que lo hayas preguntado. —Le dedicó una sonrisa ensayada —. Hasta mañana, Lukas.

Charlotte se dio la vuelta y echó a andar. Por un momento temió que Lukas la siguiera. Miró por encima del hombro. Él seguía inmóvil junto al búnker, mirándola. Aceleró el paso y no se detuvo hasta que salió del bosque y llegó a la carretera principal en dirección al centro. Un vistazo al reloj le indicó que le quedaban veinte minutos hasta el punto de encuentro. ¿Estaría haciendo lo correcto? Charlotte aminoró la marcha y pensó en dar media vuelta.

Claro, los quinientos euros que un desconocido le había ofrecido por una cinta viejísima eran tentadores. Pero no conocía a aquel tipo. Y el aparcamiento que ella misma había propuesto como punto de encuentro de repente ya no le parecía tan buena idea. Había creído que la videovigilancia aumentaría su seguridad. Nadie cometía un delito si le estaban grabando. Pero ahora, de noche, le asaltaban las dudas. ¿De qué le servían las cámaras si en la oscuridad no captaban más que sombras negras? Una sensación desagradable en el estómago la oprimía. Llevaba días arrastrándola. Quizá era por Daniel, su profesor de educación física, que la presionaba cada vez más. Al principio de su relación le parecía romántico que fuera tan posesivo. Pero últimamente se sentía controlada y casi encerrada. Tenía la impresión de que la seguía a escondidas. Había visto varias veces su coche familiar plateado pasar por delante de su casa. Se planteaba en serio dejarlo. Una vez ya lo había intentado. Pero

cuando él puso su mirada triste de cachorro, cambió de opinión. Simplemente no sabía decir que no.

Pero Daniel Hagen era en este momento su menor problema. Estaba a punto de reunirse con el desconocido en el aparcamiento y, si todo iba bien, en media hora como mucho sería quinientos euros más rica. Torció por la calle lateral que llevaba al aparcamiento. Su mirada se posó en un buzón amarillo en la esquina. Sin pensárselo dos veces, sacó el sobre del bolsillo de la chaqueta, el que había preparado a toda prisa en casa para Mia. Por si acaso. Lo echó al buzón. La ranura de metal resonó suavemente. En ese mismo instante oyó pasos detrás de ella y se giró de golpe. La calle estaba vacía. Por lo visto, los nervios le estaban jugando malas pasadas. Apretó la cámara de Maurice contra su cuerpo. El metal frío le resultaba agradable. Pronto tendría una igual.

¿O no? ¿Y si el desconocido que le había escrito por Snapchat se enfadaba porque solo llevaba una copia? Pero no podía entregar el original, al fin y al cabo. El vídeo pertenecía a Mia, porque en él se veía una grabación antigua de Jasmin. Charlotte lo había encontrado durante su rodaje en la villa vacía, en un hueco detrás de un rodapié suelto en la primera planta. Por supuesto, enseguida había sacado del armario la vieja videocámara de su madre y lo había visto, pero el contenido la había perturbado. Jasmin se había reunido con un tipo mayor que quería hacer juegos sexuales perversos delante de la cámara con ella. Cuando la cosa se puso violenta, Charlotte había parado el vídeo. Esas cosas no las soportaba. En realidad tendría que haber ido directamente a Mia con la cinta. Pero ¿cómo se lo habría explicado?

«Eh, Mia, mira, tu hermana muerta tenía un novio mayor y pervertido y se dejó grabar.» No, eso no podía hacerlo. Jasmin era una santa para Mia. Un ángel que había muerto demasiado pronto. Charlotte no quería destruir esa imagen.

Y entonces se había puesto en contacto *Spectrum*. Había descubierto la cinta en su vídeo de la villa vacía y le había ofrecido mucho dinero por ella. Pero de alguna manera el asunto le olía raro y por eso había tomado precauciones. Si le pasaba algo, Mia recibiría una carta. Su amiga la entendería. Tenía que hacerlo.

Charlotte llegó al aparcamiento y se detuvo delante. Le quedaban unos minutos hasta la hora del encuentro. Tiempo suficiente para subir el vídeo del búnker. Sacó el móvil del bolsillo y se dio cuenta de que se había olvidado de parar la grabación. No solo había grabado el búnker, sino todo el camino hasta allí. Charlotte abrió una aplicación y empezó a editar el vídeo. Deslizó el dedo por la pantalla y recortó la grabación. Luego subió el clip y echó un vistazo a su trabajo.

—Maldita sea —maldijo cuando terminó el vídeo. No había borrado del todo la última parte. Los dos o tres segundos finales mostraban el aparcamiento y las farolas de delante. Miró el reloj y maldijo de nuevo. No le quedaba tiempo para corregirlo. Spectrum la estaba esperando. Da igual, pensó con gesto desafiante. El final del vídeo era oscuro y tembloroso. Seguramente nadie se fijaría. Lo importante era que estaba en línea. Se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y subió por la escalera hasta la última planta. La figura oscura que esperaba allí parecía un agente del FBI. El hombre llevaba un pasamontañas, por lo que no podía distinguir ni su rostro ni el color del pelo. Por un momento deseó llevar también una máscara.

—¿Tienes la cinta? —preguntó Spectrum, y su voz le resultó extrañamente familiar. Pero no conseguía recordar de dónde.

Asintió y sacó el lápiz USB de su bolsillo.

—Quiero la cinta, no una copia. Así era el trato —le espetó el hombre.

—Sorry, he perdido la cinta, pero por suerte hice una copia antes. Es la única. O sea, casi un original.

Spectrum la observó un rato en silencio. Luego le quitó el lápiz USB.

—¿Y esta es la única copia?

—Sí —mintió Charlotte—. ¿Me das ya mi dinero?

En lugar de una respuesta, su mano salió disparada hacia ella y le agarró con fuerza la garganta. Antes de que Charlotte pudiera reaccionar, el hombre la lanzó por encima de la barandilla del aparcamiento. Cayó y cayó. Todo se volvió oscuro antes de que pudiera sentir el impacto.

43

Eran casi las ocho de la tarde. Solo en la cocina de la villa había una luz tenue encendida sobre la isla central. Mia estaba de pie junto a la encimera, con los dedos aferrados al granito frío con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Empezó a notar un latido en las sienes. Se anunciaba un ataque de migraña, como siempre justo cuando menos convenía.

—¿Estás seguro de que tu madre y tu abuelo no van a volver antes? —preguntó Mia en voz baja, mirando nerviosa a Lukas, que estaba apoyado en el marco de la puerta.

—Al cien por cien. El abuelo ha conseguido entradas para un concierto en la Filarmónica de Colonia. Quería distraer a mi madre y que pensara en otra cosa. Con el trayecto y la cena, no estarán de vuelta antes de medianoche.

Mia se frotó la sien palpitante. —Aun así, ¿de verdad crees que Henry Polkert se va a presentar aquí? Tu madre ha dicho antes que no lo han soltado hasta mediodía. Seguro que la policía le vigila ahora las veinticuatro horas. Estaría loco si apareciese por aquí.

Lukas comprobó por décima vez la diminuta cámara que había escondido en la estantería entre las tazas. —Puede que esté loco —replicó sombrío—. Pero quizá ahora se siente más seguro que nunca. La policía lo ha dejado ir. Si se esconde detrás del nombre Spectrum, vendrá. Quiere comprar el vídeo. Él mismo lo ha escrito antes.

Mia asintió y recordó con un escalofrío el breve intercambio de mensajes. Había sido un juego de niños localizar en TikTok el perfil llamado *Spectrum*, del que Charlotte había hablado en su carta. Había dejado un discreto «me gusta» en su último vídeo. Solo le habían enviado un mensaje directo: *Tengo el original.* Su respuesta llegó en menos de un minuto.

Se quedó mirando la cinta MiniDV que estaba sobre la mesa de la cocina. El cebo que debía desenmascarar al asesino de Charlotte. Naturalmente, era una locura. Cualquier persona normal habría llamado a la policía. Pero la policía consideraba a Lukas el asesino. Si querían poner fin a aquella pesadilla, tenían que hacerlo ellos mismos. Y estaban preparados.

Los siguientes veinte minutos los pasaron casi en silencio. Pero no ocurrió nada. Nadie rondaba la villa ni miraba por las ventanas. Nadie intentó entrar.

Mia suspiró decepcionada. —Seguramente ha sido una idea estúpida. No viene nadie.

En ese instante sonó el timbre de la puerta. A Mia el corazón le dio un vuelco. Lukas irguió los hombros.

—No habría esperado que llamase al timbre de la puerta principal —dijo desconcertado, y salió de la cocina para abrir. Mia le siguió nerviosa. Lukas miró por la mirilla y dejó caer los hombros.

—Es solo Thomas Vogt —susurró—. Le prometió a mi madre que vendría a colocar unas lámparas. Seguro que se le ha olvidado decirle que esta noche no está. —Puso los ojos en blanco—. Lo que nos faltaba.

Lukas abrió la puerta. —Hola, señor Vogt —le saludó amablemente.

El profesor de química llevaba un paraguas en la mano. Vestía un pantalón gris y una camisa blanca, y miró sorprendido a Mia y a Lukas, alternando la vista entre ambos.

—Hola, chicos —dijo con su tranquila voz de profesor, y sonrió—. Perdón por la molestia. Nora, tu madre, me acaba de llamar y me ha pedido que pasara. No ha podido localizarte en el móvil y está preocupada. Solo quería asegurarse de que todo está bien, y le he prometido echar un vistazo rápido.

Mia notó cómo la adrenalina se disipaba y daba paso a un cansancio plomizo. Claro, la madre de Lukas mandaba a un vigilante.

—Estamos bien. Solo estamos viendo una película. Puede decirle a mi madre que todo va bien. O la llamo yo mismo ahora —dijo Lukas, e hizo ademán de cerrar la puerta. Vogt tenía que desaparecer. Si Henry Polkert lo veía allí, saldría corriendo. Pero el profesor de química no hizo amago de irse.

—¿Seguro? —preguntó, y cerró el paraguas—. ¿Puedo pasar un momento? Hace un tiempo horrible fuera. Además… —señaló el perchero del pasillo—, mi chaqueta azul sigue colgada aquí. Me la olvidé ayer.

Mia se quedó helada. —¿Su chaqueta? —Miró hacia la chaqueta azul del perchero. La chaqueta en la que habían encontrado la libreta. La libreta que pertenecía a *Spectrum*.

—Pero si es de Henry Polkert —se le escapó a Mia.

Vogt rio en voz baja. Se deslizó suavemente junto a Lukas hasta el pasillo. —Debe de ser un malentendido. Es claramente mía. —Se acercó al perchero, la descolgó de la percha y se la puso.

Mia y Lukas intercambiaron una mirada. Un frío glacial se les extendió de golpe en la boca del estómago. Si la chaqueta pertenecía a Thomas Vogt, también era suya la libreta. Entonces él era Spectrum y no Henry Polkert. Lukas, a su lado, se quedó lívido. Miraba a su profesor como si este se estuviera transformando en un alienígena. Pero Vogt no se dio cuenta. O lo ignoró. Recorrió el pasillo directo hacia la puerta abierta de la cocina.

Mia quiso agarrar a Lukas del brazo y salir corriendo de la casa, pero él la esquivó. Vio cómo se le deslizaba la mano en el bolsillo del pantalón. Movía los dedos frenéticamente. ¿Qué estaba haciendo? ¿Buscaba un arma? Mia no entendía qué hacía mientras el asesino de su hermana entraba tan tranquilo en la cocina.

—Huele bien aquí —dijo Vogt como de pasada—. ¿Estáis haciendo palomitas?

—¡Señor Vogt, espere! —gritó Lukas y salió corriendo tras él—. ¡Tiene que irse!

Pero Vogt ya estaba en la cocina. Se detuvo en seco. Mia fue tras él a toda prisa. Vio cómo el profesor de química se había quedado

inmóvil en medio de la estancia. Su rostro amable había desaparecido. Miraba fijamente la mesa de la cocina. Allí donde estaba la cinta.

—Jasmin, segunda parte —leyó en voz baja, y se volvió hacia Lukas y Mia. En sus ojos ya no había ninguna sonrisa de profesor. Había una frialdad que heló la habitación.

—Así que me habéis escrito vosotros —constató. Su voz seguía sonando tranquila.

—Es usted —susurró Mia, olvidando su miedo—. Usted es Spectrum y la libreta de la chaqueta es suya.

Vogt suspiró. Se quitó las gafas y las limpió en la manga. —Vaya par de ases que estáis hechos —dijo con desprecio—. ¿De quién iba a ser si no? —Se volvió a poner las gafas y cogió la cinta—. Supongo que habéis visto el vídeo.

Lukas dio un paso valiente hacia Vogt. —Sabemos lo que ha hecho. Usted tiene a la hermana de Mia sobre la conciencia.

—Eso no es del todo correcto, diría yo. —Una sonrisa divertida asomó a sus labios mientras se guardaba la cinta en el bolsillo—. Por cierto, Charlotte era igual de curiosa que vosotros. Y fue tan tonta como para endosarme una copia. Vosotros sois más listos. Reconozco el original.

—Admítalo —dijo Mia—. Las ha matado a las dos.

Vogt actuó con la velocidad del rayo. Agarró a Lukas por la nuca y le estampó la cabeza contra la encimera de granito con una fuerza que Mia nunca le habría atribuido. Se oyó un crujido horrible. Lukas se tambaleó hacia atrás. La sangre brotaba de una brecha en la frente. Perdió el equilibrio, se golpeó con la parte posterior de la cabeza contra el marco de la puerta y se quedó inmóvil en el suelo.

—¡Lukas! —gritó Mia y se arrodilló a su lado.

Pero Vogt avanzó hacia ella. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un cúter. La cuchilla chasqueó al salir. Mia se levantó de un salto y retrocedió instintivamente hacia el pasillo.

—Siempre has sido mi favorita, Mia —susurró Vogt—. Tienes ese algo especial en la mirada. Igual que tu hermana. —La siguió despacio mientras Mia tropezaba caminando hacia atrás.

—Ven aquí —dijo con suavidad—. Vamos a hacer un vídeo nuevo.

Mia chocó con la espalda contra la pared junto al perchero. Estaba atrapada. A la derecha subía la escalera, a la izquierda estaba la puerta de entrada. Su mirada cayó al suelo. Un ladrillo rojo servía de tope para la pesada puerta de madera. Vogt se acercaba cada vez más. Podía oler su colonia. Rápida como un rayo, se agachó y agarró el ladrillo. Vogt levantó las manos para protegerse, pero ella fue más rápida. El ladrillo se estrelló con todas sus fuerzas contra su cabeza. Sonó un golpe seco repugnante.

Vogt se tambaleó. El cúter se le resbaló de los dedos y cayó con un tintineo sobre las baldosas. Luego puso los ojos en blanco y se desplomó pesadamente. Se golpeó con fuerza en la nuca contra el suelo y no se movió más.

Mia se quedó de pie, temblando. Seguía aferrando el ladrillo y miraba fijamente el cuerpo inerte. Sobre la camisa blanca se extendía lentamente una mancha roja. El pánico la inundó. ¿Qué había hecho? Había matado a su profesor. Era una asesina. Habían querido una confesión, no un cadáver. Por eso iría a la cárcel. Tenía que alejarse de aquel hombre. Con cuidado pasó por encima de él y regresó tambaleándose a la cocina, donde se dejó caer exhausta en el suelo. Lukas estaba apoyado contra la pared, inmóvil y desplomado. Los labios habían perdido todo color y tenía la mirada fija al frente, perdida en el vacío. El ladrillo se le resbaló de la mano y cayó con estrépito sobre el suelo de la cocina. Tenía sangre pegada. Brillaba roja y húmeda bajo la luz de la lámpara. Un dolor pulsante le martilleaba en las sienes. La migraña golpeó con toda su fuerza. Todo se volvió borroso. Miró a Lukas. Tenía el móvil en la mano. La pantalla estaba encendida.

Fuera aullaron las sirenas. Una luz azul parpadeó a través de las ventanas. La comprensión la golpeó como un puñetazo. Lukas había avisado a la policía.

—¿Por qué? —preguntó, y sintió que la desesperación crecía cada vez más en su interior. La fría sensación de traición se le arrastró por las entrañas. Por el corazón. Se había acabado y, al mismo tiempo, acababa de empezar.

44

El viaje desde Colonia había sido una auténtica pesadilla. Su padre había ido a toda velocidad mientras ella se aferraba al asiento del copiloto. Las palabras de la agente al teléfono resonaban en su cabeza: *Ha habido un incidente. Venga a casa inmediatamente.*

Cuando giraron hacia la Weidenstrasse, se encontraron con una imagen aterradora. Por todas partes centelleaban luces azules. Tres coches patrulla y una ambulancia bloqueaban la entrada. Los vecinos se agrupaban en la calle y miraban boquiabiertos. Nora se lanzó fuera del coche antes de que su padre hubiera frenado del todo. Corrió hasta la puerta de la casa, que estaba abierta de par en par. Dentro reinaba el caos. Agentes uniformados, sanitarios, el crepitar de las radios. Nora se abrió paso junto a un policía hasta el pasillo.

—¿Lukas? —gritó—. ¿Dónde está mi hijo?

Alguien señaló hacia la cocina. Nora fue corriendo hasta allí. Entonces lo vio. Estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Un sanitario le estaba pegando un apósito sobre una brecha sanguinolenta en la frente. Pero Lukas no prestaba atención. Su mirada descansaba sobre Mia, que estaba sentada a su lado completamente conmocionada.

La comisaria Winkler estaba arrodillada frente a la chica. Su voz sonaba inusualmente suave.

—Siento que los compañeros te hayan puesto antes las esposas, Mia. Era el protocolo, mientras la situación no estaba clara. Pensaban que tú eras la agresora. Pero ahora ya lo saben. —Señaló a Lukas—. Él llamó al número de emergencias y dejó la línea abierta, ya antes de que Thomas Vogt se abalanzara primero sobre él y luego sobre ti. Fue legítima defensa.

Mia parpadeó como si despertara de una pesadilla. Luego miró a Lukas y, vacilante, le cogió la mano.

—¿Mamá? —gimió Lukas, y en ese instante su mirada se dirigió hacia ella.

Nora salió de su parálisis. Un sollozo le brotó de la garganta al precipitarse hacia él. Se dejó caer de rodillas junto a Lukas y lo abrazó con cuidado.

—Gracias a Dios que no te ha pasado nada —susurró contra su pelo, que olía a sudor y a sangre.

Lukas temblaba. —Ha sido Thomas Vogt, mamá.

Nora sintió como si le quitaran el suelo bajo los pies. Un ligero mareo la invadió mientras seguía mirando alrededor. Solo entonces se dio cuenta de que había alguien más tendido en la cocina, a quien le estaban envolviendo la cabeza con un vendaje. Dos policías lo sujetaban en la camilla.

—¿Thomas? —Se levantó y dio unos pasos hacia él. No comprendía lo que veía. Nora se sentía como si se hubiera chocado contra una pared.

Thomas Vogt la miró fijamente. —Lo siento, cariño —dijo con voz fría—. Lo nuestro no va a poder ser.

La comisaria Winkler se levantó también y se acercó a Nora. —Señora Hoppe, menos mal que está aquí.

—¿Qué ha pasado aquí? —balbuceó Nora. Miró a Lukas—. ¿Qué ha…?

—Lukas nos ha llamado —explicó Winkler—. Por desgracia los agentes no llegaron a tiempo. Lamento mucho que su hijo haya resultado herido.

Nora se quedó boquiabierta. —¿Qué ha hecho el señor Vogt?

Stefanie Winkler tomó aire. —Ha matado a Charlotte y, por lo que parece, también a la hermana de Mia hace once años.

Nora escuchó las palabras de la comisaria sin llegar a comprenderlas.

—Lukas y Mia han tendido una trampa al asesino y Lukas ha llamado, como le digo, al número de emergencias, de modo que hemos podido escucharlo todo. —Winkler arqueó las cejas—. Hay algo interesante, sin embargo. Al registrar al señor Vogt hemos encontrado una libreta negra en el bolsillo interior de su chaqueta azul. —Escrutó a Nora—. Lukas acaba de declarar que esa chaqueta llevaba colgada en el perchero desde ayer. ¿Estuvo Thomas Vogt aquí ayer?

Nora se puso colorada. —Sí, pero no quería que mi hijo se enterase. Thomas y yo… en fin. Se olvidó la chaqueta aquí y Lukas se extrañó de quién era. Le dije que era la chaqueta de Henry Polkert. Fue una mentira piadosa por mi parte.

—Entiendo —dijo Winkler con gesto inexpresivo, y tomó nota.

Nora se avergonzó profundamente. Mientras sospechaba cosas terribles de su propio hijo, ella se había liado con un monstruo. Se le revolvió el estómago.

Los sanitarios sacaron a Thomas Vogt en camilla. Ya no se dignó a mirarla.

Su padre entró en la cocina y se puso en cuclillas junto a Lukas y Mia.

—¿Quién de vosotros ha usado el ladrillo? —preguntó en voz baja.

Lukas se retorcía nerviosamente las manos. —Abuelo, yo no lo he tocado. Pero Mia ha actuado en legítima defensa. Solo se ha defendido. —Tragó saliva y bajó la mirada—. Ella no es una asesina. No como yo.

—Chico, ¿qué dices? —Joachim Hoppe se volvió hacia Nora—. No me habías contado que cree haber matado a su padre. Pero si oficialmente fue legítima defensa.

Se irguió en toda su estatura. —Déjennos un momento a solas, por favor.

De inmediato, los policías y sanitarios que quedaban se retiraron de la cocina. El padre de Nora cerró la puerta.

—Para ti todo es siempre legal y oficial. Lukas sufre por lo que pasó. No quería tirarlo escaleras abajo. Incluso lo echa de menos —dijo Nora.

Joachim Hoppe puso las manos sobre los hombros de Lukas. —Chico, mírame. —Su voz tembló ligeramente. Algo que Nora no había presenciado nunca en su padre.

—Tú no tienes la culpa. Y no te lo digo como tu abogado, sino como tu abuelo. —Tomó aire profundamente, como si tuviera que expulsar un oscuro secreto de sus pulmones.

—Yo estuve allí aquella noche antes de lo que todos creéis. Entré por la puerta poco después de que él cayera. Estaba al pie de la escalera.

Lukas abrió los ojos de par en par. —Él… ¿aún estaba vivo?

Joachim Hoppe asintió con gravedad. —Sí. Aún respiraba. Debería haberme ocupado de él de inmediato y haberle prestado primeros auxilios —explicó Joachim Hoppe en voz baja—. Pero no lo hice. Pasé corriendo junto a él, subí a buscaros. Necesitaba saber si tú y tu madre estabais bien. Si os había hecho algo. Dejé pasar minutos valiosos en vez de llamar a una ambulancia para él. Cuando por fin marqué el número, estaba muerto.

En la cocina reinó un silencio sepulcral. Nora se llevó la mano a la boca.

—Si alguien cruzó una línea, Lukas, fui yo —prosiguió Joachim Hoppe—. Me preocupé por vosotros y lo dejé morir. Yo cargo con ese peso, no tú. Tú solo te defendiste. Yo no le ayudé a tiempo.

Lukas miraba fijamente a su abuelo. Las lágrimas le llenaron los ojos. Exhaló un suspiro y, por primera vez en meses, su mirada dejó de parecer acosada. Una carga de toneladas pareció caerle de los hombros.

Su padre le dio una palmada en el hombro a Lukas. —Y ahora este tema queda zanjado de una vez por todas. No quiero volver a oír una sola palabra al respecto.

Nora miró hacia Mia. La chica seguía acurrucada en las baldosas frías. Tenía la vista clavada en el ladrillo ensangrentado que estaba

en el suelo delante de ella.

—¿Mia? —preguntó Nora con suavidad—. Hoy has hecho lo correcto. Quién sabe qué más habría pasado si no hubieras detenido a Vogt.

Mia parpadeó y salió de su parálisis.

—Lo hemos conseguido juntos —murmuró, y una lágrima le recorrió la mejilla—. Pero nada de todo esto puede traer de vuelta a Charlotte. Ni a mi hermana.

Nora estrechó a la chica con cuidado entre sus brazos. —Es verdad —le susurró al oído—. Pero has conseguido que se les haga justicia. Y que él no pueda hacer daño a nadie más. Nunca más.

Se mantuvieron abrazadas un momento más. Luego Joachim Hoppe carraspeó levemente.

—Lukas tiene que ir al hospital —gruñó, y se dirigió a la puerta de la cocina. La abrió e hizo pasar a los sanitarios, que acompañaron a Lukas hasta la ambulancia.

Cuando por fin se volvió hacia Nora, ya se había puesto de nuevo su máscara de abogado. Se ajustó la corbata y le dedicó un asentimiento de cabeza. Un gesto que decía más que mil palabras. La quería y haría cualquier cosa por ella y por Lukas.

45

El latido en la cabeza era insoportable. Era como si alguien golpeara con un mazo desde dentro contra la bóveda del cráneo. Thomas Vogt intentó levantar la mano para tocarse la frente dolorida, pero un tintineo metálico lo detuvo. El brazo se le frenó de golpe. Parpadeó aturdido y percibió la luz cruda del neón sobre él. Unas placas de techo blancas con pequeños agujeros grises colgaban por encima de su cabeza, y el intenso olor a desinfectante le picaba en la nariz. Abrió los ojos y comprobó que se encontraba en una cama de hospital. A través del cristal de la puerta de la habitación vio la silueta borrosa de un policía uniformado. Se había acabado.

Una oleada de furia gélida lo arrolló. Aunque su rabia no iba dirigida a la policía, sino única y exclusivamente a sí mismo. Había caído en la trampa de aquella zorra estúpida, a pesar de que debería haberlo sabido. Tenía la misma mirada que su hermana, la misma figura, hablaba igual, con aquella voz suave que ya entonces casi lo había vuelto loco. ¿Por qué había sido tan imprudente? Si todo iba perfecto. Durante años llevó una vida normal como cualquier otro. Y así debería haber seguido.

Recordaba con exactitud el día de hacía once años en que Jasmin se había negado a entregarse a él. Había salido corriendo de delante de su cámara y se había metido en la escalera de la vieja villa. Él no

pretendía empujarla. Simplemente se cayó porque la barandilla podrida cedió de golpe bajo su peso. Si no hubiera sido tan remilgada, nada de todo aquello habría pasado. Ella se le había insinuado, lo había dejado acercarse mucho y había jugado con él. Pero cuando quiso ir en serio, lo rechazó. Cuando la madera se partió, ella se agarró desesperadamente. Él la dejó colgada allí y huyó. ¿No lo quería? Bien, pues que se las apañara sin él.

Y ahora la historia parecía repetirse de forma grotesca con la hermana de Jasmin. Mia lo había atraído a una trampa. Primero se hizo la indefensa y la asustadiza, solo para estamparle el ladrillo en la cabeza. Aquella cabrona por poco lo mata, y todo porque él quiso recuperar lo que le pertenecía. Los dos vídeos eran lo único que le quedaba de Jasmin. Los había escondido en la villa después de que la policía se retirara. Durante años creyó las cintas a salvo allí, casi se olvidó de ellas, hasta que Charlotte Klein presentó de pronto una de ellas en su vídeo de TikTok. Casi le dio un infarto cuando sostuvo la funda gris ante la cámara.

Al menos solo encontró una parte, porque él había sido lo bastante listo como para esconder las dos cintas en dos sitios distintos de la casa. Tenía que recuperarlas, porque demostraban que él había estado en la villa la noche de la muerte de Jasmin. No la había ayudado. Si salía a la luz, sus días como profesor estaban contados. Por eso reaccionó de inmediato y se puso en contacto con Charlotte bajo el seudónimo *Spectrum*. Pero Charlotte no fue honesta, se merecía la muerte. ¿Quién se creía que era él, para que lo despacharan con una copia barata? ¿Y cómo iba a saber cuántas copias más haría? Nunca estaría a salvo mientras ella respirase. Podría volver una y otra vez a chantajearle. Lo tenía en sus manos, y eso no podía permitirlo. Tenía que eliminarla antes de que causara más daño.

Quería recuperar los originales, así que necesitaba acceso a la villa. Un gesto de profundo asco le deformó el rostro al pensar en Nora. Aquella mujer sola y necesitada de Hamburgo, que buscaba consuelo en el vino, había sido un blanco fácil. Unas cuantas miradas comprensivas en el colegio, un poco de encanto y un oído atento a las preocupaciones por su hijo descarriado habían bastado para

engatusarla. Recordó aquella tarde en su dormitorio. Tuvo que obligarse a tocarla. Su piel estaba demasiado flácida, su cuerpo demasiado viejo y su perfume era demasiado penetrante. Cerró los ojos y se imaginó que era Jasmin. Solo así pudo soportarlo.

Pero todo su esfuerzo había sido en vano. Montó lámparas para Nora y mientras tanto echó un vistazo discreto al sótano y a la habitación de Lukas. Las cintas ya no estaban en su escondite. Y entonces cometió aquel error imperdonable y se olvidó la chaqueta azul en el perchero de casa de Nora. La libreta en el bolsillo interior revelaba que él era Spectrum. Si alguien encontraba ese cuaderno, la conexión con el asesino de Charlotte quedaba establecida. La oferta de compra de Lukas y Mia había sido su oportunidad. Creyó tener la situación bajo control, pero subestimó a Mia. No contó con que ella lo derribaría, justo allí, en aquella maldita villa donde su perdición había comenzado hacía once años.

Y ahora estaba allí tumbado, esposado a una cama de hospital. Fuera, en el pasillo, oyó pasos. La puerta se abrió y entró un médico, seguido de la comisaria Winkler.

—Señora comisaria —dijo con voz ronca, y se obligó a esbozar una sonrisa—. Me temo que ha habido un terrible malentendido.

Winkler se detuvo junto al médico a los pies de la cama. No le devolvió la sonrisa.

—Ahórreselo, señor Vogt —dijo con frialdad—. Lukas y Mia no solo han grabado la conversación con usted en la cocina, además habían instalado una cámara. —Al pronunciar las últimas palabras, los labios de Winkler se curvaron por fin en una sonrisa.

Thomas Vogt dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

46

Unos días después

El despacho de la comisaria Winkler estaba decorado de forma tan sobria como Mia se lo había imaginado. Estaba sentada junto a su madre en una incómoda silla de madera y se retorcía los dedos nerviosamente. Stefanie Winkler se había sentado frente a ellas y tenía su portátil abierto. Conectado a él había un lector en el que estaba insertada la cinta MiniDV que habían encontrado bajo las tablas del cenador de Charlotte. *Jasmin parte dos*. En realidad, Mia había esperado no tener que ver la grabación nunca más. La primera parte le gustaba mucho más, porque al menos al principio mostraba a la Jasmin que ella conservaba en sus recuerdos. Ahora que sabía que el hombre del vídeo de la segunda parte era Thomas Vogt, le repugnaba profundamente volver a verlo. Había tratado mal a Jasmin e intentado obligarla a realizar actos sexuales repugnantes. Deseaba que él estuviera muerto y que su hermana, en cambio, estuviera viva.

—Mia, su madre nos ha pedido que le mostremos el vídeo completo, es decir, también la parte que usted aún no conoce. Puede decir «basta» en cualquier momento y pararemos. —Cuando Mia asintió, la comisaria prosiguió—: Antes de empezar: Thomas Vogt ha confesado plenamente. Ha confirmado lo que ya

sospechábamos. En aquel entonces era profesor en prácticas en el colegio de Jasmin. Mantenían una relación secreta de la que nadie sabía nada.

Puso en marcha el vídeo en el momento en que Thomas Vogt, de joven, abandonaba la habitación. Durante aproximadamente un minuto no ocurrió nada. Mia notó cómo su madre se tensaba a su lado. Entonces oyó de repente una voz infantil y se quedó petrificada.

—¿Jasmin?

En el vídeo Mia no veía más que el colchón vacío, pero de fondo volvió a llamar una niña pequeña.

—¡Jasmin! —Ahora la voz sonaba desesperada. De nuevo retumbó algo. La madera crujió con fuerza, como si fuera a partirse bajo un gran peso. Entonces Mia oyó la voz de su madre.

—¿Jasmin? ¿Mia?

Unos pasos pesados resonaron en la escalera. De nuevo se oyó un estruendo. Un grito agudo y estridente le desgarró el corazón a Mia. Era la voz de Jasmin, seguida de un golpe sordo.

—¡Mamá! —gritó la niña pequeña mientras lloraba.

—¡Agárrate fuerte! —gritó la madre de Mia desesperada.

Después se hizo el silencio y, minutos más tarde, alguien puso la mano delante del objetivo de la cámara y la imagen se cortó.

Mia respiraba con dificultad y miró a su madre. Las lágrimas le corrían por el rostro. —¿Soy yo esa niña pequeña?

Su madre cerró los ojos con dolor. Lloraba en silencio. —Seguiste a tu hermana a la villa aquel día y quisiste ayudarla. Pero eras demasiado pequeña. La barandilla era vieja y estaba podrida. Se rompió y Jasmin se precipitó. Sin embargo, consiguió agarrarse. Tú también resbalaste al intentar ayudarla. Te vi entrar corriendo en la villa un momento antes y te seguí. Sabía que aquel caserón viejo era peligroso. Pero llegué demasiado tarde. Cuando entré, las dos estabais colgadas de la barandilla en el último piso. Crujía y amenazabais con caer juntas al vacío. —La madre de Mia tomó aire temblando—. Tuve que elegir, y tú pesabas mucho menos que Jasmin. Agarré tu mano y, en ese instante, el resto de la barandilla

se desplomó hacia las profundidades y arrastró a Jasmin consigo. Murió en el acto.

Mia miró fijamente a su madre. Ahora entendía por fin por qué se orientaba tan bien en la villa. Por qué veía a Jasmin una y otra vez tras los cristales de las ventanas. Era aquella experiencia la que se le había grabado a fuego en su subconsciente.

—Me he culpado todos los días —lloró su madre—. Y solo por la llamada de la comisaria Winkler me he enterado de la existencia de este vídeo y de que Thomas Vogt estuvo al parecer todo el tiempo en la villa y no ayudó a Jasmin.

—No, no lo hizo —confirmó la comisaria Winkler—. En un momento en que nadie lo observaba, volvió a subir a escondidas y se llevó la cámara. Lo han visto ustedes. Era su mano la que al final del vídeo tapaba el objetivo.

Mia no podía creerlo. Su profesor de química tenía a su hermana sobre la conciencia. Podría haberla salvado, pero en vez de eso se había largado.

—Pero ¿por qué escondió las dos cintas en la villa y no las destruyó sin más? —preguntó Mia.

La comisaria Winkler cerró el portátil. —Son sus trofeos. Quería conservarlas a toda costa. Sabía que la policía iba a registrar su piso en aquel momento. Un profesor de su claustro nos había alertado, tras la muerte de Jasmin, de una posible relación sentimental. Se abrió una investigación contra él por abuso sexual de una menor a su cargo, así que hizo desaparecer el material incriminatorio. Funcionó, porque en aquel entonces no se le pudo demostrar ninguna conexión con Jasmin. Nunca fue condenado. Pero ahora sus trofeos lo van a delatar. Va a pasar mucho tiempo en prisión por sus crímenes. Quizá para siempre.

Mia así lo esperaba. No quería volver a ver a aquel monstruo en su vida. Con lágrimas en los ojos se levantó y abrazó a su madre. Salieron de la comisaría en silencio.

—Por fin se ha acabado —susurró Mia.

Su madre le dio un beso en la frente. —Has hecho todo bien, cariño. Estoy tan contenta de que no te haya pasado nada. Te quiero mucho.

EPÍLOGO

Tres meses después

El verano había irrumpido por fin en la ciudad y había expulsado la lluviosa primavera. Mia estaba tumbada en la tumbona del jardín y entrecerraba los ojos al sol. Movía los pies al ritmo de la música que salía de los auriculares. La villa de al lado ya no le parecía amenazadora y a estas alturas entraba y salía de ella casi a diario. Incluso cuando veía a Jasmin y a veces a Charlotte detrás de las ventanas, no le importaba. Formaban parte de ella y vivirían para siempre en su corazón. Tenía derecho a recordar a su hermana y a su mejor amiga. Y si quería imaginarse que ahora vivían en la villa de al lado, eso también estaba bien. Su nuevo terapeuta se lo había explicado con todo detalle, y Mia se sentía mucho mejor desde que iba a su consulta.

La puerta de la terraza se abrió deslizándose y Lukas salió. Llevaba pantalones cortos y una camiseta blanca que contrastaba con fuerza con su piel bronceada. La cicatriz de la frente le había sanado bien. Solo una fina línea blanca recordaba aún la noche en que habían pasado juntos por el infierno. Sonrió y sostenía en equilibrio dos cuencos de helado en las manos.

—Chocolate y vainilla con nata extra —anunció, y se dejó caer a su lado sobre el cojín de la tumbona—. Como ha pedido la princesa.

—Me mimas —bromeó Mia, y cogió el cuenco. Los dedos se les rozaron más tiempo del necesario.

—Alguien tiene que hacerlo. —Lukas se recostó y estiró las piernas. Su móvil vibró en la mesita auxiliar. Le echó un vistazo rápido y rio en voz baja—. Lisa escribe. Pregunta cuándo vamos al lago de una vez. Ha hecho ensalada de pasta. Sin pepino, especialmente para mí.

Mia vaciló un momento. —¿Para ti? —preguntó escéptica—. Más bien para Samuel.

Lukas esbozó una sonrisa torcida. —Pillado. Lo hace solo por él, porque está totalmente colada. Más o menos tanto como yo por ti. —Se inclinó hacia ella y los labios se encontraron.

—¿Qué pasa con Maurice y Anne? —preguntó por fin, y no sintió ya ninguna señal delatora al pensar en Maurice. Su corazón era única y exclusivamente de Lukas.

—Ya están allí. Deberíamos darnos prisa antes de que se lo coman todo.

—Qué pena que Charlotte no pueda estar —susurró Mia.

Lukas se acercó más. —En nuestros pensamientos siempre está.

Mia apoyó la cabeza en su pecho. El potente latido de su corazón la tranquilizó. Muchas cosas se habían aclarado. Thomas Vogt esperaba en prisión su juicio. Mia conocía por fin el pasado y su madre podía asimilar mejor lo ocurrido. Incluso había hecho amistad con Nora y Joachim Hoppe. El mundo ya no era el mismo, pero seguía girando. Y Mia sabía que algún día aprendería a vivir con los vacíos que Jasmin y Charlotte habían dejado.

—¿Estás lista para el lago? —la arrancó Lukas de sus pensamientos.

—Pues claro —dijo Mia, y se levantó de un salto entre risas—. A ver quién llega primero.

FIN

CRÉDITOS / AVISO LEGAL

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, organizaciones, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Mi hermana muerta

Copyright © 2026 Catherine Shepherd
Diseño de cubierta: © Alexios Saskalidis
Imagen de cubierta:

© Chris Tefme /shutterstock.com
© Olga Leks /shutterstock.com
© Sunny Forest / shutterstock.com
© Raphael Comber Sales / shutterstock.com
© goran cakmazovic / shutterstock.com
© Giovani Dressler / freepik.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin

la autorización por escrito de la titular de los derechos, salvo en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica y reseñas.

Primera publicación: 2026

www.catherine-shepherd.es

Boletín de noticias Le invito a visitar mi página web www.catherine-shepherd.es y a suscribirse a mi boletín para recibir noticias exclusivas y contenido adicional.